

FRANK LESLIE

Illustration

Americana

Entered according to Act of Congress, in the year 1866, by FRANK LESLIE, in the Clerk's Office in the District Court for the Southern District of New York.

Año 1º

NUEVA YORK, 7 DE NOVIEMBRE DE 1866.

Número 3.

ADELAIDA RISTORI.

EL 11 de setiembre arribó á las playas de Nueva York, á bordo del vapor francés *Pereire*, de la linea de Brest, tras navegacion breve y feliz, la primera trágica del dia, ADELAIDA RISTORI, marquesa Capranica del Grillo. De diez años á esta parte su nombre resuena con gloria en todos los círculos dramáticos y refinados de Europa. Rival de la Rachel, en el sentido mas elevado del arte, ha eclipsado su nombre, por cuanto la fama de la primera apenas si traspasó los límites de Francia su patria, al paso que la de la segunda es tan universal como su talento dramático.

Al principio de su carrera su cuerda fué la comedia. Los que habian observado su carrera dramática desde que desempeñó el papel de "Francesca da Rimini" á la temprana edad de 14 años, entónces mera actriz de una compañía de la legua, fácil les fué predecir que llegaría á ser consumada en su arte; pero no todos previeron que la graciosa niña, que sin duda revelaba genio en la expresion de las emociones del alma, en su acento vibrante y en los relámpagos de sus negros ojos, no tardaría en ser por el despliegue de admirables facultades y la patopeya de sus representaciones, la actriz sin rival, la verdadera representante de la gran Musa trágica del mundo.

El padre de Adelaida se llamaba Antonio Ristori y su madre Magdalena Pomatelli, ambos cómicos ambulantes agregados á la compañía conocida entónces en Italia bajo el nombre de compañía Caviechi.

La célebre actriz que hoy llena el mundo con su fama, nació en 1826 en Friuli, de la Lombardia setentrional.

Con justa razon un biógrafo francés escribe que bien pudiera decirse que Adelaida nació en las tablas del teatro y creció para él como planta indígena á la cual solo el tiempo debia dar perfume y belleza.

A los cuatro años de edad ya era una "niña prodigiosa," represen-

tando papeles de niño en la compañía de la legua, hasta que á los doce se encontró con el bien conocido actor Moncalvo, bajo cuya direccion pudo desempeñar el papel de graciosa, lo que para ella era un gran progreso; y segun hemos dicho, á los catorce desempeñó con aplauso general el difícil de "Francesca da

Rimini." A medida que se extendia su crédito se cansaba ella de la vida errante, y consiguió entrar en la compañía del rey de Cerdeña, que dirigia entónces el mas célebre de los empresarios de aquella época, Gaetano Bazzi. Formaba parte de la compañía una señora que fué la que mas contribuyó al desarrollo de las fa-

cultades dramáticas de la joven Ristori; nos contraemos á Carlota Marchioni (1), actriz muy renombrada de principios de este siglo. Desde entónces la fama de los talentos de Adelaida empezó á extenderse por toda Italia, aproximándose entretanto el dia de su gran triunfo...

En 1842 formó parte la Ristori de la compañía del Duque de Parma, y no tardó en ser la actriz principal, eclipsando á cuantas hasta allí habian sobresalido en la escena italiana.

En 1846 mientras representaba en Roma atrajo la atencion de un joven noble, el marques Capranica del Grillo, con el cual contrajo en breve estrechas relaciones amorosas. Como puede imaginarse, la familia del marques, una de las mas ilustres de Italia, se opuso al enlace de los jóvenes amantes; pero estos no renunciaron por eso á sus propósitos. Se dice que, poco despues se hallaron los dos por casualidad y de paso en una aldea, que aprovecharon la ocasion para renovar sus juramentos de amor, y que, pues la suerte los habia favorecido, determinaron consagrar dicho juramento. La iglesia estaba abierta, se decia la misa actualmente, y luego que los amantes anunciaron en público el deseo de casarse, el cura les echó la bendicion. De esta manera romántica se cuenta que Adelaida Ristori se convirtió en marquesa Capranica del Grillo.

Despues de algunas dificultades vencidas en parte por la intercepcion del cardenal Pecca, en parte por las virtudes de la misma artista, se efectuó una reconciliacion entre los esposos y los padres del marques, retirándose ella de la escena para irse á vivir con la familia de este.

No era dable, sin embargo, que una mujer poseedora de dotes tan eminentes y que habia mostrado ambicion de gloria, se resignase por mucho tiempo á la vida privada y oscura del hogar doméstico. No se pasó mucho tiempo sin que se le presentara la ocasion que deseaba para aparecer de nuevo en público, ejerciendo sus vehe-



ADELAIDA RISTORI (MUSA DE LA TRAGEDIA.) DE UNA FOTOGRAFÍA DE BRADY.

mentales instintos de caridad. Sucedió que un empresario de teatro, desgraciado en sus empresas, se veía arruinado y en la cárcel; la Ristori, cual otro ángel guardián, vino en su ayuda, dió tres representaciones á su beneficio, y le restituyó á la libertad y á la abundancia.

Una vez mas en presencia del público ni este quiso perderla, ni ella se atrevió á abandonarle, así volvió á dominar soberana en las tablas; pero no ya solo bajo la máscara de Thalia, sino empuñando el puñal de Melpómene. Sucesivamente emsayó sus dotes trágicas representando á Medea, Mirra, Maria Estuardo, Giuditta, Lady Macbeth y Fedra. El estudio y la reflexión habían madurado y perfeccionado sus facultades dramáticas, y se puede decir que de su retiro salió hecha una consumada actriz trágica.

Sin arredrarle la fama de la Rachel, la Ristori resolvió presentarse en el teatro de la Opera de Paris y allí alcanzar la consagración de su genio ó quedar oscurecida. Para ello escogió el papel de "Francesca da Rimini," en que había obtenido su primer triunfo en Italia. Esto ocurrió el 22 de mayo de 1855. La gente acudió al teatro atraída mas por la curiosidad que por otra cosa, curiosidad de ver la rival italiana de su favorita actriz. El público parisiense quedó encantado: el triunfo de la Ristori fué, en una palabra, completo.

Después de representar dos temporadas seguidas en la capital de Francia, pasó á la metrópolis inglesa donde la aguardaban nuevos y mas valiosos laureles, representando Elizabeth, Lady Macbeth y Maria Estuardo. De Inglaterra pasó á España, luego á Alemania, después á Rusia, recogiendo en todas partes aplausos del público y marcadas distinciones de los soberanos reinantes en esos países, particularmente de las reinas de Inglaterra y de Prusia, y de las emperatrices de Austria y Rusia, porque las virtudes privadas de la Ristori no son menos dignas de encomio que sus talentos dramáticos.

He aquí como describe la Ristori un literato alemán:—"A una presencia elevada é imponente, que no tiene la delgadez de la Rachel, sino que es grande, noble y magestuosa; á un semblante que por cada una de sus facciones respide la inteligencia rayos de luz; á unos ojos que con cada mirada revelan el alma que hay tras ellos; á una frente que proclama el desarrollo mental y la energía en su anchura, en su forma y en sus contornos; á una mata de pelo que es negro cuanto es copioso y largo; á un aire de dignidad que le gana el respeto de todo el que la mira, á tiempo que deseebre la conciencia del genio y el sentimiento de la propia fuerza; á una voz que ordena se le escuche y que no puede desobedecerse, una la Ristori una dicción que á tiempo mismo que pinta el significado de cada pensamiento, puede temblarse para expresar todas las gradaciones de la pasión."

Nosotros que acabamos de verla representar, podemos dar el testimonio de nuestros ojos y de nuestro corazón. Todas y cada una de las cualidades que el mundo ilustrado admira en la Ristori, léjos de amenguarse con la edad, se han aquilatado y desarrollado en todo su esplendor. Por dicha no tardará ella en presentarse en la Habana, y entonces los habaneros, que son sin duda jueces, podrán juzgar por sí mismos y decidir si hemos exagerado ó andado cortos en nuestras desmayadas celebraciones.

(1) Esta célebre actriz fué la que, habiendo representado en 1810 la tragedia "Laodicea de Silvio Pellico," le inspiró la "Francesca da Rimini," tomada de los amores de "Francesca y Paolo" del Dante, cuyo papel como su discípula la Ristori, lo desempeñó á los 14 años de edad. Es curioso referir aquí que Silvio Pellico, que había traducido en prosa el "Manfredo" de Byron, prestó años después á este el manuscrito de su "Francesca da Rimini," y al cabo de dos días se lo devolvió diciendo:—"No os enojeis, lo he traducido en verso, y lo mismo debierais de haber hecho con mi "Manfredo."

Origen del Papel Moneda.

El verídico historiador español, tantas veces mencionado por Irving en su "Conquista de Granada," Frai Antonio Agapida, refiere que el conde de Tendilla, hallándose sitiado por los moros en Alhama, llegó á verse destituido de oro y plata con que pagar á sus soldados, los cuales empezaban á murmurar, faltándoles con que comprar lo necesario á los habitantes del pueblo. "En este dilema," dice el historiador, "qué hace este comandante? Corta una porción de pedacitos de papel, y en cada uno de ellos inscribe una cierta suma grande en unos, y pequeña en otros, que garantiza con la firma de su nombre y apellido escritos de su propio puño.

"Estos papelititos los repartió entre sus soldados en pago de sus servicios. Ahora me preguntarán de que habían de servir á los soldados estos pedacitos de papel? Y respondo que sirvieron, y de mucho como manifestaré bien claro; porque el buen conde promulgó una orden para que todos los habitantes recibiesen este papel por el valor total en él inscrito, amenazando con un severo castigo á los que no le tomasen, y prometiendo redimirlo después con oro y plata. Y he aquí, como por una sutil y milagrosa alquimia, convirtió este católico caballero el despreciable papel en precioso oro, é hizo nadar en riquezas á su poco ántes necesitada guarnición."

Irving añade que "el conde de Tendilla redimió su promesa como caballero real, que este milagro, que tal pareció á Frai Antonio Agapida

fué el primer ejemplar que se puede citar del papel moneda, que desde entonces ha inundado al mundo civilizado de interminable opulencia."

Esto, como todas las demas cosas, cuya invención ha dictado al hombre la necesidad, ha tenido buenos efectos, hasta tanto que el abuso, monstruo que domina á la especie humana, ha venido á hacer en muchos casos ruinoso el sabio expediente de nuestro ilustre conde.

Ultimo Canto.

Tras luengas horas de silencio y calma,
Ven humilde laud de la tristeza,
I en notas de dolor pobladas los aires:
Diga sus penas lastimosas mi alma,
Hoy que del hado injusto á la crudeza
Se nubla mi contento
I muertas dichas y esperanzas siento.

Tended las alas de jazmin y rosa
En donde el "Rimac" plácido suspira,
Blandos favonios del abril lozano,
I á la "virgen romántica y hermosa"
Que en las corrientes fúlgidas se mira.
Contadla mis dolores
I la historia infeliz de mis amores.

Mi acerbo llanto y mi aflicción contadla;
I, cuando vague por el verde prado,
Con dulce acento mitigad sus cuitas
I con leve murmullo acariciadla:
Decidla: el fin amante desgraciado,
De luto y horror llenas
Vé sus horas correr en mar de penas.

¡Ves colorarse de carmin y grana
A las mansiones lóbregas del cielo
Cuando su frente diamantina asoma
El fulgurante sol de la mañana?
Así, de puro y celestial consuelo
Colmose el alma mia
Cuando á la imágen de sus sueños via.

¡Ves á la blanca magestuosa luna
Brillar tranquila en el celeste manto,
I luego en torba noche sepultarse?
Así, también, la pérdida fortuna
Me diera un día su placer y encanto,
I hoy mi dolor acrece
I eterno luto á mi esperanza ofrece.

Ya no deseo la ardorosa lumbre
Del astro rey que los espacios dora,
No de las tiernas aves los clamores,
Ni del benigno Véspero el vislumbre:
Cuando la mente atormentada llora
El mundo yace muerto
Y es la existencia un lóbrego desierto.

Entre las sombras de la noche fria
I del airado mar á las riberas
Mis quejas siempre soltaré y mi llanto,
Pues no comprende la caterva impia
Del pecho amante las angustias fieras,
I del dolor profundo
Se mofa y burla el indolente mundo.

Cándida virgen, ilusión primera
Que un tiempo fuiste venturanza y vida
De mi infelice corazón amante,
Sonar escuchas por la vez postrera
El canto de mi musa dolorida,
Como el lúgubre acento
Que el cisne exhala en su postrer momento.

Si la angustiosa voz de mi quebranto
En tus oídos á vibrar llegara,
I el eco funeral de mi agonía
Correr hiciera tu copioso llanto;
Yo con acento de placer clamara:
Feliz y en paz espira
Pues ya piadosa á mi belleza miro

Brillante Febo, solitaria luna,
Soberbio mar y trémulas estrellas,
¡Del alma un tiempo inspiración sublime!
No hay en mi vida venturanza alguna,
I mis rendidas fatigosas huellas
Al dintel de la nada
Lleva la mano de la muerte airada.

No mas cantares! queda lira mia,
Bajo las hojas del ciprés umbrío,
Que, sin la fértil lluvia, la pradera
Ni bellas rosas ni claveles cria;
I el alma, muerto, su amoroso brio,
Solo lleva pesares
I alzar no puede plácidos cantares.

LIMA, Junio 3.

F. G. P.

PASION Y CASTIGO DE PAULINA.

CAPITULO III.—(conclusion.)

Por varios dias los cubanos pasaron casi invisibles, apareciendo solo en algun paseo á caballo temprano, ó á pié por la tardecita en la playa, ó en una breve visita al salon de baile, para entregarse por corto rato al arrobador pasatiempo en que ambos sobresalían. Sus aposentos se hallaban en el lugar mas apartado y quieto del hotel, los cuales desde el punto que los ocuparon, al parecer se habian rodeado de todos los encantos de su hogar. Los pocos huéspedes admitidos sentían la atmósfera de poesía y paz que llenaba aquel nido que el amor, operador de milagros, había edificado bajo el mismo techo del tumultuoso edificio. Los paseantes por los pasadizos y sombríos balcones se detenían á menudo para escuchar la música ó el eco de una voz dulce que salía flotando de aquellos apartados cuartos, probando las frecuentes risas y el murmullo de la conversación que allí era desconocido el fastidio, y el aire de novela naturalmente aumentaba el interés despertado por el hermoso y jóven par, siempre juntos, siempre plácidos, nunca cansados del dulce jar niente de la vida de verano.

En un balcon á guisa de pencil, protegido

contra los rayos del sol por rosales y bejucos que formaban una cortina verde y odorante, Paulina estaba reclinada indolentemente en una hamaca adornada de flecos, segun acostumbraba mecerse en los campos de Cuba; tratando de hallar consuelo en el movimiento de su cama aérea, sin que bastase á calmar su inquietud. Manuel había soltado el libro, pues su lectura ya ella no escuchaba, y reclinando la cabeza en las manos abiertas, se estaba sentado contemplándola ir y venir, con las miradas pensadoras traspasando aquel recinto clavadas en el mar á lo léjos, cuyo murmullo poseía en tanto mas poderoso que el de la voz de su marido.

—Paulina, dijo él de pronto, yo no te entiendo. Por tres semanas seguidas hemos corrido arriba y abajo en busca de este hombre, le hallamos y luego le huyes, y pareces contenta de hacer mi vida un cielo en la tierra. A veces se me figura que das al olvido lo pasado, mas la esperanza muere tan pronto como nace, porque en momentos como este, me parece ver que, si bien afectuosa conmigo, no cambias el antiguo propósito, y extraño porqué páras.

Retiró ella los ojos del confin donde se perdía su mirada, y los clavó en él llenos de tal significancia, que se centuplicó su perplejidad.

—Aun no has aprendido á conocerme: la muerte no es mas inexorable ni el tiempo mas incansable que yo. Para tí esta semana ha parecido una de indolente delicia, para mi ha sido de constante vigilancia y trabajo, porque apenas ha dejado de surtir su efecto una mirada, una acción, ó una palabra mia. Al principio me recliné á fin de que Gilberto contrastara nuestra vida con la suya, y creyéndonos el uno para el otro del todo en todo, hallase impotente sentir su porción diaria. Hace tres dias un accidente puso en mis manos un arma inesperada, que he usado en silencio, no fuera que á despecho de tus promesas tú te rebelaras y terminara su prueba ántes de tiempo. ¿No comprendes qué quiero decir?

—No; eres mas misteriosa que nunca, y en verdad creeré que eres la encantadora, como te he llamado á menudo si obras los milagros invisiblemente.

—No hay tal, ni uso artes preternaturales, como te mostraré. Toma el antejo que tienes detras, separa las hojas de la parra en su lugar mas espeso, mira á la ventanilla del techo bajo opuesto en la esquina, y dime qué ves.

—Nada mas que una entreabierto cortina.

—Ah! Pues será preciso que use la estratagemas que primero me convenció del hecho. No te asomes, aguaita, y si hablas, que sea en español.

Dejando la cuna flotante, Paulina se reclinó en la baranda como si fuera á coger las rosas que colgaban de ella en graciosos festones. Antes de que ella tocara una, Manuel dijo en baja voz:

—Se mueve la cortina; ya divisó una cabeza:

una mano se asoma con una cosa brillante en ella. ¡Por San Pablo! Es un hombre que te mira con tanto descaro como si fueras una estatua. ¿Quién es ese fatuo?

—Gilberto.

—No es posible! Es un caballero.

—Si los caballeros hacen traición y de espías, entonces él es. No estoy equivocada; porque me he puesto á observar á ocultas desde que me hirió por la primera vez el reflejo de su espejo, y después de varios experimentos tan exactos como este, me he confirmado en la sospecha que me habian despertado las inocentes quejas de Babie por sus largas ausencias. ¿Comprendes ahora por qué permanezco en estos cuartos con las cortinas casi siempre corridas? Por qué me mecia yo aquí en la hamaca, y te dejaba cantarme y leerme mientras te acariciaba los cabellos, ó me reclinaba en tus hombros? Por qué he sido toda devoción y convertido estos balcones en un pequeño escenario para la representación de nuestra versión de la luna de miel, ante un solo espectador?

A medida que hablaba, sin olvidarse de los ojos ansiosos que seguían todos sus movimientos, Paulina se prendía rosas en el seno, y al concluir soltó una carcajada, cuyo eco argentino fué á confundirse con la música del aire. Luego que ella paró, Manuel tiró los anteojos de sí, y se dirigió afuera con iracunda impetuosidad, á tiempo que dos blancos brazos le rodearon y detuvieron en su camino, añadiendo un nuevo grupo al marco verde de la enramada.

—Atras! dijo Paulina con entereza. Quietecito, tú prometiste obediencia y exijo su cumplimiento. Crees que un hombre sin honor, se avergonzará de que le descubran su juego con tanta fuerza como siente el tormento que le causa el espectáculo que tiene delante día tras día? ¿ó que un golpe seria tan duro de soportar como el conocimiento de que un acto suyo te ha colocado donde tú estás y héchole lo que él es? Nuestra arma sea el desprecio, no hagamos caso del insulto, serénate, vuelve á mí tu ojos enojados, y consúlate de tu sumisión con este beso que te doy.

Cedió á la órden ejecutada con caricias; pero se la llevó de allí en un arranque de celos, y con los ojos aun clavados entre las hojas, le preguntó:

—¿Por qué me enseñas esto si no me dejas vengarme? Hasta cuando quieres que sufra á ese hombre? Por Dios, dime tus designios, no sea que los haga fracasar en un momento en que el odio que le tengo me haga olvidar el amor que te profeso.

—Te los descubriré. Ya es tiempo, porque aunque yo no he dado todavía el primer paso, es preciso que tú des el segundo. Te mostraré esto, á fin de que hallaras la acción mas agradable que lo demas, y por mi debes soportar un poco mas tiempo á este hombre; pero para entretenerte, ya te daré una diversion. Ha mucho me dijiste que Gilberto era un jugador, entonces no lo creí, ahora creo de él cualquier cosa, y puedes hacer patente este vicio suyo con tanta prontitud como gustes.

—¿Quieres que me haga jugador para probar que él lo es? Te dije también que le acusaban

de fullero; cargaré el cubilete y marcaré las cartas para cogerle en el garlito?

Manuel se expresó con amargura, porque le repugnaba en alto grado el papel que se le asignaba representar, pareciéndole mas degradantes las venganzas de la mujer que las represalias del hombre, en que la fuerza toma el lugar del doblez, y mientras mas pronto se castiga una ofensa mas pronto se obtiene satisfacción. Pero Paulina, que había aprendido desde temprano á tocar el instrumento que llaman corazón humano, sabia cuando había que apelar al estímulo, cuando al calmante.

—No me censures que trazo un plan mas seguro en resultados que el tuyo. Si fueses á Gilberto y por una palabra dura ó por un acto temerario pusieses tu vida y mi felicidad en sus manos, todo estaria perdido, porque si bien está aquí prohibido el duelo, no dudaría él quebrantar todas las leyes humanas y divinas, con tal que de ello resultara nuestra separación. ¿Qué ganarías con eso? Supon que le matas, ya está fuera de nuestro alcance para siempre, ademas de tener que expiar un crimen; ó que él te mata á tí, tu sangre recaería sobre mi cabeza; ¿y dónde quieres tú que yo encuentre consuelo después de la pérdida de un corazón que fué siempre leal y tierno conmigo?

Con la inexplicable presciencia que á veces entreve los males futuros, ella se apegó á él como si flotase ante sus ojos la vaporosa vision de lo que iba á suceder, pero él solo vió una solicitud de su parte, solicitud que lleno de júbilo creyó haber despertado; y con el placer presente olvidó el pasado dolor.

—Puedes estar segura, mi corazón, que no consentiré que moleste ese hombre en lo mas mínimo, si puedo evitarlo. Tendré paciencia, aunque tus modos no sean los míos, porque tú eres la agraviada, y el castigo será el que decretes.

—Así pues, escucha cuál ha de ser tu tarea y mira la forma en que las circunstancias han vaciado mi designio. De modo haré que Gilberto no tengas palo de que agarrarse. Acepta sus invitaciones todas por el estilo de la que te hizo cuando ha una hora pasamos por la puerta del salon de billares, y aparenta que te entregas á esas diversiones con el mismo ardor que él. Tú le excedes en habilidad en los juegos de azar, como lo has probado en Cuba, cuando esas diversiones, por ser públicas, perdían el carácter de infamantes; así que, desearia que aguzaras su apetito perdiendo al principio, porque tendrás un placer infinito en disminuir la fortuna que codicia, y luego haz uso de toda tu destreza, á fin de que pierda y te deba hasta la camisa. Hallo, que no tiene otra cosa que lo que el padre de Babie le da picho á picho; para ese propósito sin duda que no se atreverá á pedir dinero; él no se habría casado si no le fallan otros recursos, y como sea un poco subida la suma, te quedará deudor, y esto servirá de espina que le punce el costado, tanto mas mortificante cuanto que sabrás que no puede arrancársela. Hecho esto, ó cuando se está ejecutando, quiero que al dolor de la pérdida del dinero agregues el dolor de los celos. El descuida su jóven esposa, quien desea en el alma recobrar el afecto que creyó poseer en otro tiempo; ayúdala y enséñala á Gilberto el valor de la que desdén. Eres jóven, tierno, cumplido, y posees mas gracias de las que tú mismo te figuras; tu origen meridional y tu educacion te dotan de maneras atraentes en fuerte contraste con las almas frías que te rodean, y el amor que sientes por mí te reviste de un encanto á los ojos de todas las mujeres. Divierte, consueta pues á esa pobre muchacha, y muestra á su marido cómo él debía de ser; no temo perder tu afecto, ni temas por el de ella, porque es una de aquellas criaturas que á semejanza del perro ama la mano que le pega, y lame el pié que le arroja léjos de sí.

—Y en esta comedia ¿he de ser yo el único actor? ¿Qué harás tú mientras yo hago el amor á Babie?

—Deja que Gilberto coquetee conmigo: ten paciencia hasta que entiendas cual es mi propósito. El me ama todavía y cree que yo le correspondo. No le desengañaré ahora, dejaré solamente que el silencio confiese en apariencia lo que las palabras no apoyan. Me alimentó con falsas promesas, dejó que fabricara la felicidad de mi vida sobre cimientos de arena, y cuando ya no podía engañarme por mas tiempo, de repente me despertó, esperando que yo descubriese que había seguido tras una sombra. Haré lo mismo; él me seguirá impávido y ciego apesar de todos los obstáculos y lazos; hará la última jugada y la perderá; porque cuando llegue el momento crítico le probaré que por mí ha perdido el amor, el honor, la libertad y la esperanza, y le diré que soy toda tuya y para siempre, y luego desvaneciéndonos como el humo le dejaremos en las tinieblas de la desesperación, y la derrota. ¿No vale esto mas que la bala que le daría paz desde luego?

Por mas que Manuel fuese jóven, amante y marido, no pudo dejar de advertir y sorprenderse del espíritu rencoroso que se había apoderado de aquella mujer, había borrado todo impulso generoso en ella, marchitado el sentimiento de caridad, y convertíola en el espectáculo mas triste de este mundo,—una alma humana rebelándose contra la Providencia, para hacerse la Nemesis de otra.

—Paulina! exclamó él apartándose de ella involuntariamente. ¿Estás poseída de Sata-nás?

—Sí, y no me abandonaré hasta que haya amontonado sobre la cabeza de ese hombre todo pecado, vergüenza y pesar que puede concebir el ingenio humano. Creí que podía contentarme con una mirada de reproche, con una palabra amarga; pero no, porque una vez desencadenado el genio del mal, no hay forma de encadenarlo otra vez. En otro tiempo le gobernó yo, ahora me gobierna á mí, y es inútil volver la cara; el destino me empuja, y de aquí en adelante esgrimiré las armas que poseo con la esperanza de triunfar quizás al precio de mi salvacion. Todavía no es muy tarde para que evites el contagio del espíritu que me guía;

elige, pues, y atente á esa eleccion como me atengo á la mia, porque no hay que pensar en volver atras. Aceptame como soy, ayúdame quiera que no, y recibirás el don prometido,— años como los días que has llamado cielo sobre la tierra; ó retracta el voto que me hiciste, vuelve á tomar el corazon que me diste, y vive apartado y libre de esta alma tormentosa que solo el tiempo puede apaciguar. He aquí el anillo, ¿te lo devuelvo, ó lo conservo, Manuel?

Nunca se habia presentado ella mas hermosa como cuando sin el anillo de boda, con el brazo extendido, los ojos sombríos por la intensidad de la emocion, indomable, provocante, osada, el tono de voz triste y grave, se hallaba frente á frente de su marido, imagen verdadera del genio del mal. Con todo de tener la conciencia de su poder, se propuso afirmarlo, apelando atrevidamente al elemento mas fuerte del carácter de Manuel: las pasiones, no los principios, eran los aliados que ella deseaba, y ántes que llegase la respuesta, conoció que las habia ganado al costo de la inocencia y de la dignidad. En la cara de Manuel se pintó una expresion de tan duro pensamiento como los de ella misma; sintió que se caía de su frente por decirlo así, un año de juventud, y en ademán de uno que deja atras todo temor, cogió aquella mano extendida, volvió el anillo á su dedo, resueltamente aceptó las duras condiciones impuestas, todo por amor, y dijo solamente:

—A tí pertenezco en alma y cuerpo; haz de mí lo que gustes.

Quince días despues, Paulina estaba sola sentada, esperando por su marido. So pretexto de visitar una amiga, se habia ella ausentado una semana, á fin de que Manuel desempeñara la desagradable tarea que se le habia impuesto. Pasó por aquella separacion, escribió día tras día, pero nada le dijo de lo que adelantaba, ni le habló palabra sobre ella la noche que se reunieron, y la habia dejado sola una hora, ántes que pedirle tuviera paciencia hasta que pudiera mostrarle la obra concluida. Ahora, con la vista fija en la puerta, el oído avisor para escuchar los pasos, el espíritu agitado con la lucha de la esperanza y el temor, allí estaba sentada con la inmóvil vigilancia del indio en guardia. No tuvo que mirar ni aguardar largo tiempo, Manuel entró á la carrera, cerró la puerta y las ventanas, echó las cortinas, y luego se detuvo en medio del cuarto y se echó á reír con aire de triunfo, cuando descubrió en los caros ojos de su mujer una expresion que ántes no habia observado.

—¿Vienes á decirme que todo ha salido bien? le preguntó ella llena de inquietud.

—Mas de lo que tú esperabas, porque no parece sino que nos ayudan los espíritus de las tnieblas, y conducen el hombre á su perdicion mas aprisa de lo que pudiéramos desear. Estoy cansado, déjame sentar un rato y descansar. Lo he ganado, así, luego que te lo haya dicho todo, tendrás que exclamar:—Amor mío, bien, estoy satisfecha.

Desplomóse él en el sofá donde ella estaba todavía sentada, recostó la cabeza en su regazo de seda, se puso en la frente abrasada su fresca mano y continuó en suave tono de voz:

—Sabes con cuanta ansia Gilberto se aprovechaba de mi inclinacion al juego y pronto con qué desenfreno la siguió, sintiendo al parecer la delicia que tú predijiste, hasta que, en obediencia á tus órdenes, cesé de perder y gané sumas que á mí mismo me sorprendieron. Entonces te fuiste, pero yo no me estuve ocioso, y en el esfuerzo por desenredarse, Gilberto perdió cuanto tenia y mas, porque mi deseo de complacerte pareció que me comunicaba doble habilidad. Ha dos días que me negué á continuar el desigual conflicto, diciéndole que no se inquietara por mi dinero, pues yo podía esperar.

Tenias razon cuando decias que le seria odiosa la idea de berme; pero no tuviste razon en afirmar que le seria soportable, y apenas creéras la medida que adopté para salir del compromiso. Aquella misma noche cometi fullerias en el juego, se las descubrieron, y aunque el contrario por Babie no dió pasos, el negocio transpiró, todos le huyeron, ya no le vale este expediente. Creí que no echaria mano de otro, pero ayer vino á mí con extraña expresion de alivio, me pagó la deuda hasta el último centavo y luego me dió á entender que no aprobaba y debía cesar mi intimidad con su esposa. Esto prueba que yo te he obedecido en todo, y aunque fué fácil tarea consolar á Babie, porque amándote los dos, nuestro lazo de simpatía y constante tema, han sido Paulina y sus perfecciones.

—¡Calla! No me celebres. Es una burla. Soy lo que la perfidia de un hombre me ha hecho; aun puedo, sin embargo, aprender á ser digna de la devocion de otro hombre. ¿Qué mas, Manuel?

—Creí que no habia alcanzado mas que un triunfo, pero acabo de saber que ha sido doble. Al medio día llegó un caballero y preguntó por Gilberto, sucedió que estaba ausente, pero como dijese yo cuando volveria, lo que indicaba que habia intimidad entre nosotros, Seguin, nombre del desconocido, entró en conversacion conmigo. Píco mi curiosidad su evidente deseo de evitar la presencia de la señora de Redmond, y apartar á su marido, y luego que me hizo varias preguntas acerca de los hábitos y actos recientes de Gilberto, empecé á sospechar; y no bien le mencioné que me habia pagado una deuda con puntualidad, me reveló en confianza un hecho sorprendente. En un momento de desesperacion Gilberto habia forjado el nombre de este su antiguo amigo, á quien juzgaba ausente, y habia sacado del banco dinero para librarse de mí, aunque no por largo tiempo. En este apuro parece que le abandonó la buena fortuna con que se habia desenredado de otros lazos mas complicados todavía, pues mal ejecutada la falsificacion, el exámen hizo nacer dudas, y Seguin que acababa de volver, entró en casa de su banquero una hora despues de Gilberto, para probar el fraude; y vino aquí para acusarlo. ¿Qué quisieras que hiciera, Paulina? El tiempo era corto, no podia esperar por tí.

—¿Cómo qué? Por qué pararse á preguntar? ¿Qué hiciste?

—En una hoja blanca de tu libro senté la acusacion, el castigo y el poder que poseo, para usarlos en su caso en bien tuyo. Devolví el dinero, aseguré el cheque forjado y logré de Seguin que dejara el asunto en mis manos y se volviere tan calladamente como habia venido. La presencia de Babie anoche me impidió consultarte sobre el asunto: te habia preparado esta sorpresa y tenia mi orgullo en haberla trabajado sólo. Una hora hace fui á velar á Gilberto: vino, le llevé á sus cuartos, le dije lo que habia hecho, añadiéndole que me habia movido la compasion que sentia por su esposa; y le dejé diciéndole que la posesion del cheque equivalia á la del dinero, el cual ahora me negaba á recibir de tan deshonrosas manos. ¿Estas satisfecha, Paulina?

Con aspecto y gestos de loca alegría se levantó ella á pasear el cuarto, exclamando, cuando echó mano del cheque forjado:

—Sí, ese fué un rasgo soberbio! De qué modo tan extraño se complica la trama! Seguro que los espíritus infernales nos ayudan y han puesto en nuestras manos esta arma cuando la que yo habia forjado resultó inútil. Con ella le tenemos de tal modo sujeto que solo muriéndose podrá escapar. ¿Se matará, Manuel?

—No, porque habia mas cólera que vergüenza en su cara cuando yo le acusé. Me odia demasiado para matarse todavía, y creo que me hubiera ido muy mal si yo hubiera sido el único poseedor de este secreto terrible; porque si alguna vez la expresion del crimen se pintó en los ojos del hombre, resplandeció con luz sinistra en los suyos así que le enseñé el papel y le volví al bolsillo donde llevo el puñalito que te causa risa verme llevar. Ya esto se acabó, ¿qué mas reina mia?

Habia energía en el tono del que hablaba, pero ninguna en su actitud ni aspecto, pues aun echado donde ella le dejó bajo una mano recostó la cabeza y se volvió para ver la cara de aquella á quien en menos de un mes, la fatiga y las pasiones ardientes habian robado la serenidad y la primitiva belleza. Deteniéndose en sus rápidos paseos, como si la hiriese un pensamiento desusado, apartó su mente de la idea dominante de su vida, recapacitó en el joven á quien privaba de sus inocentes delicias, contestó á la mirada inquieta de aquel corazon que ella no habia alimentado nunca, con otra mirada de amor y piedad, se arrojó junto á su marido, pegó la suave mejilla á la suya y le dijo con acento de la mayor ternura:

—No soy del todo egoista ni ingrata, Manuel. Descansa mientras yo te canto, que mañana nos iremos á los montes para dejar tras nosotros las malas tentaciones que te hacen tanto daño, por algun tiempo.

—No concluyes lo que has empezado? quiero todo ó nada; porque si nos paramos ahora, poseeré únicamente un corazon á medias, la sombra de una esposa. Llévemos á Gilberto y á Babie y terminemos sin dilacion esta obra diabólica. ¿Escucha! ¿Qué es eso?

En efecto, oyéronse pasos precipitados á lo largo de los corredores y luego una mano que tratava de abrir la puerta, y en seguida golpes fuertes en ella y una voz turbada que pedia por piedad entrada.

—¡Abrid! ¡abrid!

Manuel abrió, y la señora Redmond, á medio vestir, con el pelo suelto, llena de terror la faz, se precipitó en los brazos de Paulina, gritando incoherentemente:

—¡Sálvame! ¡protejedme! No volveré jamas á su lado. Dijo que yo le era una carga pesada y una maldicion. ¡Ay! Si yo no hubiese jamas nacido! . . .

—¿Qué ha sucedido, Babie? Somos amigos de V. Cuéntenos, que la consolaremos y protejeremos si está en nuestras manos.

Pero por lo pronto ella no pudo hablar. Era triste de ver la vehemencia de la pobre jóven. Al cabo se calmó un tanto y sentada junto á Paulina, le contó sus pesares, mirando de continuo á Manuel, que la oia en pié, cual si creyera cierto que él la vengara.

—Cuando salí de aqui una hora hace ó mas, encontré mis cuartos todavía solitarios, y aunque no habia visto á mi marido desde por la mañana, comprendí que le disgustaria encontrarme esperando, así que de llorar me dormí y soñé con la época feliz en que él era bueno conmigo, hasta que me desperté el sonido de voces. Oí á Gilberto decir:—Babie está con su esposa de V., así me lo dijo la criada; estamos pues solos aquí, ¿qué misterioso asunto es este, Laroche? Eso me tentó á escuchar, y entonces, Manuel, supe toda la vergüenza y miseria que V. trató de evitarme con tanta generosidad. ¿Cómo pagaré á V.? ¿Cómo estimarlo y honrarle bastante por tanto bien á una desvalida mujer?

—Ya estoy pagado, señora; olvidemos eso y sepamos la causa de su repentina venida llena de temor y espanto.

—Cuando V. se marchó, él entró en el aposento en busca de algo, me vió y comprendí que debí oír todo lo que me habia ocultado tan cuidadosamente. Si V. jamas le vió, cuando el espíritu del mal se le sube á la cabeza, puede imaginar lo que sufrí. Me dijo cosas tan duras, que no pude sobrelevar mas y le dije que vendria al lado de V., porque me hallaba tan aturdida por el pesar y la vergüenza, que sus palabras surtian el efecto del aceite en el fuego. Juró que no lo consentiria y ¡ah Paulina! me pegó. Mire, si es que no digo la verdad desnuda.

Toda temblorosa y excitada la señora Redmond se remangó las anchas mangas de su bata, y mostró las huellas rojizas de una mano varonil. Manuel al verlas se llenó de indignacion y dijo:

—V. le abandonó, Babie?

—Sí, aunque me encerré en mi cuarto, diciéndole que la ley le daba el derecho de enseñar obediencia. Me puse á la carrera este traje, me arrastré á las calladas por el balcon hasta que pude salir por la ventana del pasillo, y en seguida corrí aquí. El vendrá por mí; puede llevarme? Deberé volver á su lado para sufrir mas?

A tiempo que hablaba la señora Redmond se agarró de Manuel haciendo una exclamacion de miedo, porque en el umbral se hallaba su marido. Una mirada comprensiva pareció estimular su cólera y prestarle mayor dureza para confrontar los tres, porque con severidad grande dijo:

—Babie, espero por tí. Ella no contestó sino que se agarró á Manuel con doble fuerza cual si este fuera su única esperanza. Una mirada de Paulina detuvo las palabras de fuego que ya hacian temblar sus labios y se quedó callado mientras le contestaba por su mujer:

—Su esposa de V. nos ha elegido por guardianes y déjeme creer que V. no volverá á hacer uso de la fuerza con dos testigos como estos, que probarán en su caso que V. ha perdido el derecho á su obediencia, ántes justifica el paso que ella ha dado.

Con una mano descubrió Paulina el hombro marcado por el golpe de Gilberto y con la otra le enseñó el papel forjado. Estas mudas acusaciones le paralizaron por un momento; pero entónces su ira se encendió mas contra Manuel, y creyendo que podia herir á los dos hiriendo á Paulina en su marido, no hizo caso de esta, sino que volviéndose para aquel, le dijo con malignidad:

—Debo creer, pues, que V. me niega mi esposa y prefere atenerse á las resultas de semejante acto?

Calmando por la calma de Paulina, Manuel estrechó mas fuertemente la temblorosa criatura á su lado y contestó con altanería:

—Sí; pero ahórrase el trabajo de insultarme, porque habiéndose colocado V. fuera del alcance del arma de un caballero, no aceptaré el desafío de un . . .

Una mano suave ahogó en sus labios la oprobiosa palabra, pues Babie, como verdadera mujer despues de todo, dijo con un sollozo:

—Perdónele, porque le amé.

Gilberto Redmond tenia un corazon, y pecador como él era, aquella generosa clemencia no pudo menos de causarle remordimiento, aunque por un instante, cediendo luego á la egoista esperanza de que todo no estaba perdido, si por medio de su esposa podia retener influencia sobre el par que ahora poseia para él el mas fuerte atractivo tanto de amor como de odio. En aquella breve pausa le ocurrió este pensamiento, lo aceptó y siguió, porque, como si cediera á un imperioso impulso de penitente desesperacion, abrió los brazos á su esposa y le dijo en tono humilde, de súplica:

—Babie, vuelve á mí y enseñame á subsanar lo pasado. Confieso con franqueza que me arrepiento amargamente de mis culpas, y me someto á tus decretos solo. Pero al ejercer justicia, recuerda ¡ay! la caridad, recuerda que muy jóven todavía quedé sin padre ni madre y que por falta de un corazon bueno que me guiasse y acariciase, me extravié. Aun es tiempo todavía, ten compasion y sálvame de mí mismo.

—No estoy bastante castigado? Debe ser la muerte mi único consuelo? Babie, cuando todos me repelen, me abandonarás tú tambien?

—No, no! Amame únicamente y aun puedo perdonar, olvidar y ser feliz!

Tenia razon Paulina: aun amaba la mano que le heria aquella alma de la naturaleza del perro. La señora Redmond volvió gozosa á los brazos de que acababa de huir. La mas tierna bienvenida que jamas obtuvo de él, acogió aquella alma en que todavía no habia muerto la fé, porque Gilberto conoció el valor que habia adquirido de repente esta posesion en otro tiempo descuidada y se aferró á ella con todas sus fuerzas. Sin embargo, á tiempo que la acariciaba con el tacto, la palabra y el tono, no pudo menos de echar una mirada de triunfo á los dos espectadores de la escena. Paulina la recibió con la inescrutable sonrisa que le era peculiar, y echando una de inteligencia á su marido, dijo:

—¿No salió cierta mi profesia, Manuel? Sea V. bueno con ella, Gilberto, y cuando nos volvamos á ver, espero verla mas feliz de lo que es ahora esa que solloza en los hombros de V. Babie, buenas noches y adios, porque mañana partimos para las montañas.

—¡Ah! Vamos juntos, como V. prometió. Saben Vds. nuestros secretos, Vds. me compadecen y ayudarán á Gilberto á ser lo que debe ser. No puedo vivir en casa, y lugares como estos me parecerán tan tristes luego que V. y Manuel se hayan ido! . . . ¿No podremos estar algun tiempo mas juntos?

—Si Gilberto lo desea y Manuel lo consiente, por V. estamos dispuestos á sobrelevar mucho, pobre niña.

Los ojos de Paulina dijeron:—“Se atreve V. á ir?” los de Gilberto contestaron:—“Sí, cuando sus miradas se encontraron con sombría expresion; pero con los labios contestó este:—Adonde quiera contigo, Babie; y Manuel tomó entónces las manos de la señora Redmond y las apretó entre las suyas de un modo muy cariñoso que la afectó profundamente, añadiendo:

—Vuestro ejemplo me enseña la belleza de la compasion, y los amigos de Paulina son míos.

—Siempre tan bondadoso conmigo! Querido Manuel, nunca podré olvidarlo, aunque no pueda corresponder con otra cosa que con esto; y cual una niña, levantó la inocente cabeza, él bajó la suya, y recibió en los labios el beso que ella le ofrecia en pago de sus bondades.

A su vista Gilberto frunció las cejas con expresion ominosa, mas no habló palabra; y cuando ella dió las buenas noches, él se contentó con hacer un saludo en silencio, llevándose consigo á su mujer que se le apeaba fuertemente, como si la vuelta del amor hubiera desterrado los pesares y las penas en su generoso pecho.

—¡Pobrecita! exclamó Manuel. Es digna de mejor suerte. Quiera el cielo que sea feliz en adelante, y que ese arrepentimiento no sea todo una farsa!—Detívose de pronto, cual si obedeciese á un indomable impulso, porque Paulina le habia sentado las manos en los hombros, y examinaba su semblante con una ex-

presion que no acertaba á comprender, aunque sereno y sonriendo le preguntó:

—Alma mia, ¿queda resuelta la duda?

—No, duermes solamente.

Luego cuando él se le acercó mas, en son de paz, no fuera que la hubiese ofendido en algo, ella volvió la cara y le dejó en silencio. ¿Temió hallar en sus labios el beso de Babie?

CAPÍTULO IV.

LA obra de las semanas pronto se marca, y así que otro mes pasó, he aquí los cambios que habia operado. Los cuatro individuos tan extrañamente ligados por lazos de sufrimiento y error, continuaron en su camino, bendecidos, á los ojos del mundo, con todos los dones de la vida, pero bajo la serena superficie rodaba la intercorriente cuyas misteriosas mareas fluyen y refluven en el corazon humano sin traba de raza, rango, ni tiempo. Gilberto era un buen actor; pero aunque reprimia su genio malo, suavizaba su semblante y refinaba sus maneras, pronto comprendió su esposa la vanidad de esperar que recobraría lo que jamas habia sido suyo. Ella aceptó el hecho en silencio, y sin expresar una queja, se volvió para otros á fin de encontrar el cariño ardoroso sin el cual no podia vivir. Convencido del hambre que ella padecia, Manuel la ofreció una simpatía de las mas sinceras y pronto averiguó con placer inquieto que ella le amaba y que su marido lo advertia; porque la vida de emociones á toda prisa hacian del muchacho un hombre, como los fieros ardores del sol de su patria, hacen crecer y florecer las plantas en una noche. La señora Redmond, tan jóven en experiencia como en años, sintió el atractivo de un alma generosa y suave y cedió á él con la misma espontaneidad con que un bejuco sin apoyo cede al impulso del viento fuerte que le arroja en las ramas del árbol vecino, con la conciencia, sin duda, de que un sentimiento mas fuerte que el de la mera gratitud hacia su compañia el encanto de su vida. Veia esto Paulina, y á veces se confesaba á sí misma que habia evocado espíritus que ya no la era dado regir; pero su firme propósito la empujó adelante y encontró en ello un encanto mas peligrosamente potente que ántes. Gilberto observaba los tres con sonrisas mas oscuras que sus pensamientos, con todo eso, ni la mas mínima palabra advirtió á su esposa del peligro que ella misma no veia: ninguna demostracion de celos despertó en Manuel el deseo de rebelarse contra la opresion de una presencia que tanto le desagradaba, ni una accion temeraria, ni una palabra dió á Paulina ocasion para desterrarle, aunque el deseo de su alma llegó á ser el descubrimiento de la clave para descifrar la inescrutable expresion de los ojos de aquella mujer cuando seguan al jóven par, cuya creciente amistad debía solos sus compañeros. Poco á poco sus maneras hacia él se suavizaron, la compasion pareció llenar el golfo que los separaba, y en momentos raros el tiempo apareció que retrocedia, dejando en pié la tierna mujer de un año há. Alimentado con tal inesperada esperanza, la reciente pasion prosperó y se fortificó hasta que llegó á ser el norte de su vida, y parándose solamente para asegurarse bien, esperó la hora en que pudiese

“Entregar su fortuna á la suerte y perder ó ganarlo todo.”

—¿Vienes, Manuel?

El estaba reclinado en el césped á los piés de la señora Redmond, y despertando del ensueño que le dominaba, mientras ella cantaba la cancion de amor que él la habia enseñada, levantó la vista y vió á su mujer de pié sobre la verde falda del monte casi en su presencia. Su cabello castaño lo cubria un chal punto negro, á la manera española, bajo el cual brillaban los ojos con vivo fuego, sus mejillas las habia enrojecido el viento frio, su boca entreabria una maligna sonrisa y una *pucha* de hojas de diversos verdes prendida en su seno, hacia una mezcla de fuego y nieve con el vestido que rozaba las yerbas. Destacábase esta imponente figura de mujer de un fondo sombrío formado con los precipicios y alterosos pinos de mas allá; pero tres manchas descubrió Manuel en el cuadro.—Gilberto la habia retratado en aquel traje, Gilberto habia tenido que escalar una roca para completar las flores del ramillete que llevaba al pecho, Gilberto estaba á su lado dándole el brazo; y ocupado con la idea de que ya Paulina le huia y se le reservaba, Manuel no cambió de posicion ni acertó á responder. La señora Redmond lo hizo por él.

—Va, mas conmigo. Son Vds. demasiado serios para nosotros, así vayan por su camino hablando gravemente del cielo y de la tierra, que nosotros los seguiremos, recogiendo flores, y espantando los pájaros. Nos reuniremos en la cascada. Ea, pues, señor mio, deje la guitarra y el libro á un lado, porque ya me sé la leccion; quédese por hoy el español y ayúdeme á vencer estas breñas.

Parecian dos amantes cuando Manuel la suspendia el cabello flotante al aire, á fin de que ella pudiera atarse el sombrero, tarareando por lo bajo la cancion que él la habia enseñado. A su vista, una persona un poco avisada hubiera podido advertir que Paulina acababa de ahogar un suspiro en su pecho. Gilberto pareció notar, porque le dijo:

—Ellos son mas felices sin nosotros, vámonos.

Ni el uno ni el otro hablaron hasta llegar al sitio designado. No habian llegado los otros, y mientras venian, Paulina se sentó en una piedra mohosa, Gilberto á su lado se recostó contra una roca de granito, y entrambos en silencio examinaron la grandiosa escena que se les ofreció delante, que hacia latir el corazon. Desde aquella altura sus ojos con delicia mezclada de pavor, se pasearon al traves de los valles sembrados de sombras y oscuros bosques, jamas hollados por la planta humana, hasta la cima de cordilleras y cordilleras, y por entre abras y abras, las unas mas vaporosas que las otras, hasta dar en el mar azul que circunda el mundo.

Tras ellos gemía la cascada crecida con las lluvias de otoño, y sus aguas se precipitaban en la cuenca pedregosa que hervía debajo, para dejar allí los restos de ramas y árboles despedazados, y luego caer en otra sima mas profunda todavía, hasta que rompiéndose entre peñascos, donde la tradicion coloca leyendas tristes, brillan á trozos entre los bosques, riegan los campos cultivados y al fin se pierden en el manso rio que corre despacio al mar. Dominada por la belleza y sublimidad de la escena, Paulina se olvidó que no estaba sola, hasta que volviéndose, comprendió de pronto que mientras ella sondeaba la faz de la naturaleza su compañero como que sondeaba la suya. No podía ella decir lo que él había visto; pero sin duda que había roto todo freno, abandonado toda reticencia, porque llenos sus ojos del ardor antiguo, su voz de la impetuosidad antigua, como si hubiera leído en su corazón la dijo:

—Este es el momento que yo aguardaba por tanto tiempo. Ahora me ve V. cual soy. Ambos hemos cometido un amargo disparate y podemos todavía enmendarlo. Aquellos muchachos se aman; dejémoslos amarse. La juventud los liga, la fortuna los iguala, la suerte los reúne para que nosotros seamos libres, acepte V. esta libertad como yo la acepto, y venga al mundo conmigo á llevar la vida que el cielo la reserva.

Con las primeras palabras de Gilberto, Paulina comprendió que había llegado la ocasión apetecida. Así que, alerta en un instante, respiró con fuerza y se preparó para el conflicto, dando á sus facciones, semblante y facultades aquella expresion de que el arte, su segunda naturaleza, la había hecho maestra. Gilberto se había apoderado de su mano, ella no la retiró. La llegada repentina del instante en que era preciso concluir la obra empezada, le encendió la sangre en las mejillas; pero como el fuego de sus ojos en el momento del goce podía traicionarla, los bajó cual si tuviera vergüenza ó temor. En la exaltacion que hacia hervir su sangre, se le despejó el semblante, y de esto hizo ella alarde, porque la convenia que él se engañara á sí mismo creyéndola movida por el amor. Para mas confirmarle en esta falaz creencia, le contestó con voz suave:

—Me pide V. un gran sacrificio. ¿Qué ofrece V. en cambio, Gilberto, así que no halle por segunda vez perdido el trabajo del amor?

—Esto era muy ambiguo, aunque dicho con suavidad, recordándole que habiéndolo desperdiciado todo, poco tenia que dar ahora; pero animado por su aspecto, sin arredrarse, replicó con mas vehemencia que nunca:

—Puedo ofrecer á V. un corazón siempre fiel en realidad, aunque no en la apariencia, pues jamas ha habido amor en él para esa niña. . . Daria la mitad de mi vida por deshacer lo hecho y volver á ser el hombre en quien V. fiaba tanto. Puedo ofrecer á V. un nombre que todavía será honorable, no obstante la mancha que le echó una hora de locura. Una vez V. me tachó de cobardía y dijo que yo no me atrevia á afrontar el mundo y conquistarlo. Veamos si me atrevo ahora. Ansio salir de la humillante servidumbre en que vivo, para lanzarme al mundo, luchar y ganar laureles con que coronar las sienes de V. Puedo ofrecer á V. fuerza, energía, afecto, dones dignos de cualquier mujer que posee la facultad de dirigirlos, recompensarlos y gozarlos como V. posee. Sí, Paulina, porque con su presencia para inspirarme, siento que puedo recuperar mi pasado lleno de errores y llegar á ser con el tiempo la obra mas noble de Dios,—un hombre honrado. Jamas podrá Babie ejercer influencia en mí, V. puede, V. querrá, porque ya está en sus manos mi sola esperanza terrenal, en su amor la salvacion de mi alma.

Si ese amor no hubiese muerto de muerte repentina, sin duda que se hubiera alzado á responderle pues que ella no era mujer para aho-



ESCENA EN EL BALCON DEL HOTEL.

gar los impulsos de su corazón; y este hombre, tan orgulloso como pecador, se estuvo de rodillas con la apasionada humildad jamas rendida á ninguna otra belleza. Aquello, en toda apariencia, la movió y conquistó, porque él observó que cambió de color su rostro, que su corazón palpitó con mas rapidez, sintió temblar su mano en la suya, y no recibia repulsa.

—Dígame, antes que responda, prorumpió ella al cabo, ¿está V. seguro que Manuel ama á Babie?

—Lo estoy; porque cada día me convenzo mas de que él ha sobrevivido á la breve ilusion, que ansia la libertad, mas no se atreve á pedirla. ¡Ah! Qué necio orgullo! Pero es así. Con ojos de zeloso he seguido todos sus pasos, nada se me ha escapado, porque en su infidelidad á V. fundaba yo mi esperanza. ¿No se ha vuelto él melancólico, frio y reservado? No busca él á Babie, y, de poco acá huye de V? No me cede siempre su lugar sin muestra de disgusto ó sentimiento? Ha reprochado alguna vez á V., la ha advertido ó amonestado, sabiendo como sabe que yo soy su amante de V? Puede V. negar estas pruebas, ó pararse á preguntar si él estará dispues-

to á romper los lazos que le atan á una mujer, cuya superioridad en todo le reducen á vasallo cuando podia ser rey? No conoce V. el corazón si V. cree que él no la bendice por la libertad que le ha concedido.

Como la nube que precisamente entonces pasaba por cima del valle y borraba todas las bellezas en los pliegues de la sombra, una expresion sombría pasó por el semblante de Paulina; pero si las palabras despertaron algun temor que dormía y ella acallaba con cariño, pronto desapareció, con la misma rapidez que apareció. Aun brillaban sus ojos sobre la escena, aun probaba ella la delicia agri dulce de ver aquella humillacion corporal y espiritual, pues tras larga pausa hizo otra pregunta, cuya respuesta no podia menos de completar su triste triunfo.

—De veras, Gilberto, ¿cree V. que yo todavía le amo?

—Sí, lo creo, lo veo. ¿No leo los signos que otra vez me lo probaron? Olvido que, si bien V. me siguió para compadecer y despreciar, ha permanecido V. para perdonar y amistar? No estoy seguro que ningun otro poder obraría el cambio que V. ha obrado en mí? Aprendía á estar contento con la esclavitud, y poco á poco recaía en aquel estado de indolencia de espíritu que hace fácil la sumision. Aprendía á olvidar á V., y me resignaba á tener la sombra cuando el cuerpo había huido; pero V. vino, y, con una mirada, deshizo la obra, con una palabra destruyó la paz que había costado tanto trabajo ganar, con un toque resucitó la pasion que no había muerto sino que dormía, y en este mes la ha hecho crecer de modo que será la mas dulce de mi vida,—porque todo lo creí perdido y V. me ha mostrado que todo se ha ganado. Cierta, esa sonrisa es propicia! ¿Me será dado oír la confirmacion de mi fé de unos labios que parecen formados para decir:—yo amo?

Levantó ella los ojos y su mirada le abrasó con una expresion que hizo su corazón saltar de alegría, pues que por sus mejillas y frente pasó una ráfaga de emocion femenil demasiado natural para ser fingida, á tiempo que su voz tembló con el fervor del sentimiento que bendice la vida y sobrevive á la muerte.

—Sí, yo amo, dijo ella al fin. Pero no como antes con la ciega pasion de una muchacha, sino con aquel calor y serenidad de corazón, de cuerpo y espíritu, que no muere nunca. Amor todo honrado, penitente y confiado, que se alimenta con lo mas íntimo del seno de la mas experimentada y tentada mujer, amor pronto á florecer y dar su fruto, si Dios así lo ordena. Una vez fui engañada, mas la fé todavía dura, y creo que aun puedo merecer el don glorioso de la vida de una mujer por el hombre que hará mi felicidad como yo hago la suya,—quien me encontrará mas orgullosa en cambio de la pasada frialdad, mas humilde en cambio de la pasada altivez,—cuya vida pasará en un deliquio de amor. Y ese ser idolatrado es . . . mi marido.

Si ella hubiese alzado la blanca mano y herido con un puñal, siempre risueña, no le hubiera causado mas efecto, ni le habría hecho palidecer tanto como palideció al oír las dos últimas palabras de Paulina. Esta le echó de sí y se levantó tan hermosa y grave como un ángel vengador. Mudo del estupor, que era harto profundo para desahogarse en palabras, se quedó él arrodillado sin movimiento y transfigurado. Ella no habló mas, y él, pasándose la mano por los ojos, como si fuera presa de

alguna ilusion, se levantó á espacio, y preguntó, medio incrédulo, medio afigido:

—Paulina, ¿es esto una broma?

—Para mí, lo es; para V. . . . una amarga verdad.

Entonces fué cuando cayó sobre él la mortecina luz de la realidad, y con ella una extraña sensacion de temor; porque en esta aparicion del juicio humano le pareció recibir un aviso anticipado del juicio divino. Con un gesto repentino de algo que se parecia á súplica, exclamó él, como si su suerte estuviese en manos de Paulina:

—¿Cómo terminará esto? ¿Cómo?

—Como empezó, en dolor, vergüenza y pérdida.

Entonces, en palabras de fuego que quemaban aquel corazón llagado, Paulina le refirió toda la negra historia del agravio y del castigo que le había hecho sufrir con la fria paciencia é inexorable designio, que ya dicen estas páginas. Para hacerle mas amarga la pena, no olvidó ella nada, todo se lo refirió, ante sus ojos puso los menores hilos de la trama tendidos para hacerle caer y sufrir. Y cuando la palabra final de la sentencia espiró en los labios que debian conceder el perdon, no el castigo, Paulina se arrancó del pecho el último regalo que él la había hecho, y echándolo en el suelo, le puso el pié encima, y como si fuese la banda roja de su avasallamiento al espíritu malo, que la había acosado por tan largo tiempo, ya lanzado, lo hizo pedazos.

Gilberto había escuchado todo con una desesperacion que subia por grados, y hasta que le cegó del modo con que ciega á aquellos que son esclavos de sus pasiones, cuando algun golpe los irrita mas no los amansa. Pálido como la muerte, con la cólera pintada en los ojos, la cólera que es mas terrible que la ira, la cual en la ebullicion se inflama y arde toda en un momento, sin dejar mas que una apagada huella, esperó hasta que Paulina terminó su historia, y entonces hizo uso de la represalia que le quedaba. Se metió la mano en el pecho, sacó de él un guante blanco que despues de enseñárselo lo lanzó contra la roca y dijo en voz que se fué alzando clara y campanada sobre el ruido de la cascada:

—Bien y femenilmente hecho, Paulina, y desearia que Manuel llevase una vida feliz con una esposa tan tierna, franca y noble; pero no será nunca suyo el futuro que V. pinta tan bien. Porque, por el Señor que nos oye, juro terminar esta broma de V. de un modo mas lúgubre de lo que V. profetiza. Mirad! Llevo esto desde la noche en que V. empezó el conflicto, que concluyó en mi derrota, como concluirá en la de V. No hago yo la guerra á las mujeres, pero la sangre de un hombre de seguro caerá sobre la cabeza de V., porque arrojándole esto á la cara y echándole en rostro una perfidia mas negra que la mia haré que ese manso muchacho se bata conmigo. ¡Bastará esto á irritarlo, hacerle olvidar los mandatos de V., y que conteste como hombre:—Sí?

Hirió la palabra el aire de un modo corto y agudo como un pistoletazo, una mano débil y morena le arrebató el guante á Gilberto en el momento de arrojarlo y Manuel se colocó entre los dos. La Señora Redmond, llena de temor, se le adhirió fuertemente: Paulina corrió á su lado; y por un momento él y Gilberto se



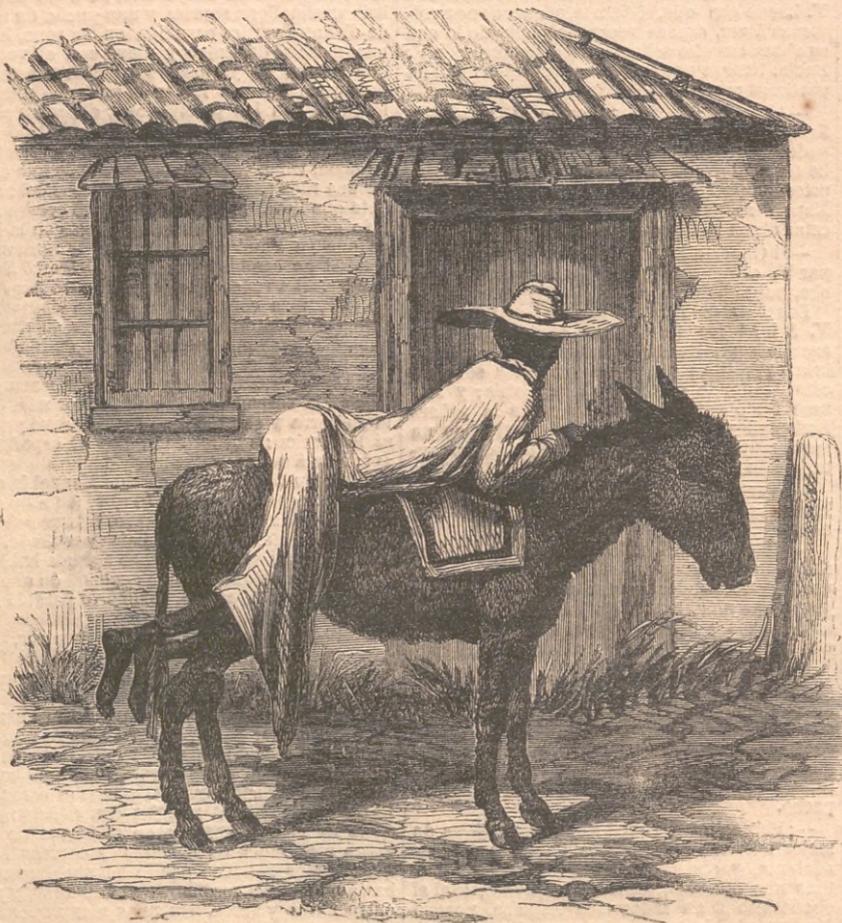
miraron cara á cara, con ojos encendidos por zelos y odio que habían dormido un año, y ahora les hacian temblar los puños, agitaban sus pechos y rebosaban en todas sus palabras.

—Hé aquí el caballero, dijo Gilberto en tono de desprecio, que obliga á jugar á sus amigos hasta perder la paciencia, y luego se abriga bajo las faldas de una mujer, como buen cobarde.

—Mientes! traidor taur! gritó Manuel, y echando á su mujer á un lado, le arrojó el guante medio á medio de la cara de su adversario.

Entonces la bestia feroz que se oculta en la sangre de todo hombre fuerte, resucitó de pronto en Gilberto Redmond, quien echándole garra á Manuel con su musculoso brazo derecho, le arrastró hasta los bordes del precipicio, le levantó en el aire por un espantoso instante, le vió luchar para salvarse de la garra y la muerte, y luego oyó el golpe que hizo al caer en el fondo de la cascada, todo con la horrible delicia y conmocion que solo deben sentir los asesinos.

Tan rápida y segura fué la accion, que no hubo tiempo de impedirlo. Tras Manuel se precipitó su esposa, de modo que donde había cuatro seres humanos, solo dos quedaron en pié, un hombre y una mujer, mirándose á la cara el uno al otro como mudos, espantados del temeroso silencio que hacia el medio día mas espantable que la media noche sin luna, y con aquel momento de impotente horror, empezó el remordimiento y pena del largo castigo de Paulina.



EL MENDIGO DE CARACAS.

Un mendigo en Caracas.

Uno de nuestros artistas, recién llegado de Venezuela, nos ha traído el adjunto boceto, que con gusto presentamos á los lectores de LA ILUSTRACION, porque sin duda es muy característico.

Nada, en efecto, mas extraño, fuera de los países hispano-americanos, sino que se pordio-see á caballo, ó en burro, mas propiamente hablando; pero esa extrañeza disminuirá cuando se tenga en cuenta que la miseria en todas partes lo mismo le llega á los hombres que á los animales, y parece muy natural que ambos simpatizen. Claro se vé, sin embargo, en el caso á que nos referimos ahora, que la inteligencia del hombre aunque no mucho superior á la del bruto su compañero, abusa del pobre burro, porque divide con él solamente la pobreza y el trabajo de mendigar, y guarda para sí lo que la caridad prodiga para los dos. Esta no es una sátira, sino la fábula del Leon repetida, tanto mas que el mendigo de Carácas no le juega la treta á otro hombre como él, cosa tan comun, sino á un burro.

Bateria blindada de Junin en el Callao.

La ciencia de la defensa en la guerra, como la del ataque ha experimentado grandes cambios de pocos años á esta parte. Fué en Charleston, de la Carolina del Sur, donde se aplicó, que sepamos, por primera vez, el blindaje de hierro á las baterías de tierra, casi al comenzar la desastrosa guerra, que duró solos cuatro años. Despues el constructor de la bateria flotante *La Merrimac* ó *Virginia* adoptó la idea con feliz acierto, es decir, que colocó las blindas formando ángulo con el horizonte, cuyo desarrollo mas completo se ha verificado en la mostruosa bateria *Dunderberg*.

El sistema de torres, sin embargo, donde primero se ensayó fué en el famoso "Monitor," haciéndose despues uso de ellas en el Puritan, Dictator, Monadnock, Miantonomoh y otros buques acorazados. Varias veces se ha indicado que el sistema de defensa de torres, que surte tan buen efecto en la mar, surtiria mejor en tierra, y debe sorprendernos que no se haya generalizado á esta fecha.

La imitacion que mas se aproxima á la idea de las torres á la Monitor en tierra, acaba de hacerse en el Callao, sin embargo que no hubo allí tiempo ni recursos de llevarla á la perfeccion. Tan bueno es, con todo eso, el sistema, que sus efectos se tocaron en las averias causadas á la escuadra española, cuando su último ataque. El pensamiento ocurrió al modesto ingeniero polaco señor Ernesto Malinowski, que reside en el Perú y gozaba de la confianza del Ministro de la Guerra don José Galvez, víctima de su celo patriótico.

Los peruanos fiaban su principal defensa en unos cuantos cañones ingleses del sistema Blakely. Como la costa del Callao es arenosa y suelta, era del todo inadecuada para construir baterías en que montar cañones de grueso calibre, y el ingeniero Malinowski concibió el proyecto de hacer servir á ese propósito las torres movibles de los acorazados que habia en el puerto. Tuvo, sin embargo, que ejecutarse la obra á la carrera, sin todos los recursos del caso, y fué necesario hacer uso de los cañones en barbata; pero como probaron los resultados quedó suficientemente protegido su mecanismo tanto complejo y delicado. El vivo fuego de los buques españoles, no desmontó ninguno de



CYRUS W. FIELD, DE NUEVA YORK, ALMA DE LA GRAN EMPRESA TELÉGRAFO SUBATLÁNTICA.

esos cañones, sino la ignorancia y falta de práctica de los artilleros, volándose una de los torres por el descuido de uno de los cargadores que dejó caer una bomba de á 300, y mató al señor Galvez.

El grabado representa la bateria de Junin en el acto de cargar y disparar los cañones.

El Termómetro.

AL tratar del termómetro, no intentamos entrar en pormenores cuya explicacion pertenece mas bien á un extenso tratado elemental de fisica que á un sucinto artículo de periódico. Limitáremosnos, pues, á decir que este instrumento inventado á fines del siglo XVI, y cuyo autor no se sabe con certeza, no se divide en

igual número de grados en los diferentes países en que se halla puesto en uso. Distingúense los termómetros Centígrado, Réaumur y Fahrenheit. La unidad de la medida es en los primeros el intervalo comprendido entre la temperatura del hielo cuando se derrite, y la del agua hirviendo bajo 0,76 de presión atmosférica; este intervalo se divide en 100 partes en el termómetro Centígrado, y en 80 en el de Réaumur.

De aquí se deduce que para transformar, por ejemplo, 20 grados de Réaumur en los centígrados que les corresponden, basta multiplicar 20 por 5/4, y nos producirá 25. Si el número 20 representase los grados del centígrado, habria que multiplicarlos por 4/5, y nos daría 16.

El termómetro Fahrenheit, usado particular-

mente en los países en que prevalece el idioma inglés, no tiene por unidad de medida el mismo intervalo que los dos primeros: sus dos extremos fijos son la temperatura del agua hirviendo, y la que se obtiene por la mezcla de iguales porciones de sal marina y de nieve, mezcla que produce un frio mayor que el de la nieve sola. Este intervalo está dividido en 912 partes, el hielo deritiéndose corresponde al grado 32, de lo que resulta que el intervalo que media entre esta temperatura y la del agua hirviendo se divide en 180 partes. Por consiguiente, si se quiere transformar un número de grados Fahrenheit, por ejemplo, 92, en centígrados, habrá de comenzarse por separar 32° para colocarlo al punto de marca del centígrado, en seguida se tomarán los 5/9 del resultado, y producirá 33°, 3: para el termómetro Réaumur se tomarán los 4/9, y dará 26°, 7.

De aquí se deduce lo importante que es cuando se cita una temperatura, no omitir la designacion del termómetro de que se toma.

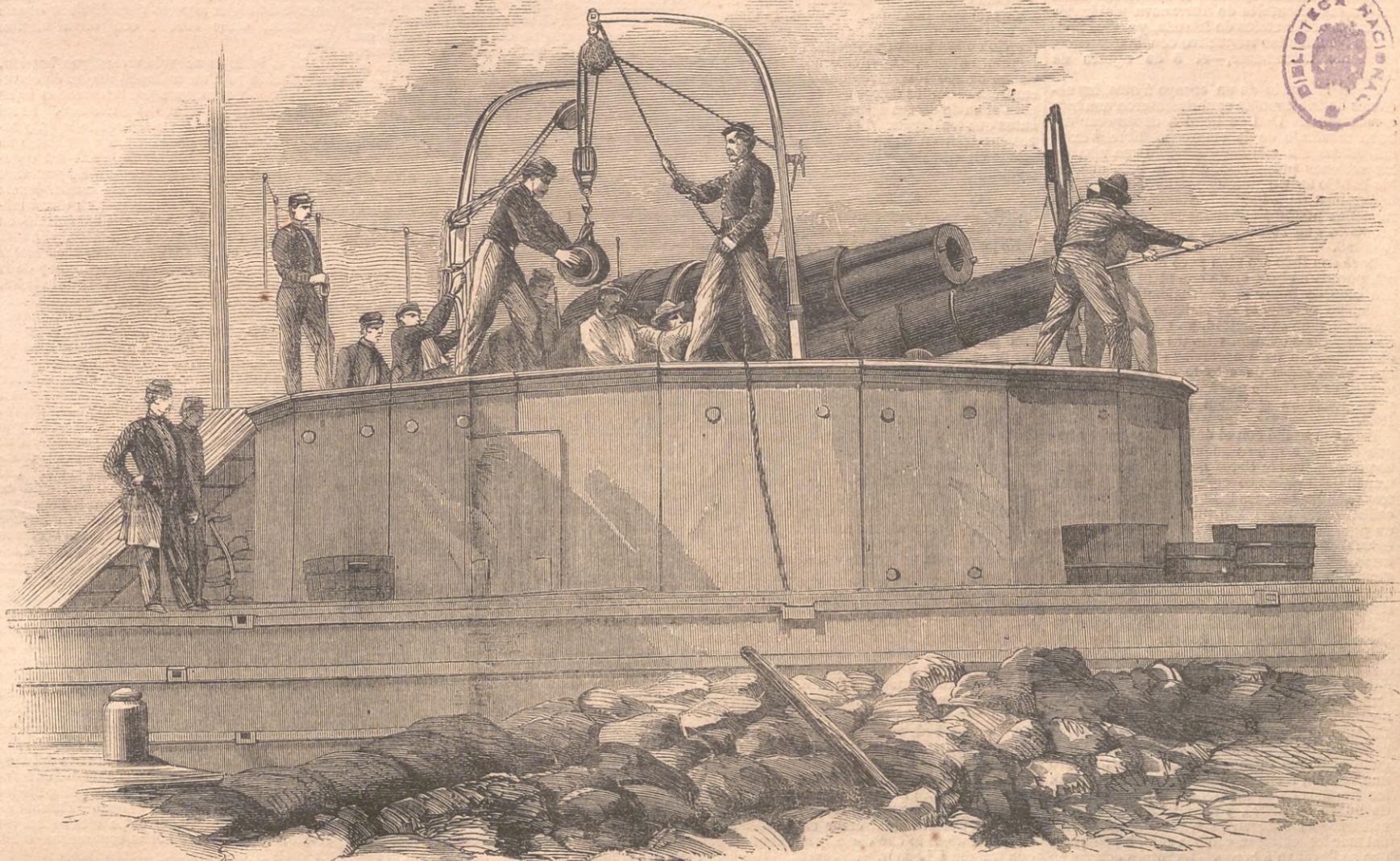
Telégrafo Sub-Atlántico.

AUNQUE á la hora en que escribimos estas fugaces líneas, ya el mundo civilizado posee los datos principales, referentes á la grandiosa obra telégrafo sub-atlántica, no estará demas que entremos en los detalles de su comienzo y acabamiento, mayormente cuando vamos á ilustrarlos para su mejor inteligencia por los lectores suramericanos de LA ILUSTRACION DE FRANK LESLIE.

A la realizacion de tan grande como noble empresa han contribuido los dos pueblos que se puede decir hoy marchan á la vanguardia del progreso del mundo,—los americanos y los ingleses. Los primeros concurren con el talento y la fé de que han dado ya muchas pruebas, los segundos prestaron su conocida industria y su sin igual constancia. Así es, que á los unos tocó el desempeño de la parte mas elevada y metafísica de la obra, á los otros la mas ruda y material. Porque Franklin descubrió el poder de la electricidad, para que Morse mas tarde la aplicara á la trasmision de la palabra en cifras, y Ciro W. Field la hiciera pasar dentro de un cable del Nuevo al Viejo Mundo por debajo de las aguas del Océano. A los ingleses correspondió construir el cable y el vapor transporte, para que tuviera realizacion el pensamiento de los filósofos americanos.

Es, pues, la obra digna del siglo y de los dos pueblos que la han llevado á feliz remate. Para valernos de una frase de moda, así han desaparecido el tiempo y la distancia, y la Europa y la América se han puesto al habla. Mas, el cinturón con que el personaje de Shakspeare pensó ceñir el mundo, ya está echado, pudiendo ya comunicarse por minutos, que no por horas, los extremos orientales de la Siberia con San Francisco en las costas occidentales de América, por medio de una línea telegráfica que atraviesa toda el Asia, la Europa, el Océano Atlántico y el continente occidental por su parte mas ancha. Ambas Américas necesitan ponerse ahora en mas estrecha comunicacion y será fuerza que cuanto ántes el gobierno español conceda pase á la palabra eléctrica á través de su hermosa isla de Cuba.

En 1854 se formó la Compañía del Cable Telegráfico de Nueva York, Terranova y Lóndres. Los directores de que era presidente Ciro W. Field, no encontraron dificultad en obtener e



DEFENSAS DEL CALLAO. LA TORRE DE JUNIN.



privilegio exclusivo de tender hilos telegráficos por cincuenta años en las costas de Terranova, habiéndose dirigido personalmente con dicho objeto al gobierno de esa provincia. Del de la isla Príncipe Eduardo obtuvieron una concesión de 1,000 acres de tierra, el privilegio expresado y un auxilio de 3,000 libras esterlinas. Iguales privilegios lograron del Canadá, Nueva Escocia y el Estado de Maine, votando el Parlamento inglés una subvención anual de 14,000 libras hasta que el capital de 350,000, produjese el 6 por 100 de utilidad y luego 10,000 mas por veinte y cinco años. Puso al mismo tiempo á disposición de los empresarios cuatro de los vapores mas hermosos de su marina de guerra.

No se mostró menos liberal con la Compañía telegráfica sub-atlántica el gobierno de los Estados Unidos. Pues habiendo ofrecido una subvención anual de 70,000 pesos mientras la empresa produjera el 6 por 100 de utilidad neta, prometió continuarla de 50,000 en lo adelante. Esto hacia referencia al capital de unos 2,000,000 de pesos en que se calculó la primera empresa, que ya lleva gastados mas de 9,000,000. También contribuyeron los Estados Unidos con tres espléndidos vapores á la realización de la obra.

Se comprende fácilmente que para ello no bastaban las experiencias hechas en pequeña escala separadamente, tanto por los americanos en esta parte del mundo, como por los ingleses en Europa. En la empresa de echar un cable á través del Atlántico entre las muchas y gravísimas dificultades que debían vencerse, dos parecían fuera del alcance del ingenio humano. Era la una transportar el cable, que, por ligero que se construyese, á causa de su gran extensión, habia de proporcionar carga para mas de un buque, y dividido, cómo se haria el ajuste en medio del océano que no diera ocasion á rotura ó solución de continuidad de la corriente eléctrica? La segunda dificultad grave debia presentarse en la construcción de una batería bastante potente que acumulase la electricidad necesaria á la trasmisión rápida y cierta de los signos usados en esta especie de comunicaciones.

De las dos dificultades mencionadas fué la primera la que hizo fracasar el ensayo de agosto de 1857. La escuadra trasporte se componia de ocho vapores; entre los dos de mas capacidad se dividió la carga por igual parte; se empezó la obra por arriar el cable desde las costas occidentales de Irlanda, á la manera que se echa una espija, y á las 335 millas aquel estalló á causa de un entorpecimiento en la máquina de arriar. Aunque tras largos esfuerzos para recoger el chicote, se abandonó por entónces la empresa de echar el cable, se probó que era fácil y seguro el ajuste de los dos cables. También se averiguó que de un extremo á otro los signos de las comunicaciones telegráficas eran claros y legibles.

En el verano de 1858 se practicó nuevo ensayo. Los vapores transportes la fragata *Niagara* de los Estados Unidos y la *Agamenon* de Inglaterra, como la vez anterior, se dividieron por mitad la enorme carga del cable, y en convoy de sus consortes, partieron de las costas de Europa para reunirse en el centro del océano, en un punto equidistante de Irlanda y Terranova. Con exactitud matemática se habia medido la anchura y sondeado la profundidad del océano, como se puede medir el ancho y sondear el fondo de un río cualquiera, y el cable se hizo con la extensión requerida para que no faltase. Ajustados sin tropiezo los dos cables en medio del pelágo, arrancaron los dos buques en rumbo opuesto, el americano hacia las costas orientales de Terranova y el inglés hacia las occidentales de Irlanda, y ambos arribaron á su destino respectivo con la diferencia de horas únicamente,—el 5 de agosto de 1858.

En el intervalo de un ensayo á otro, las acciones de la compañía experimentaron una baja considerable. Casi se llegó á desesperar del buen resultado de la empresa. El feliz éxito del último, sin embargo, produjo una alza en las acciones proporcionada á la baja que habia habido antes; porque pudieron transmitirse telegramas de Londres á Nueva York, hubo regocijos públicos en ambas metrópolis y todo prometia que la empresa era una magnífica realidad.

Duró con todo eso bien poco el júbilo universal, porque no mas tarde que el 21 de setiembre cesó de pasar la electricidad á través del cable, ya porque el aislamiento no fuese perfecto en toda su longitud, ya porque las baterías de ambos extremos no tuviesen la capacidad suficiente para acumular el fluido necesario. Pero sease de esto lo que se fuere, la verdad es que hubo que hacer un nuevo ensayo y posponer su ejecución para el verano de 1865.

Esta vez se dió con el único y verdadero buque trasporte que se requería para el caso:—nos contraemos al *Great Eastern*, en cuyas entrañas de leviatán se embarcaron adujadas en tres grandes tanques los 2,600 millas del nuevo cable, que tenia 1-8 pulgadas de espesor y un peso bruto de 5,000 toneladas. Su costo se calculó en 3,000,000 de duros, la mitad de cuya suma habian exhibido los accionistas, prometiéndolo los Estados Unidos 75,000 pesos y el gobierno inglés 100,000 de subsidio por un año siempre que operase el telégrafo.

El 21 de julio se echó á tierra el extremo del cable en las costas de Irlanda, y partió, rumbo á las de América el espléndido vapor que parece habia sido fabricado expresamente para aquella obra civilizadora y colosal. Por término medio se arrió el cable á la razon de 5 y media millas por hora con un andar de 4. Durante 11 dias se depositaron en el fondo del océano 1,186 millas del cable, habiendo navegado el buque trasporte 1,062 millas. Pero una vez allí, á causa de un entorpecimiento en los frenillos de la máquina de arriar, el cable de nuevo se partió, y fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para recoger del fondo del mar los chicotes con los arpeos poderosos que se llevaban á bordo. La rotura ocurrió en un punto del océano donde la profundidad no discrepaba mucho de 2,500 brazas; ó lo que es

lo mismo, 15,000 piés, si bien la cuerda de los arpeos media dos y media millas de largo.

A las tres va la vendida, dice el adagio vulgar, pero esta vez no fué á la tercera, sino á la cuarta. Los anteriores ensayos habian proporcionado un gran caudal de experiencia en todos los ramos que se relacionaban con la fabricación del cable, con las máquinas para arriarlo en el océano, con el transporte y las baterías eléctricas, discutiéndose entre tanto diferentes sistemas de signos. Por las tres vendidas que damos en otra parte de nuestro periódico, se verá, mejor de lo que pudiera en una descripción escrita, la forma, diámetro y tamaño de los tres cables telegráficos construidos hasta ahora, para tenderse á través del Atlántico. El primero, esto es el de los ensayos desgraciados de 1857 y 58 fué el mas sencillo y delgado, segun se echará de ver, y los de 1865 y 66 no difieren sino en cuanto á la forma y tamaño. La Compañía telegrafo-subatlántica contrató su construcción con la Compañía de Londres mediante la suma de 500,000 libras esterlinas que no fué difícil reunir entre los entusiastas favorecedores de la empresa en uno y otro continente. También se contrató ahora con la misma Compañía fabricante de cables telegráficos un pedazo mas que sirviese para ajustar el que se habia roto y perdido el año pasado de 1865. Esto añadió el peso de 500 millas de cable, por lo cual, visto que el todo no cabia en el *Great Eastern*, se fletó otro buque á este efecto.

Por fin, la cuarta y feliz obra de arriar el cable á través del Atlántico, se comenzó el 13 de julio de este año y se cumplió, sin accidente de ninguna clase, el 27 del mismo mes, no habiéndose presentado dificultad alguna el mar, ni las máquinas empleadas en las diversas y complicadas operaciones. En seguida el mismo *Great Eastern*, con mejores arpeos, ha verificado la no menos difícil de pescar en el fondo del océano, los cabos del cable roto en 1865; y en los momentos en que escribimos estas palabras, la Europa y la América estan en diaria comunicación telegráfica por medio de dos distintas líneas.

Acompañamos una lámina que representa uno de los tanques con parte del cable adujado de modo á facilitar su salida; otra que representa el *Great Eastern* saliendo con el cable embarcado; otra que representa su arribo á Trinity Bay, en Terranova; otra explicativa de la forma y tamaño comparativos de los arpeos; y por fin, para corona de esta grandiosa obra, acompañamos el retrato de su verdadero autor, Ciro W. Field, cuyo nombre vivirá mientras el fluido que él ha hecho pasar á través de las aguas del Atlántico, sea parte de la atmósfera del globo terráqueo.

He aquí, por añadidura, algunos pormenores curiosos acerca del telégrafo submarino trasatlántico. El cable trasmite de 5 á 7 palabras por minuto, tomando la primera de estas cifras como término medio, tenemos 300 palabras por hora y 7,200 por día. Siendo la tarifa 1 libra esterlina por palabra vemos que el trabajo de un día aprovechado produce 7,200 libras. Como el cable no funcionará los domingos ni dias de fiesta, se pueden contar 300 dias de comunicaciones al año ó sea una trasmisión de palabras que no bajan de 2,160,000, lo que representa una entrada de otras tantas libras esterlinas ó unos 10,800,000 duros. El costo del cable actual es de 600,000 libras, por donde se ve que es un buen negocio, si como hay lugar de esperar, las comunicaciones continúan como hasta aquí. La actual compañía distribuye un 5 0/0 á los accionistas de los anteriores cables.

Desde que el cable funciona no se ha podido satisfacer á la demanda. Para que se mantenga esta cifra, basta que haya 300 casas de comercio en Inglaterra y América que reciban telegramas diarios. Los gobiernos inglés y americano siendo los únicos que patrocinaron la empresa serán los únicos que tengan privilegio para el envío de sus despachos, los cuales irán antes que los demas. Los de los otros gobiernos entrarán en turno con los privados. Los partes en cifras se pagarán doble, 2 libras la palabra.

Un Tesoro Escondido.

No podia hallarse mejor lugar en que esconderse aunque lo hubiesen buscado en todo el continente. Es verdad que era un lugar á donde iban viajeros, pero no en tropel; ni es peligrosa la clase de sociedad que frecuenta, ó, mejor dicho, que visita por un día el Monte de San Miguel, y que pasa inmediatamente á ver el castillo y desaparece con presteza por temor á la marea alta. Ya voy á hablarlos de San Miguel; pero antes convendrá decirlos quién iba á esconderse allí.

Era la Señora de Mildmay, tan conocida en un tiempo entre las gentes casamenteras, cuyas bonitas hijas tuvieron tan buena fortuna é hicieron tan ventajosos matrimonios; y era Leonor, la última de la prole. No tenia la Sra. de Mildmay ni pizca de lo que llaman una madre intrigante: faltábale tiempo para sacar á sus hijas y presentarlas en los lugares públicos, ó como dicen, en el mercado. Cabe en la posible que ella no tuviese conocimiento de estas abominables prácticas, ni le pasasen por la imaginación; pero es lo cierto que no tenia tiempo para ejercitarlas. Las niñas no eran unas hermosuras, y tenían muy poco dinero; pero todas se habian casado á los diez y ocho; coincidencia extraña que ocurre algunas veces en las familias; y las gentes se sonreían con razon cuando se quejaba la Sra. de Mildmay, como solia hacerlo de esta especie singular de suerte, y refunfuñaba por la pérdida de sus hijas. En las bodas floraba; bien que el llorar es parte del papel de las madres; y las gentes en general, y sin excepcion los hombres, deducían de aquí que era hipócrita, y le envidiaban la admirable buena fortuna con que iba libertándose de su carga. Habia, con todo, una cosa que pudiera hacer creer en la posibilidad de que sintiese lo que decía, y era el modo con que trataba á Leonor. Era esta joven delgada y flexible como una vara de lirio, con cabellos de ese color que recientemente se ha hecho

tan popular, y ojos grandes en que se hallaban las lágrimas tan cerca de la superficie que el menor accidente las hacia brotar. No era viva ni alegre sino en raras ocasiones; pero tenia un corazón tierno y que respondia á cualquiera estímulo de simpatía que no proviniese de autoridades legalizadas; lo que quiere decir que no era tan angelical que no se rebelase contra las leyes que se dictaban y no merecian su aprobacion, ó cuando incurria la Sra. de Mildmay en el extraño capricho de querer las cosas á su gusto y no al de su hija, cosa que sucedia de vez en cuando. Pero si su sensibilidad era excitada por cualquiera otra persona de fuera, al punto brotaban tamaños lagrimones de sus ojos, y toda la ternura de su alma se ponía en acción. Era precisamente una muchacha de las que pueden enamorarse á golpe de vista, sin pensar en ello segunda vez, y contradecir y vencer á media docena de madres por una inclinación de diez minutos.

Y esta era la última de la prole; y la pobre señora, que las habia criado para ser esposas de otros, comenzaba á contemplar con espanto la perspectiva de quedarse enteramente sola. Pensaba en si podria salvar la última, si podria siquiera conservar su dulce compañera un poquito mas, hasta la época en que Leonor tuviese juicio y pudiese ejercer el sufragio imposible en que hasta cierto punto parece que creen los padres y las madres, para hacer una buena eleccion. Quizas en lo recóndito de su corazón confiaba ó soñaba la pobre Sra. de Mildmay en que ella misma podria quizas acertar á dar con el no del todo imposible yerno que se prestase á ser un hijo para ella y la dejase gozar un poco de su hija: sueños vanos que suelen prolongar su permanencia en la mente de las mujeres aun mucho tiempo despues de que debieran estar desengañadas. Como quiera que sea, acontecia á la Sra. de Mildmay lo que á la reina que contaba con tener en toda seguridad á su princesa si lograba que se mantuviese encerrada en una torre, resguardada de todo trato posible con viejas, é hilando hasta que pasase de su aniversario décimo octavo. Pero no era de las viejas sino de los jóvenes de quienes se recelaba la madre de Leonor; si bien creia neciamente que estaria segura con solo que rebasase de los peligrosos linderos del décimo octavo natalicio.

Y es fácil, por supuesto, imaginarse lo poco que saldría de casa durante aquel invierno; cómo guardaba encerrada á la pobre Leonor, con intima indignación de la muchacha, y tanta compasion de sus emancipadas contemporáneas que en muchas meriendas se trató seriamente de formar planes para libertarla por la fuerza. Pues luego salió del lugar la desalmada Sra. de Mildmay, no como otras personas para puntos donde una joven pueda hallar alguna diversion, sino á parajes oscuros á donde van los artistas, anticuarios, exploradores y otros viajeros por el estilo. Ella era tan buena con Leonor que la muchacha hubiera caido en éxtasis de gratitud si no se sintiera, como se sentia, agraviada y mantenida en el fondo del cuadro por una madre cruel. Leonor no le hizo tan agradable á su madre el viaje como hubiera podido: no entendia ni jota de la profunda ansiedad por la pérdida de su última compañera que se descubria al través de la sonrisa de la Sra. de Mildmay; ni era de esperar que pudiese entenderlo: era joven y anhela por placeres y por que le llegase su día lo mismo que á sus hermanas.

Pasábase muchos y largos dias de mal humor mientras que la pobre madre hacia cuanto puede una mujer por distraerla y divertirla y despertar su corazón de niña; pero Leonor en vez de darle este gusto se estaba á la puerta con su libertad juvenil, teniendo en la mano su corazón, como un pájaro, dispuesta á dejarlo volar sin poder presumir á dónde. Tales eran las circunstancias cuando llegaron al mas artificioso nido en que era posible enjaular á un pajarillo revoloteador; donde el arcángel Miguel, sobre el pináculo de su capilla, sienta un pié en la tierra y otro en el mar.

Si alguien podia estar segura en tales circunstancias, ciertamente que debia ser en este lugar; porque no habia mas hombre en aquel peñon que los pescadores y Le Brique, el práctico que cuidaba de los viajeros en los peligrosos arenales, y el alegre cura y el limosnero.

Por lo que hace á viajeros tenia confianza la Sra. de Mildmay en que no habia nada que temer: era aquel un lugar tranquilo y solo algunas gentes tranquilas se resolvian á buscarle —hombres que escribian libros sobre usos y costumbres rurales, ó arqueólogos, ó artistas, ó católicos devotos, ó paseantes ingleses; y tan poco riesgo corria Leonor con semejantes visitas como con el limosnero mismo. Y fué lo mejor del caso que la muchacha se vió contenta, gustándole la idea de vivir en donde jamas habia vivido un cristiano civilizado, y de verse separada del mundo dos veces al dia, cuando habia marea viva, en un peñon inaccesible donde pudiera haber vivido una princesa encantada, rodeada de arenales que se tragaban la gente y de un mar que se le venia á uno encima sin decir agua va. Gustaba de esto con malicia, como suelen las muchachas, y la pobre Sra. de Mildmay disfrutaba de tranquilidad de espíritu, aunque de ninguna manera de cuerpo; porque todos los caminos son escaleras en el monte de San Miguel, y sus habitantes no solo pescan y venden y comen, sino que respiran pescado en todos sus grados de existencia posterior á la muerte. Aquella fina, infinitesimal, omnipresente quintaesencia de arenques y almejas que llaman aire en la mayor parte de los pueblos de pescadores, estaba concentrada en un icor todavía mas fino y mas sutil en el peñon del Arcángel; y el sitial del limosnero, que éste habia puesto á disposición de las señoras, no era mas que una dura silla de brazos.

La Sra. de Mildmay estaba muy contenta de espíritu, pero no tenia comodidad en su persona; y muchas veces contemplando aquellos vastos arenales y las líneas irregulares del mar, ó viendo las procesiones de peregrinos caminar con sus cruces por los peligrosos senderos, ó

vestidos con sus extrañas faldillas que no dejaban distinguir hombres de mujeres, para pasar las imprevistas corrientes que se atravesaban, se preguntaba á sí misma si su seguridad valia la pena de tanta molestia. Los peregrinos y toda la turba vestidos con igual ropilla; hombres, mujeres y niños que un dia tras otro iban á coger almejas ó lo que quiera que encontraban en el camino; y las furtivas mareas que se alzaban precipitadamente con un resorte mudo, como una fiera; y las arenas que se hundian bajo la planta del viajero, donde corria Le Brique arriba y abajo todo el dia con sus hercúleas piernas desnudas, y el pedacito de cinta en el pecho, que correspondia á diez y ocho vidas salvadas,—esto es cuanto habia que ver desde las ventanas; á no ser de tarde en tarde cuando la monótona cadencia del canto llano anunciaba una procesion que se hacia en celebracion de San Miguel, vestidos todos con sus mejores ropas, y alguno que otro con un magnífico gorro normando, y aun á veces una bretona llena de susto y cansancio, que daba algun interés al espectáculo; porque, á decir verdad, como la Sra. de Mildmay no era artista poco se le daba del castillo ó de la capilla á medio camino del cielo, donde el arcángel ejercia su poder aéreo. Tenian mucho mérito, sin duda; pero ella no hubiera cambiado la vista de su casa en la esquina de Park Lane, dominando algo del parque, por media docena de castillos góticos. Y tenia mucha razon.

Pero Leonor pensaba por fortuna de muy distinto modo. Lo raro de cualquiera cosa cautivaba su imaginacion. Hasta llegó á cambiar su natural humor: la dió por reirse en lugar de llorar, y se hizo en un momento una coqueta consumada; y le trastornaba el juicio á Le Brique y hacia cuanto estaba de su parte por volver loco al bueno del cura. Solia llevar como á remolque á su pobre madre, y cuando ésta se resistia, á la respetable Brigida, su criada, por todas las horribles escaleras que conducen á la capilla, cada vez que habia una peregrinacion; lo que ocurría tan á menudo que las rodillas se le aflojaban á Brigida de solo pensar en ello. Y el cura, cuando dirigía el coro, y al limosnero le tocaba decir la misa, la buscaba con la vista, le hacia un saludo con la cabeza, y metafóricamente batía las palmas en medio de la ceremonia cuando la clara y cultivada voz de Leonor sobresalía entre las de las jóvenes pescadoras y resonaba por la profundidad de la antigua bóveda en el *Agnus Dei*. El buen hombre tenia una trompa que estimaba mucho y de la cual se servia para lanzar una nota cuando los cantores se desentonaban; pero esto no acontecia cuando estaba allí Leonor, así es que solo daba su trompetazo de acompañamiento por costumbre y por pura afición. Daba gusto verlo llevar su instrumento en los brazos como á un niño de pechos; el único instrumento que habia en el monte de San Miguel —sin contar por supuesto la capilla del castillo á donde iban los peregrinos llevando consigo á veces una música bastante singular. Todas estas circunstancias primitivas parecían hacer buen efecto en Leonor; y la Sra. de Mildmay daba gracias al cielo, y respiraba con un poco mas de libertad, y se acomodaba á la atmósfera de los peces y á la carencia de mobiliario, y hasta á la silla de brazos del limosnero.

Así se hallaban las cosas en cierto dia claro y soporifero de julio en que la señora de Mildmay se encontraba sola de puertas adentro. Desde su ventana contemplaba las murallas y mas allá los arenales y la abatida línea de la costa normanda, y Avranches sobre su colina, con mucho mejor aspecto vista desde lejos que de cerca, como sucede con otras muchas cosas.

Allá á lo lejos se veia un antiguo bastion, embellecido por un animado cuadro de claveles blancos, y abanicado por las grandes hojas de la higuera favorita del limosnero. El sol daba de lleno sobre Avranches á lo lejos, y sobre el mar cercano y los extraños grupitos que como puntos se veian en el arenal—los cogedores de almejas en su trabajo; y las ventanas estaban abiertas, y no obstante la abundancia de peces no enviaba el mar ningun olor á marisco. La señora de Mildmay se encontraba en una especie de soporifero embeleso. Leonor habia salido como acostumbra, á corretear sin duda por los corredores del castillo y de la capilla, ó por las murallas bañadas por la brisa, haciendo bosquejos abortivos y entreteniéndose el tiempo. Por fin habia comenzado á saborear de nuevo los placeres de la niñez—á gustar del aire y del azul firmamento, y á gozar de su juventud y su existencia sin exigir mas; y pensando en todo esto se fortalecia en el corazón de la señora de Mildmay la esperanza de que á pesar de todo se pasase bien el décimo octavo natalicio, y se lograra una buena eleccion, y lo futuro trajese al no imposible yerno para su contento. Pensaba precisamente en esto cuando oyó que alguien llegaba á la puerta. Las puertas no tienen cerraduras en el Monte de San Miguel, de modo que ni con la mejor voluntad del mundo puede una señora inglesa cerrarlas, sino que tiene que correr la suerte lo mismo que sus convecinos. Quizas será Leonor, ó tal vez el limosnero que viene en busca del gato. Sin embargo, eran unos pasos no muy resueltos, que se detuvieron y despues volvieron á adelantarse. No paró mucho en ello la atencion la señora de Mildmay, que para este tiempo estaba ya acostumbra al lugar, y siguió el hilo de sus pensamientos aun despues de que habian tocado y abierto la puerta de su cuarto. "Con perdon de V."—dijo una voz inglesa.—"¿puede V. decirme?"—"Pero ¡qué veo!"—y aquí quedó la voz interrumpida.

La señora de Mildmay volvió la vista del apacible paisaje normando y de sus sueños de tranquilidad; dió un grito, se puso de pié y fijó los ojos en el rostro de la persona. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos se habian desplomado sus mas bellas esperanzas como un castillo de barajas. Razon tenia el para exclamar ¡qué veo! Por lo que es ella, harto trabajo le costó reprimir el llanto súbito de

mortificación, chasco y desaliento que quería brotarle por los encendidos ojos.

“¿Quién pensara hallarla a V. aquí?” dijo él acercándose y tendiéndole la mano, que ella no pudo negarse a recibir. Ella no podía acusarle de venir a ver a Leonor; no podía llamar a François y al cura y algunos aldeanos para hacerlo arrojar de las murallas abajo como hubiera deseado; tuvo que darle la mano temblando, y decirle: “¿Cómo está V. Sr. Harry?” como lo exige la cortesía. Y en el momento menos pensado podía entrar Leonor, sin participar acaso de las objeciones de su madre; porque el mancebo era apuesto y de brillantes ojos, y habría dado no poco que hacer al cura y a François si hubiesen intentado llevar a cabo el caritativo deseo de la señora de Mildmay. El se acercó a ella con tan franca cordialidad y tan afectuoso interés en sus ademanes, que no pudo ella acoger la calmante idea de que tal vez no fuese aquella su intención. Ay! bien sabía la pobre madre cómo son esas cosas; bien sabía lo corteses que son ellos y el grande empeño que se toman por agradar; bien conocía le era aquella sonrisa, y aquel ademán de profunda deferencia y de afecto ardiente y desinteresado. “¿Es posible que esté V. viviendo aquí?”—dijo él—; qué fortuna! acabo de enviar mis maletas a la posada, para pasar algunos días—pescando, se supone—pero no me pasaba por la imaginación la buena suerte que me aguardaba.—“¿Temible y engañoso joven hipócrita! Y se sentó sin que lo invitasen a hacerlo, y se acomodó en una silla enfrente de la puerta, desde donde podía ver a quien entrase, y en el instante menos pensado podía llegar Leonor! Las circunstancias eran críticas y la señora de Mildmay conoció que no había que perder un momento.

“Iba precisamente a salir para ir a la capilla—dijo ella con aparente calma, pero con la perturbación interior que produce la mentira—Tendré mucho gusto de enseñársela a V. Vamos, V. me hará muy buen servicio dándole el brazo para subir aquellas escaleras.”

“Ahora?—exclamó sir Harry—V. no tiene idea del calor que hace fuera; y luego ese olor a marisco. Por supuesto que para mí será de mucho gusto; pero si vale mi consejo, con la fresca de la tarde.”

“Oh! que no estamos en Italia—dijo la señora—nunca siento aquí mucho calor, y salimos sin gorras, y no tenemos que perder tiempo en el tocador. El castillo vale la pena de verse; ya yo lo conozco bien, y allá vamos al punto: venga V., será un placer hacer que V. lo vea todo.” Y así diciendo, y con toda esta sarta de mentiras, le tomó el brazo la despreocupada señora, y tomando el camino lo llevó trepando escaleras y llamándole la atención a cuanto había que contemplar de paso.—Sin duda que Leonor debía estar en la playa; así que mientras ella lo distraía con la arquitectura y le hacía volver los ojos hacia otra parte, no había nada que temer. Hacía mucha calor; el sol lanzaba sus ardientes rayos sobre los muros de piedra y las abrasadas escaleras, y el marisco estaba insoportable y la subida se hacía mas tremenda que nunca. La señora de Mildmay se sentía desfalleciente, pero no obstante, seguía adelante con empeño. Decía a su compañero las fechas de construcción de los edificios (haciendo de ellas por cierto un verdadero revoltillo) y le refería la tradición y todo lo que había acontecido; y señalaba la capilla, empinada, arracimada, y como la perilla de todos aquellos estribos y pináculos, en donde estaba sentado el trono del arcángel. ¡Pobre señora! iba haciendo lo que la esclava que caminaba por sobre hielos, para que no apartasen de ella a su hija. La buena cara del joven sir Harry Preston era para ella tan terrible como pudiera serlo la de un espantoso cómic que azotase a Leonor y la obligase a recoger algodón. “Acaso no había ya dicho sus propósitos a la niña, y buscado con maña mil pretextos para ser admitido en Park Lane? Y con esto seguía en su marcha fatigosa, y llegó medio desfallecida a la puerta del castillo.

Peró ¡qué horrendo espectáculo aguardaba allí a la desdichada madre! Para los ojos de sir Harry fué la vista mas bella del mundo; pero al herir los de la señora de Mildmay se asió esta fuertemente del brazo de aquel, y a no sostenerla hubiera dado con su cuerpo en el suelo. No era otra cosa que Leonor, sentada bajo el pórtico sombrío, en el punto mismo donde caía el rastrillo, presentándose de relieve sobre la lobreguez del fondo, con el cabello suelto y repartido sobre los hombros, quitado el sombrero, animadas las mejillas, sus grandes ojos abiertos y llenos de admiración y—sabe Dios qué mas. Tales eran las consecuencias de las excesivas precauciones de su pobre madre! Quizás se hubiera ido; pero ella se empeñó en llevarlo allí. No se dejó desmayar por temor de que por encima de su postrado cuerpo se atreviese él a decirle algo a Leonor. Sentóse en la escalera junto a su hija, y mirándola a la cara como quien pide compasión, hizo el último esfuerzo: cómo tuvo fuerzas para ello es cosa que nunca pudo explicarse.

“Leonor, amor mio, veo que estás muy cansada—le dijo—; No es cosa extraña ver aquí a sir Harry? Voy a llevarlo a ver la capilla; pero noto que estás cansada y que tienes calor, y que quieres volverte a casa. Ve, acuéstate un poco y descansa, y no cuides de aguardar por mí. Ya sabes que estamos para irnos del lugar, y no quiero dejarlo sin ver otra vez la capilla.”

Todo esto lo decía la señora de Mildmay con un acompañamiento de miradas mucho mas elocuentes que las palabras; miradas que decían: “Repara que no me atrevo a hablarte con mas claridad. Oh! vuélvete a casa y no me hagas desesperar!”—Mas no era de suponer que tuviese ganas Leonor de que la enviase a su casa; ni podía hallarse dispuesta a emprender la fuga tan de repente como lo deseaba su madre.

Quedóse sentada en la escalera meditando, y las ideas pasaron como relámpagos por su cabeza. Como es natural, contemplaba lo que estaba pasando de un punto de vista muy dife-

rente del de la señora de Mildmay; pero Leonor era en el fondo una muchacha bastante buena, y no quería darle en cara a su madre. Al saludar y dar la mano a sir Harry, le había parecido ciertamente que podía hacerse muy buen cambio por él con el cura y Le Brique; y pensando luego si sería posible complacer a su madre sin despedir al recién-venido, tuvo una feliz inspiración. Púsose el sombrero, se levantó de la escalera y cogió del brazo a la señora de Mildmay.

“Mamá, me parece mejor que sir Harry se vaya solo a ver la capilla”—dijo con una libertad que se toman sin titubear las muchachas bonitas de diez y ocho años. “François está allí y le explicará todo lo necesario; hace demasiado calor para que esté V. fuera de casa, y yo estoy tan cansada que no puedo mas. Adiós, sir Harry, V. verá que François sabe explicárselo a V. todo.” Esto fué dicho con una impertinencia completamente natural, y con todo algo le costó a la pobre Leonor: acababa de observar de una ojeada la reconvencción en los ojos de su madre, y se había alarmado, cediendo su corazón por un momento a la fuerza superior; parecíale sir Harry una grata distracción, mas si el asunto era tan serio... Volvióse, pues, a bajar la escalera, dió la espalda a sir Harry, y lo dejó con los ojos claros y sin vista, como si fuera la cosa mas natural del mundo que hiciera un joven una jornada de dos dias hasta fuera de los confines de la civilización, a riesgo de verse tragado por la arena ó por el mar, tan solo para estudiar la arquitectura en el monte de San Miguel. Al considerar esto la señora de Mildmay le dió un vuelco el corazón dentro de su fatigado seno; y empezó a tener lástima a sir Harry apenas se imaginó que a Leonor le era indiferente. No podía negarse que el mancebo era buen mozo, y el desconsuelo que vió pintado en su semblante le había penetrado el corazón.

“Quizás nos volveremos a ver—dijo la apiadada señora—adiós, sir Harry; aunque ya estamos en vísperas de ausentarnos”—agregó con renovado temor. Y con sentimientos mezclados de crueldad y compuncion, y tembándole las piernas, siguió a su hija y se apoyó en su brazo.—Por su parte, sir Harry subió al sombrero pórtico y recorrió todas aquellas tristes gradas en un estado de ánima nada divertido. ¿Qué se le daba del castillo ni de las explicaciones de François?—Y las dos señoras continuaron su camino abajo por aquellas abrasadas escaleras.

No como si nada hubiera sucedido. Una vez perdido de vista sir Harry no hubo en los labios de Leonor una sola palabra para la suplicante y delincuente madre. Sus grandes ojos se abrieron mas y mas, y nadaban relucientes entre dos lagrimones que los llenaban hasta inundarlos. Ni era de extrañar, porque él era muy fino, y había sido muy atento con ella, y bien visto era muy diferente de Le Brique y del señor cura. Y si a esto se agrega el modo romántico é inesperado con que se había presentado allí. Hizo Leonor todo el camino sin articular una sola palabra, y cuando llegó a su casa tenía dolor de cabeza, y buscó refugio en su dormitorio y se puso a llorar. Y la pobre señora de Mildmay volvió a sentarse, muy triste, en la silla de brazos del señor limosnero, y contemplaba los rayos del sol poniente alumbrando a gran distancia la torre de la iglesia de Avranches, y los cogedores de almejas que volaban a sus casas de la playa, y las pesadas nubes de la tarde aglomerándose sobre la vasta, monótona é incolora soledad, con su margen de dudosos campos;—y su corazón, ¡pobre mujer!—le decía que la tranquilidad del monte de San Miguel se había acabado ya.

Peró no era de esperar que se acabase así de esa manera, si es que sir Harry servía para algo; y sir Harry sirvió para mucho. El pobre mancebo no pudo dormir en toda la noche; es decir, durmió casi otro tanto que la señora de Mildmay; pero eso era otro asunto, y por la mañana volvió a cobrar aliento: si el monte de San Miguel era un lugar bueno para esconderse, era mucho mejor, era inmejorable para hacer en él el amor. Y para decirlo todo, el asunto se terminó en la iglesia de Knightsbridge con grande ostentación de encajes y de piedras preciosas; y lo mejor del caso es que sir Harry supo hacer de modo que la señora de Mildmay se persuadiese de haber hallado en él el yerno imposible; ilusión en que no había caído antes, a pesar de tener tantas hijas casadas. Pero es forzoso confesar que había algo de patético en el modo de darle el brazo a la niña para subir y bajar aquellas pedregosas escaleras, y cómo buscaba su sociedad, y cómo le demostraba amor. Cuando se apartaron de aquel arenoso refugio, la madre misma estaba renuente a despedir al joven invasor que la tenía ya conquistada; y lo cierto es que al fin consintió con la mejor voluntad; y cuando los novios se fueron a dar el paseo de las bodas, se fué ella a esperarlos a la quinta de sir Harry; cosa que no les pareció justa a las otras niñas no casadas. Y luego hicieron sacar una pintura del monte de San Miguel, solitario en medio de sus arenales entre la tierra y el mar. Y el narrador de esta aventura cree deber agregar, por vía de moraleja, que el arcángel se encuentra todavía divinamente situado, como lo dejó Rafael, en su punta de peñón; y que mejor escondite no hay que buscarlo en ninguna parte si a alguien le aconteciere, como a la señora de Mildmay, necesitar de un pretexto u otra causa racional para proporcionarse un refugio a alguna distancia del mundo civilizado.

El Corazon de la Mujer

ALEGORÍA.

EL corazon de la mujer puede muy bien compararse a un jardín, que si se le cultiva ofrece la continua sucesion de frutos y flores, que tanto regalan al alma como deleitan los sentidos; mas si se le deja inculto, solo produce en abundancia malas yerbas, robustas y bien nutridas, siendo su lozania proporcionada al abri-

go y feracidad del terreno donde crecen silvestres. Por qué, pues, no se cultiva este con esmero y constancia? Si el alma femenina estuviese en todas las mujeres bien provista de conocimientos útiles, el influjo del sexo, en lo moral, sería una imagen del diamante del desierto puro y resplandeciente, ya esté rodeado de arenas en la soledad olvidado y desconocido, ó ya deslumbrando con sus bruñidos cortes en medio de la opulencia de la vida social.

Fionn y los Fenianos.

EL origen, ó mas propiamente hablando, la organizacion del fenianismo en su principio se pierde literalmente en la noche de los tiempos, tan difícil es despojarlo de las nubes mitológicas que le envuelven.

La historia primitiva de la verde Erin es una leyenda, circunstancia, por otra parte, que concurre en la de todos los países de origen céltico puro y que hablan la misma lengua, a los cuales llaman bretones, galos, irlandeses ó erses.

Que el fenianismo existió en Irlanda desde la antigüedad mas remota, dan testimonio los manuscritos antiguos. Actualmente, en el espíritu del pueblo, el tiempo de los fenianos representa la edad de oro. Se espera su vuelta que será el advenimiento de una era de prosperidad, como se espera la vuelta de ciertos héroes. Colocados en el mismo rango que Arturo y Napoleon el grande, no son héroes de novelas, sino héroes románticos, y sus hazañas no se han celebrado con la licencia poética que parece la pension de todos los bardos, desde Homero hasta los que han cantado a Fionn y Arturo, Thor y Odin, los campos de Pohjas y los valles de Kalevala.

Segun la tradicion mas prosaica, es decir, la mas razonable, y, en consecuencia, la mas digna de fé, los antiguos fenianos procedían de mujeres muy altas casadas con hombres muy fuertes por un rey que deseaba lanzar los escandinavos de Irlanda.

La palabra misma podría traducirse libremente por voluntario. En efecto, los fenianos de entonces eran soldados ciudadanos cuya misión se reducía a defender su país contra los traidores y los invasores. Tomaban su nombre de Fionn ó Finn de los hermosos cabellos, su Righ (Rex-Rajah.) Por generales tenían miembros de la familia real, por coroneles y capitanes, los jefes de los clanes famosos por alguna cualidad física ó moral. La tropa se componía de hombres disciplinados, perfectamente ejercitados en el manejo de las armas. Labradores, pastores, cazadores, pescadores, barqueros, en tiempo de paz, todos, al primer llamamiento, se convertían de repente en hábiles soldados. La invención de la *landwehr*, ó milicia, como se ve, no data de ayer.

Como era necesario que sucediese, el fenianismo degeneró poco a poco en despotismo militar. La asociacion gozaba de exorbitantes privilegios. Se encuentra la nomenclatura en una antigua leyenda traducida y publicada en 1863, por la sociedad Ossianica de Dublin.

La mujer de un Fionn es la que habla:

“Hay en cada provincia de Eire (Erin, Irlanda,) un condado, en cada condado una parroquia, en cada parroquia una casa que pertenece a Fionn, quien, ademas, puede hacer criar en cada casa un galgo, y una hembra de lobo. Tiene derecho de acantonar en el país, desde Samhain hasta Bealtine (de noviembre a mayo,) las siete legiones en pie de fenianos de Eire. Estos últimos, desde Bealtine hasta Samhain, gozan los mismos derechos de pesca y de caza y de todos los frutos maduros y comibles.”

“Nadie en el país osa dar una mujer a cualquier hombre que sea antes de preguntar tres veces si no hay un feniano de Eire que deseé hacerla su esposa; si se encuentra uno se le entrega la mujer al punto.

“Nadie que no pertenezca a las legiones de los fenianos de Eire osa coger un salmon, un gamo u otra caza menuda, aun cuando la encuentre muerta en el camino. Si un individuo en Eire le tira a un ciervo, tiene que dar un buey en cambio, si a un pavo, dará una vaca lechera; a un carnero por toda otra caza menuda, a menos que el matador sea un feniano de Eire.

“He aquí las ventajas otorgadas a los fenianos de Eire por el monarca de Irlanda, al menos, las que yo recuerdo. Pero hay otras mayores tambien que yo ignoro. Si averiguo algo mas sobre el asunto informaré a V.”

No podía durar semejante estado de cosas. El rey y su pueblo acabaron por rebelarse contra tales voluntarios, en posesion de privilegios tan extraordinarios. Estalló una guerra civil, guerra sangrienta que terminó por la batalla de Gabhra, de fecha desconocida, pero que se encuentra descrita con todos sus detalles en el libro de Leinster (Book of Leinster,) que se supone escrito antes de 1150.

Antes de que los ejércitos viniesen a las manos, Oscar, hijo de Ossian, el bardo, y nieto de Fionn, fué traspasado por Cairpre, hijo del rey de Erin; pero al caer, con un golpe de su propia lanza, quitó la vida a su adversario. A la conclusion de este combate singular, los dos ejércitos se embistieron con rabia sin igual y se exterminaron mutuamente.

Otro poema irlandés de unos 500 versos da la leyenda de Ossian, el último de los fenianos.

Después de la batalla de Gabhra, Ossian y algunos de los suyos, que escaparon a la matanza, persiguieron un gamo sobre los rios del Loch Lane. De improviso, en medio de la caza se presentó a sus ojos—una mujer de cabellos de oro y ojos azules, de belleza singular, vestida en traje rico de seda sembrado de hojuelas de oro—montada en un palafren blanco como la nieve inmaculada que cubre la cima del Wickow.

Dicha amazona se acercó a los cazadores, díjoles que ella era “Niamh (santa) de los cabellos de oro, hija de Brillant, rey de la tierra de la juventud,” y que venia expresamente a ofrecer su mano a Ossian, a quien le propuso la acompañara a Firnaoz, donde él viviría eterna-

mente con ella, libre de enfermedades y de la muerte.

El bardo soldado, último de su raza, montó en un blanco palafren, y los dos novios se encaminaron hacia el Oeste a través del Océano sin límites, llegaron a una ciudad grande, morada de un gigante que había arrebatado la princesa de la tierra de los vivos. Mató Ossian, y habiendo llegado a la tierra de la juventud, se estableció allí con Santa de los cabellos de oro, y vivió 300 años, tan dichoso, que estos tres siglos no le parecieron haber durado sino tres años.

En este intervalo Santa le había hecho padre de dos hijos y una hija de maravillosa belleza.

Un dia, sin embargo, Ossian se sintió atacado de la nostalgia. Por su misma uniformidad le fatigaba aquella existencia dulce y tranquila, y se puso a soñar constantemente con las nieblas de su isla natal, que quería respirar una vez mas. Tal es la naturaleza del poeta. Un cielo azul y sin nubes es para él monótono; no se agita con sultura sino en medio de la tempestad, siempre dispuesto a cabalgar el hipógrifo, aunque le lleve derecho a un abismo el corcel hiperbólico.

En vano probó Santa a combatir la resolución de su marido. Al fin ella se resignó.

—Tú lo quieres, le dijo. Parte pues, vuelve a ver el país de tus antepasados. Aquí tienes el blanco palafren que nos trajo a la isla de la juventud. Pero recuerda que no debes apartarte nunca. Si tu pié toca a la tierra, aunque no hagas mas que rozarla, no volverás jamas.

Y Ossian partió. Volvió a tomar la ruta del Este, franqueó como un meteoro el vasto océano y descendió en Erin.

Apresuróse a llegar a los sitios que había habitado su tribu. Pero de las ciudades que en otro tiempo surgían en medio de los llanos voluptuosamente, de las plazas fuertes, de los castillos que erguían en los aires sus orgullosas almenas, no quedaban ni las ruinas. Aun subsistía la memoria de los fenianos; pero solo en estado de tradicion.

En el risueño valle, cuna de su infancia, Ossian vió un grupo de hombres degenerados, que reunían sus fuerzas para levantar arriba de una puerta una piedra gigantesca. Al ver al extranjero de elevada estatura, de miembros atléticos, uno de los operarios imploró su ayuda en la persuasión de que sería eficaz.

Ossian se inclinó en su silla, agarró con una mano el enorme monólito y lo colocó en su lugar; pero en el esfuerzo uno de sus piés tocó el suelo. Al punto desapareció el blanco palafren; con él se desaparecieron los años de juventud del bardo, quien, ya débil, viejo, cascado, ciego, quedó en Erin para combatir el apostolado de San Patricio, el cual acabó, sin embargo por convertirle.

El romancero irlandés tiene una íntima correlacion con el romancero inglés de la edad media. Fionn, Graine, su mujer, Diarmaid, su sobrino y Conan, ocupan, en el primero, el lugar que ocupan en el segundo Arturo, Ginevra, Lancelot y Sir Kay. Ossian, el hijo de Fionn, como el bardo Taliesin, sobrevivió a la raza antigua para referir las hazañas a San Patricio, ó a un ángel que había revestido la forma de un hombre de iglesia.

No varía jamas este grupo de familia; en todos los libros y manuscritos donde aparece, los personajes que lo componen se encuentran revestidos de las mismas facultades características. En los cuentos y poemas, cantados y recitados desde las soledades mas salvajes de Irlanda hasta los cantones mas remotos de las islas occidentales de Escocia, Fionn representa la habilidad política, Graine la hipocresía, Diarmaid la lealtad, Conan la astucia; Oscar la valentía; Ossian la vejez y la tristeza.

Tales son las formas alegóricas que chispean en medio de las brumas con que James Macpherson ha envuelto su obra de las tradiciones indígenas, publicada en 1760, y cada uno de estos personajes representa su papel en el manuscrito del dean de Lismare, escrito por los años de 1512 é impreso en 1862. Yo mismo, en 1865, oí de boca de un tejero irlandés que el jefe actual de los fenianos se llamaba Fionn.

Tan peregrinas como tenaces son las preocupaciones populares. Cuando eligieron emperador a Napoleon III, muchos campesinos no votaron por él sino por Napoleon I, convencidos que este era el candidato verdadero, y que subiendo al trono sentaría en él la gloria de la Francia desvanecida desde 1815. Todos saben en Inglaterra que Arturo está enterrado en alguna parte, durmiendo un sueño mágico, de donde vendrá a combatir con sus valientes en el momento mas crítico para la Gran Bretaña. Del mismo modo que estos héroes, Fionn y los Fenianos no han experimentado la disolucion de la muerte; viven en el país de Occidente, de donde volverán trayendo consigo la edad de oro.

En el Oeste es, pues, donde, segun la tradicion pagana perpetuada hasta nuestros dias, yace la misteriosa “isla de la juventud, la isla verde, la isla de los héroes, la isla maravillosa, en el centro de Avalon, profundidad inmensa.” Fein es la residencia temporal de los fenianos Este Eliséo céltico, lo percibe el isleño de Maa una vez cada siete años, en el momento en que chispea en la superficie de la mar. A menudo le entreve el isleño de las Hébridas, a la puesta del sol, en el lejano horizonte. En sus sueños el irlandés le ve continuamente.

Gracias a este mito tan antiguo, tan anchamente esparcido, tan profundamente arraigado en el ánimo del pueblo mas dado a lo maravilloso que existe en el mundo, el irlandés con fé robusta y convicción firme tiene clavados los ojos en la grande isla del Oeste (la América), donde se agitan en la actualidad los fenianos sus futuros libertadores.

—Tan conocido es en el mundo el nombre del editor de LA ILUSTRACION AMERICANA, que acabamos de recibir de la Habana una carta con esta sola direccion: FRANK LESLIE.



EL "GREAT EASTERN" SALIENDO DE WOOLWICH CON EL CABLE ATLÁNTICO Á BORDO.

Murillo.

AUNQUE en la opinion de los críticos Murillo no ocupa quizás un lugar tan elevado como los mas célebres pintores italianos, es tal vez el que ha sido mas popular por haberse separado como los grandes predecesores de Rafael, de las doctrinas rutinarias y haber consagrado sus esfuerzos á imitar la verdadera naturaleza. Nació en Sevilla el día 1º del año de 1613; y aunque aprendió su arte de su pariente Juan del Castillo, su genio lo llevó á seguir la influencia de Moya, que fué uno de los discípulos de Van Dyke.

Como los pintores de la escuela flamenca, se gozaba en pintar mas las escenas de los campesinos que las de los príncipes. Su atrevimiento y originalidad, la infinita variedad de sus asuntos, su delicada concepción y exquisito

colorido no tardaron en esparcir su fama por todas partes, y fueron muy contadas las iglesias y raros los conventos que no poseyeran algunas de sus obras. Presupuesto que lo que predominaba en sus telas era siempre la idea religiosa como tenia que suceder en un país en que el sacerdocio ejercia tanta influencia, pero los paisajes, las marinas y los grupos de sus compatriotas de ambos sexos suministraron fecundo caudal á la variedad de su gusto y de su talento.

Su "Inmaculada Concepcion" es demasiado conocida para que siquiera merezca mencionarse en este lugar. La "Santa Familia" que tan reproducida en general con el mayor esmero, da una muestra del estilo del autor, es el cuadro que tal vez es el mas admirado de sus trabajos y el que sirve de prueba irrecusable de la inspiracion y el genio

que precedieron á su notable ejecucion. Representa la vista que hicieron á María y al Niño Jesus, Santa Isabel y San Juan Bautista.

Murillo murió en 1682 á la edad de 64 años, á causa de haber sufrido algunas lastimaduras de resultas de haber caído de un andamio que se colocó ante el altar mayor de la iglesia de los capuchinos en Cadiz, en cuyo lugar estaba printando su última y famosa tela de Santa Catalina.

— Bajo un bello cielo brumoso, á despecho de Jenny Lind, "la mujer mejor dotada del siglo," como decia Mendelssohn, los suecos no tienen pizca de aficion al teatro. Está, pues, lejos de ser parte de su existencia misma, como en Francia, la diversion teatral.

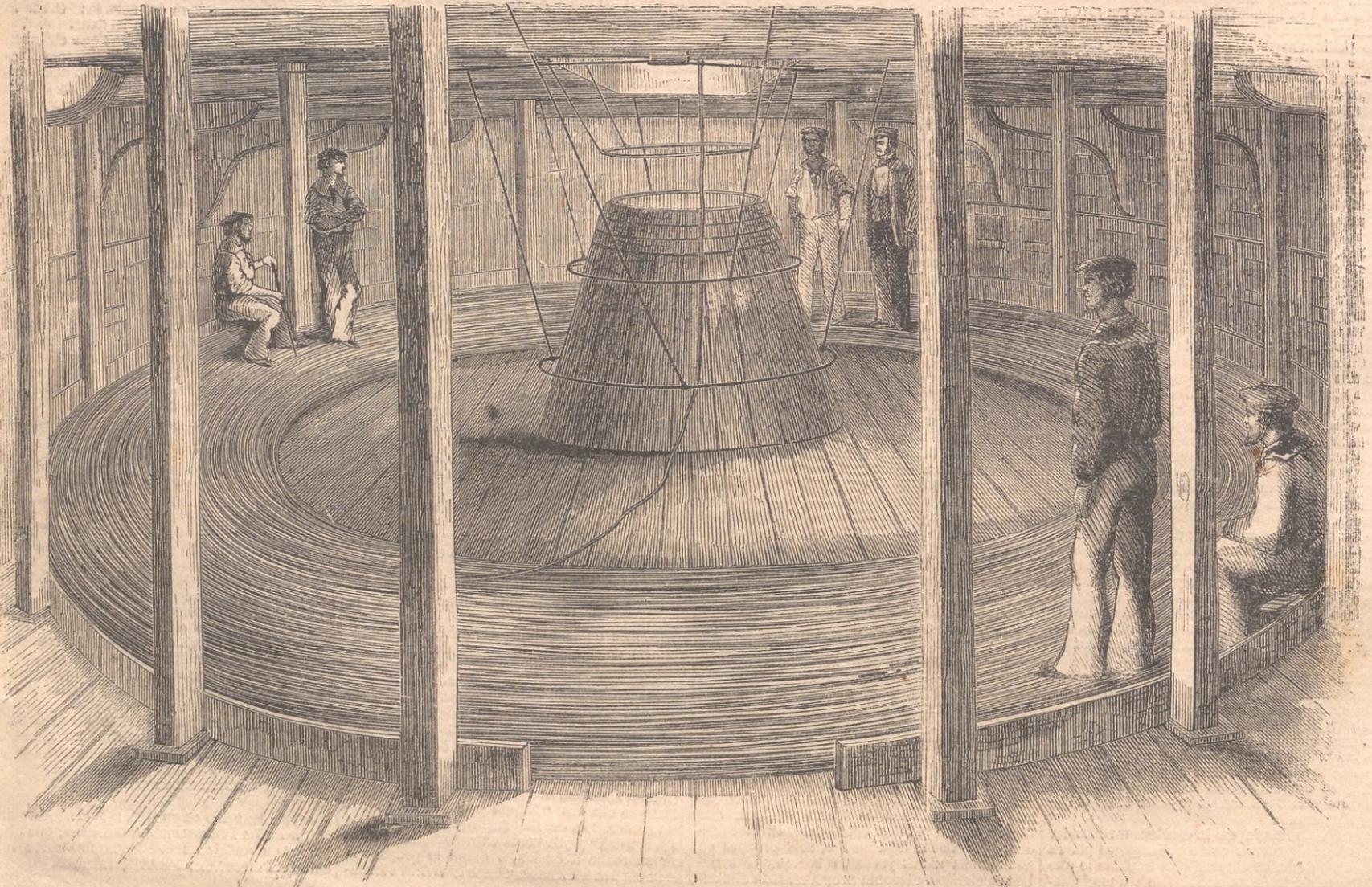
Una amiga de Federika Bremer, apasionada

por el teatro, envió á él dos de sus criadas, con la idea de hacerles pasar un rato agradable.

En un instante volvieron las criadas á la casa. — Es imposible que Vds. hayan estado en el teatro; les dijo el ama sorprendida.

— Perdonad, señora; entramos; un señor muy político, nos ofreció asiento, luego de improviso se alzó el telon, y muchos señores y señoras comenzaron á conversar unos con otros, pero como trataban de asuntos de familia, comprendimos que estabamos demas allí y nos retiramos.

— OCURRENCIA CHISTOSA. — Refiriéndose delante de una niña cubana de cinco años de edad, que un incendio en Nueva York habia destruido una manzana de casas, exclamó:— Esa manzana debia de ser muy grande, mas grande que una calabaza!



ARRIANDO EL CABLE Á BORDO DEL "GREAT EASTERN."



ARRIBO DEL "GREAT EASTERN," CON EL EXTREMO DEL CABLE Y LA FLOTILLA A LA BAHIA DE TRINIDAD, EN LA MAÑANA DEL 27 DE JULIO.

La siguiente composicion apareció por primera vez en el idioma inglés hace setenta años en el periódico *Morning Chronicle* de Londres. Recientemente se ha ofrecido en Inglaterra un premio de cincuenta libras esterlinas al que descubra el nombre de su autor.

A un Esqueleto.

TRADUCCION DEL INGLÉS.

Ved esa triste ruina! Ved esa calavera
Que el espíritu eterno una vez incendió,
Mansion era esa celda de la ajitada vida,
Del pensamiento allí la luz aprisionó.

¡Cuántas visiones fúlgidas alegres la llenaron
¡Cuántos dulces sueños de emanación feliz,
Mas la esperanza, el gozo, las penas, los temores,
Ni un rastro, ni un recuerdo dejaron al partir!

En esas hondas cuencas que el polvo hoy enmohece
Los ojos se ostentaban con lumbre celestial,
No os asombréis al ver los cóncavos vacíos,
El rayo de esplendor se hundió en la eternidad.

Mas si esos ojos nunca, con fuego impuro ardieron
Sino con la lumbre de caridad y amor,
Al brillar volverán cuando inermes se hundan
En noche tenebrosa las estrellas y el sol!

Esa caverna cóncava, lóbrega suspendida
Elocuente la lengua armónica y veloz,
La miel de la lisonja acaso desdeñando
Ante alabanza estéril con honra emudeció.

Quizá defender supo de la virtud la causa
I de concordia el lazo no desató jamás.
Tal vez ruegue esa lengua por ti en el firmamento
Cuando se rasgue el velo de la honda eternidad.

¡Cavaron esos dedos la oscura, inmensa mina,
O lucientes brillaron con su rico rubí?
Hender la dura roca ó usar joyas preciosas,
Misericordia amarga ó lujo ¿qué valen ahora aquí?

Mas si esa mano ayer la página esplendente
Buscó del bien ansiando la luz de la verdad,
Recompensa mas grande alcanzará benéfica
Que la que ofrece el oro y aun la fama inmortal.

¿Qué importa si calzados ó en desnudez completa
Hollaron esos pies la senda del deber,
I el espléndido alfizar del rico desdeñaron
Por el oscuro albergue de la aficción tal vez?

Si ante la torpe dádiva de un crimen vil huyeron
I volaron al misero hogar de la virtud,
Escos pies huellan hoy el fúlgido palacio
De Dios que es todo amor—de Dios que es todo luz.

J. A. QUINTERO.

JULIA

Ó ESCENAS DE LA VIDA EN LIMA.

ROMANCE POR LUIS BENJAMIN CISNEROS.

A mi Madre.

A V., santa madre de familia, custodio desvelado del humilde hogar, ángel siempre inclinado sobre el corazón de sus hijos; á V., madre mia, pertenece este libro!

Aunque mi pensamiento haya encontrado acción en las pasiones del mundo, la santidad del fin social por que me ha sido inspirado lo hace digno de V.

Poseído de irrevelables emociones, trémula la mano, doblada la rodilla, la cabeza hacia el suelo, yo lo deposito tiernamente, como una ofrenda de mi adoración, sobre la falda santa en que dormí de niño.

Acójalo y bendígalo V., madre del alma, idolatrada madre mia, cuyo nombre humedezco con mi llanto al escribirlo sobre esta página.

Su tierno y amantísimo hijo (Q. S. P. B.)

LUIS.

Paris, 10 de setiembre de 1860.

PRÓLOGO.

He escrito este libro por tres motivos.

Por llenar un pensamiento moral.

Por contribuir á que mas tarde cualquiera otro, mejor dotado que yo por la Providencia, inicie en el país este género de literatura, y por manifestar que la vida actual de nuestra sociedad no carece absolutamente de poesia, como lo pretenden algunos espíritus.

El ridículo frívolo y la crítica hiriente se han apoderado muchas veces de nuestras costumbres; pero nadie ha estudiado hasta ahora su faz bella, elevada y poética. Hay, sin embargo, en nuestra existencia social, en nuestra vida íntima de familia y en nuestros hábitos populares, un horizonte infinito abierto á la poesia, la contemplacion y al romanticismo.

El espíritu del romance francés moderno, noble y moral en el fondo, ha sido corrompido en su cuna. Trasplantarlo sin sus formas de escándalo y prostitución á una sociedad como la nuestra, llena de indefinibles susceptibilidades y dotado de un instintivo criterio literario, es un trabajo mas difícil de lo que á primera vista parece.

Soy muy humilde para abrigar la pretension de haberlo logrado en este pobre ensayo, y solo la casualidad pudiera hacer que fuese benévolamente acogido.

En cuanto al pensamiento moral que me ha guiado,—dejo su apreciación á la conciencia de cada cual.

Paris, 1860.

I.

Una noche cenábamos varios amigos en mi cuarto. La casualidad nos había reunido, y una cena de amigos debida á la casualidad es doblemente alegre. Hablábamos bastante y reíamos mas. Nos hallábamos poseídos de cierto acceso de simpatía mútua que aumentaba nuestra franqueza; y nos expresábamos, como sucede siempre entre jóvenes, con alguna libertad en la intencion, aunque no en la palabra. Los chistes, las frases equivocadas, las interpretaciones maliciosas, la crónica escaudolosa del día, las anécdotas tradicionales de colegio, todo lo que forma el encanto de esas horas de expansion y de júbilo fué agotado en la mesa.

La cena había sido devorada, y solo quedaban dos ó tres botellas desafiando los restos de

esa sed de aturdimiento que produce la alegría. Aunque nadie se había mareado, el vino había ofuscado un poco las cabezas. Era yo tal vez el único que la conservaba en perfecto estado de serenidad.

Poco á poco cesaron las risas, y al mucho ruido sucedió un momento de silencio profundo. Todos habíamos torcido á la vez una actitud de indolencia, y jugando cada cual distraídamente con su copa, ó contemplando al amigo á quien tenía al frente, buscaba algo que decir para animar la conversacion agotada. Una conversacion que en tales momentos se extingue, es como la llama de una hoguera: basta una paja y una ráfaga de viento para que vuelva á la vida.

—He tenido hoy una noticia feliz, dijo C..., interrumpiendo el silencio.

—Sepámosla, contestó V... Ya habíamos sospechado que celebrabas alguna por lo mucho que has bebido.

—Iba á decir, replicó C..., sonriendo, que Andrés L... está ya fuera de peligro, y que solo hoy lo he sabido.

—¿Andrés! exclamé yo con sorpresa. ¿Andrés L... está enfermo?

—Ha estado á la muerte, repuso C...

—Lo ignoraba absolutamente. ¿Qué enfermedad?

—Yo mismo no la sé.

—Es Julia R... quien tiene la culpa de todo lo que sobrevenga á ese pobre muchacho, añadió M..., con un acento que marcaba el desprecio por la mujer de quien hablaba.

—¿Qué! ¿Andrés sigue hasta ahora enamorado de Julia? dije yo mas sorprendido aún. Pues es un loco, ó tiene por ella una pasión de novela.

—Julia lleva una vida de loreta limeña, y esa vida parece que hace mal á su antiguo amante.

—Segun he entendido, Andrés tuvo amores con Julia antes de que esta se casara, replicó yo, interesado ya en la conversacion. Se casó con otro, y bastaría eso para que no volviera á acordarse de ella. Por lo demas, su amor propio debía estar satisfecho, puesto que su mismo marido se encargó de la venganza, abandonándola.

—Si hemos de creer lo que parece, las cosas han pasado de este modo. La verdad es que nadie sabe á qué atenerse, porque Andrés tiene la maldita manía de esquivar sus contestaciones cuando se le habla de esos amores. He oído asegurar, á pesar de todo, que Julia tiene un excelente corazón.

—Todas las mujeres tienen un corazón excelente, dijo vivamente C..., y sus defectos nacen solo de la educación que se les da, y de los vicios de la sociedad en que viven.

El diálogo recayó sobre otro objeto, las copas se multiplicaron y volvieron á resonar las carcajadas. Miramos nuestros relojes y eran las dos. Todos mis camaradas comenzaron á despedirse. Una aria de bajo, cantada en la calle por uno de los tres últimos que se retiraron, me anunció al fin que estaba solo, y pensé en dormir tranquilamente.

Las palabras de M... sobre Andrés y Julia habían excitado mi curiosidad. Al pensar en ellas, sentí el deseo de conocer el misterio que había en la vida de esa mujer, y en el renacimiento de un amor que Andrés creía completamente extinguido, cuando en nuestros momentos de confianza le había hablado sobre él. Andrés, sin embargo, no me había contado su historia con esa mujer, que parecía haber echado hondas raíces en su corazón. Ligeras chanzas que él había contestado siempre sonriendo, eran toda la inteligencia que había existido entre nosotros respecto de Julia, á quien, lo diré de paso, solo conocía de nombre. Reflexioné que al día siguiente podía ir á visitar á Andrés, me acosté preocupado y apagué mi luz pensando en él.

II.

ANDRÉS no solo era un buen muchacho de colegio y un excelente jóven: era tambien una notabilidad para los que habían tenido ocasion de conocerlo íntimamente. Recibido de abogado, fué á Europa á perfeccionar su educación, y permaneció en Paris tres años. Dotado de una inteligencia despejada, de una mirada comprensiva y de un lenguaje lento, armonioso y puro, puede asegurarse que no había errado su carrera. Poseía una delicadeza de análisis profunda para las altas cuestiones legales, lo que le había granjeado cierta reputacion en el colegio y en el foro. Esa reputacion no se extendía, sin embargo, mas allá de cierto círculo, y sea por humildad ó por falta de apoyo, Andrés no se había prevalido de ella para lanzarse, como lo han hecho todos sus compañeros de colegio, en el torbellino del mundo, á fin de alcanzar un puesto público ó un nombre ruidoso en la sociedad. El día en que tal idea hubiera entrado en sus propósitos, se habría abierto campo al traves de su generacion hasta alcanzar una posición distinguida y una aureola brillante. No contaba con una numerosa clientela, aunque ganaba para vivir honrada y decentemente. Era una existencia de trabajo y estudio, casi sumida en las sombras, modesta y resignada.

Una fisonomía mas simpática que bella y unas maneras pulidas preparaban en su favor. Creía en el amor y en la virtud como una alma de diez y seis años. Cuando se hallaba en sociedad, permanecía mudo, y solo tomaba la palabra en los momentos en que se conmovía profundamente, cosa no muy difícil si se le hablaba de religión, de justicia ó de política. Después de oírle no podía dejar de conservarse por él un aprecio sincero, unido á cierta admiracion de que uno mismo quedaba satisfecho.

Andrés pertenecía á esos espíritus desalentados y sin fé en el presente, que fundan todas sus esperanzas en el porvenir. Creía que los vicios sociales, la corrupcion política y la desorganizacion en que vivimos tienen su origen en la generacion que nos ha antecedido, que lucha por no desaparecer aún, y que, valiéndome de sus propias palabras, "se sobrevive á sí misma en un teatro que se derrumba." No

odiaba á esa generacion, porque no cabía en él el odio, pero sentía repugnancia hacia ella y en sus momentos de exaltacion la maldecía.

Observábasele un desprecio profundo por ciertas clases de nuestra sociedad. La vista de una de esas mujeres ostentosas que pasan junto á uno, altaneras y deslumbrantes, aumentando con una negligencia estudiada el ruido de su vestido contra las baldosas de la calle, le irritaba á pesar suyo. La arrogancia de uno de esos hombres que viven solo del juego, le exaltaba y le hacía hablar horas enteras contra la inmoralidad y la falta de pudor de los que toman ese vicio como una profesion. Su indignacion tocaba en tal extremo, que diferentes amigos suyos habían llegado á presumir que tenía origen en algun motivo especial. Cuando había ocasion de notar en él esta marcada odiosidad, no se podía dejar de hacer conjeturas extrañas. Yo mismo había meditado mil veces sobre ese motivo, pero jamás había logrado descubrirlo.

Andrés y yo nos profesábamos un verdadero cariño. Condiscípulos é hijos de dos familias amigas, nos habíamos unido desde el colegio, y aunque separados por la distancia, por nuestras ocupaciones diarias y por la diversidad de los círculos que frecuentábamos, nos seguíamos con la vista de lejos, y nos interesábamos mutuamente en nuestra suerte. Simpatizábamos por la delicadeza de sentimiento; y un encuentro casual era para ambos un día de amistad, de recuerdos, de expansion y de confianzas mútuas. Discutíamos, comíamos juntos, leíamos, comentábamos, pasábamos tres ó cuatro horas en su cuarto ó en el mio, y nos separábamos satisfechos, pero con cierta tristeza en el fondo del alma. Nuestra amistad y nuestra franqueza eran pues verdaderas, aunque nuestras relaciones no eran cotidianas ni frecuentes.

Dos cualidades habían llamado siempre mi atencion en el carácter de L...: la honradez y la adoracion por su madre. En el colegio era señalado por su pobreza y por su escrupulosa integridad. Se había educado á expensas de un pariente lejano que, al morir, le legó sus últimos recursos con el objeto especial de que efectuara un viaje á Europa. Vivía humildemente, y sus pocos honorarios le permitían atender á la subsistencia de su madre, de cuyo lado no quería separarse.

Andrés L... se encuentra hoy en B..., bien lejos de Lima. Han sobrevenido motivos para que su cariño por mí se haya acrecentado; pero no sé las variaciones que habrá sufrido su carácter. En la época á que me refiero, era tal como acabo de presentarlo.

Me dormí pues meditando en Andrés, y á la mañana siguiente me desperté cuando era muy tarde.

Era casualmente un domingo, día de una solemne festividad religiosa. En estos días hay algo de expansivo y risueño, como hay siempre algo de profundamente triste en la última tarde del año que muere.

El sol estaba radiante y la ciudad respiraba alegría. A pesar de la primavera casi perpetua de nuestros campos, hay estaciones en que se siente la resurreccion de la naturaleza, y en que parece que recobra toda su pompa. En verano, la ciudad se despierta todas las mañanas bañada de esplendor, y el alma se ensancha en esas mil infinitas esferas de voluptuosidad que el ardiente resplandor del sol abre á la vida.

Me vestí, almorcé, y me dirigí á casa de Andrés. Mi amigo vivía en una pieza alta que tenía un balcón hacia la calle. Subí la escalera, llegué á la puerta de su habitacion y llamé.

La madre de mi amigo me recibió con familiaridad y satisfacion. Anunció á Andrés mi visita con una sonrisa de gozo, me hizo penetrar en el dormitorio y se retiró, no sin encargar repetidas veces á su hijo que se mantuviera en mucha quietud.

Andrés se hallaba sentado en una muelle poltrona con un libro en la mano. Estaba excesivamente pálido. Un gorro de trabajo hacia resaltar sus grandes ojos negros y la escualidez de sus facciones. Las manos amarillas y flacas contrastaban con el color negro de su levita, cerrada completamente sobre el pecho. Dejó caer el libro sobre sus piernas y levantó la vista. La mirada era lenta, aunque risueña, y el ademán tardío. Me tendió la mano con una expresion de alegría impensada, y al sonreirse pude percibir esa amarillez de encías y de labios que distingue á los que convalecen de una enfermedad peligrosa. Andrés tomó en seguida su pañuelo con precipitacion, y tosío un instante.

Evidentemente mi amigo había estado muy enfermo. Una pulmonía le había obligado á guardar cama durante un mes entero. Era ese el tercer día de su convalecencia y el primero en que se sentía bien.

Mi visita era imprevista, y por consiguiente mas agradable para Andrés.

Hablamos de todo. Recordamos todos nuestros temas favoritos. La conversacion de dos amigos que se quieren y que se ven despues de mucho tiempo, es el teclado de un piano que se recorre y que varía todos los tonos. Las cosas del día, los sucesos políticos, los acontecimientos de nuestros círculos y las reflexiones serias, mezcladas á todo, vinieron sucesivamente á dar vida á nuestro diálogo tranquilo y cariñoso.

Andrés me comprometió á que lo acompañara todo el día: no tenía nada que hacer, y accedí á ello con gusto.

El interés que me inspiraba la salud de mi amigo me había conducido á hacerle una visita. Pero en esa visita tenía parte un sentimiento de curiosidad, que tal vez no era mas que ese mismo interés. Yo esperaba una ocasion favorable para hablar de Julia.

L... me invitó á comer en compañía de su madre ó en su cuarto, si lo prefería. Acepté la segunda alternativa. Cuando terminamos de comer, hubo un momento de silencio. Me levanté, me dirigí hacia la puerta del balcón, que resguardaba una cortina, separé las dos alas de esta, atravesé la puerta, abrí una persiana y me puse á mirar á la calle. Al divisar

desde alto la ciudad en una bellísima tarde de verano, vino á mi imaginacion el aspecto de las ciudades del viejo mundo, y pregunté en voz alta á Andrés, si quería volver á Europa.

—Sí, me contestó. Ahora mas que nunca, ahora que necesito grandes y agradables impresiones para sanar.

—Cualquiera creería, segun eso, que es una gran impresion lo que te ha enfermado, le repuse con un tono insinuante, volviendo á entrar en el dormitorio.

—Y no se engañaría! murmuró mi amigo.

—¿Es Julia tal vez quien te ha causado esa impresion? le dije entonces sonriendo y con un acento que revelaba una intencion oculta.

—¿Julia!... ¿Qué? ¿Porqué me lo preguntas?... Has sabido tú algo?

—¿De qué?

—De lo que ha pasado.

—¿Luego te ha pasado algo con Julia...?

—Sí. ¿Lo has llegado á saber?

—Y ¿qué es lo que te ha pasado?

—Luego te lo diré; pero contéstame ántes, me dijo, esforzándose como si hubiera querido levantarse del asiento y leer la respuesta en mis ojos.

—Nada sé, ni nada he oído, me apresuré á contestarle.

Andrés respiró. Desde este instante la historia de Julia y mi amigo me pertenecía toda entera.

Supliqué con instancia á Andrés que me contara el nuevo incidente á que había aludido. El me había hecho comprender que su pasión por Julia no era ya mas que un recuerdo, y sus palabras acababan de revelarme lo contrario. Hasta cierto punto esto me daba derecho para exigir una explicacion. Andrés se resistió un poco, pero accedió al fin.

—Si, me dijo resueltamente, es preciso que tú conozcas esta pasión en todos sus detalles. La historia de unos amores desgraciados es siempre triste. Pero supuesto que quieres entristecerte voy á darte gusto. Eres el primero y el único, amigo mio, á quien pienso comunicar esta historia. Cuando he meditado en confiarla á alguno, me he acordado de tí. Si encuentras debilidad de corazón en todo lo que voy á relatarte, tú sabrás perdonarme; y si lloro algunas veces, sabrás compadecerme. Por otra parte, todo esto me hará bien. La comparticion de esta amargura y el desbordamiento de estas lágrimas me mejorarán. Este dolor es demasiado fuerte para que pueda sobrellevarlo un hombre solo. ¿Lo querrás creer? á ratos he deseado morir.

Al hablar así, Andrés tenía la voz trémula y los ojos humedecidos por una lágrima que enjugó con su pañuelo.

—Vamos! La vida tiene consuelo para todo, le dije. Habla pausadamente para no fatigarte. Yo te escucharé como un niño.

Me acerqué á la puerta del balcón y suspendí de un lado la cortina para que entrara un poco mas de luz, y poder distinguir una arcada del cielo.

Una ráfaga de viento refrescó el dormitorio: la tarde comenzaba á apagarse en el horizonte.

Dí vuelta á la silla del enfermo, de manera que pudiésemos vernos de frente, y busqué en el diván la postura mas cómoda.

En este momento se presentó el criado con una taza de tinto y aromático café. Le mandé arrastrar hasta el diván la mesa de noche, y coloqué la taza sobre ella.

Estábamos solos.

Andrés comenzó así:

III.

CUANDO conocí á Julia, era una niña de trece á catorce años. Yo vivía entonces en la calle de Piedra, y ella en la de Valladolid. Como ves, nos hallábamos en una misma direccion hacia la plaza principal.

Todas las tardes divisaba, desde mi ventana, venir una figura infantil y risueña que se acercaba y pasaba delante de mí como una sombra. Llevaba á su alrededor la atmósfera de pureza que toda niña tiene á esa edad—edad que, lo diré de paso, es para mí el mayor encanto en la mujer.

Jamás encuentro en la calle una niña de doce á quince años, sin que mis miradas se fijen en ella. El rayo de inocencia que circunda su cabeza, la vaporosidad de su traje alto, la gracia con que al andar desliza ligeramente sus pies sobre el piso, me hacen acordar del cielo y de los días de mi infancia. La edad mas bella de la vida en la mas bella criatura de la naturaleza, es sin duda ese instante en que la niñez acaba y la juventud se inicia. El ángel se transforma en virgen, y su sonrisa irradia el último reflejo de una aurora que muere.

La encantadora niña que veía pasar todas las tardes por mi cuarto, era una morena de hermosos ojos negros, contorneadas pestañas y espesas cejas dibujadas á pincel. Dos trenzas de ébano caían sobre su espalda resguardada por una manteleta. Su talle, un tanto flexible, anunciaba un cuerpo delgado y esbelto. Un botín elástico de color claro, cubierto hasta la mitad por el encaje de un calzon ancho, ceñía su débil y diminuto pié. Pasaba, y yo seguía indiferentemente con la vista los pliegues de su vestido que hacia ondular un movimiento ligero y armonioso. Llevaba siempre un libro en la mano, y la acompañaba una criada. Era Julia que volvía del colegio.

La casualidad me impuso de que era huérfana. La educaba un tío que la amaba como padre, y que en nada la distinguía de una hija llamada Pepa, prima hermana, ó mas bien, simplemente hermana de Julia.

Estas circunstancias habían hecho que, al pasar por la puerta de la casa que habitaba esta familia, me fijara siempre en ella. Su aspecto triste y ruidoso revelaba, si no la escasez absoluta, al menos las privaciones de una estrecha mediocridad.

Un día, poco ántes de emprender mi viaje á Europa, fui á la corte á hacer mi primera defensa. Un amigo me presentó por incidencia al tío de Julia, don Antonio R..., antiguo em-

pleado en palacio, á quien debes conocer. Me efrió que seguía un pleito de algun interés cuyo éxito, como sucede á todo litigante, estaba cansado de esperar.

Durante mis viajes en Paris, en cualquiera parte donde me encontrara, siempre que veía un tipo de su especie, me acordaba inmediatamente de Julia. En ese recuerdo solo entraba el tipo, es decir, la delineación especial de sus formas, pero no la imágen. Se reflejaba en mí, no con el encanto de una mujer, sino con la poesía de la niña vaporosa y aérea que había conocido. ¿Quién me hubiera augurado que esa sombra risueña debía ser la pasión borrascosa de mi juventud? Entonces solo era para mí como el vago recuerdo de un perfume santo.

El mas grande misterio del amor es su pre-destinación. Hay en el mundo una mujer completamente extraña para nosotros, ó, por expresarme mejor, conocemos hoy una mujer que la casualidad nos presenta; preguntamos quién es, la contemplamos, la encontramos hermosa, y nos alejamos indiferentes. Pero la Providencia ha enlazado en un punto los hilos de su existencia y de la nuestra; y cualquiera que sea mañana la distancia de tiempo y de lugar que nos separen de ella, la mano invisible de Dios va recogiendo los hilos; y los extremos, es decir, las existencias mismas se aproximan poco á poco, se perciben, se tocan y se rozan fatalmente. Si la predestinación es una verdad revelada á alguna inteligencia, su faz mas curiosa debe ser la atracción reciproca, el itinerario secreto y mutuamente ignorado de dos almas sobre la tierra, que un día deben encontrarse y amarse.

Regresé, y no había vuelto á acordarme de Julia hasta que al pasar una tarde por delante de su casa la distinguí en la ventana de reja. Sus facciones se habían dilatado y purificado, su mirada había tomado un rayo de perspicacia que antes no tenía, su pecho se había levantado, y todos los contornos de su busto definido. La juventud había perfeccionado su tipo, iluminado su frente y enorgullecido su actitud. No tenía ya la humildad candorosa de la niña sino el esplendor y la altivez de la hermosura.

Me fijé entonces en que la casa había recibido, ó, mas bien, se hallaba recibiendo una transformación completa. En efecto, se distinguía, por su aspecto de trabajo, que había sufrido una reparación seria y, si bien dilatada, próxima á terminarse.

La costumbre me hizo pasar al día siguiente por la misma calle, y volví á distinguir, no sin fijarme bastante en ella, á Julia que se hallaba en la ventana de reja acompañada de su hermana.

A la tarde posterior debía tomar otro camino, pero, acordándome de mi morena, preferí tomar el de su casa. Al acercarme, percibí que me reconocía y que llamaba á Pepa para mostrarme á ella. Me sonreí involuntariamente. Julia llevó su pañuelo á la boca con cierta espontaneidad que me indicó la intención de ocultar una sonrisa. Volví á pasar aparentando indiferencia; pero, al atravesar cerca de su ventana, creí ver en Julia, como á la luz de un relámpago, la súbita y suprema irradiación de la belleza.

El pensamiento de que podía amarla y ser tal vez amado de ella, atravesó por primera vez por mi mente.

Inútil me parece decirte que seguí pasando por la ventana, y contemplando á esa adorable criatura todas las tardes... todos los días... á todo instante.

Tengo para mí que amar una mujer sin haberla hablado nunca, si bien es muy fácil para una alma de diez y siete años, no es mas que una fantasía precoz del sentimiento que solo tiene del amor las amarguras y el delirio. A pesar de esta reflexión y de que no tenía esa edad, yo me encontré de un momento á otro encadenado á Julia. Cuando llegaba la noche y no había logrado verla, me encerraba en mi cuarto triste y disgustado.

Un día salí y fui á casa de mi amigo J..., el mismo que en otra ocasión me había presentado al señor R..., tío de Julia. Le declaré que deseaba ser introducido en la casa.

La ocasión no podía ser mas propicia. J... me refirió que el señor R... había ganado su pleito y entrado en posesión de un capital de treinta mil pesos. Su primer cuidado había sido refaccionar la finca que habitaba con la mitad de ese capital y colocar la otra mitad en una casa de comercio, á fin de que el interés, unido á su pequeño sueldo de empleado, le proporcionara una renta bastante para vivir con decencia. El pobre viejo estaba loco de contento. La casa acababa de ser refaccionada y amueblada. Este gran acontecimiento le había inspirado la idea de dar á la noche siguiente una *soirée* ó *un té*, como se dice entre nosotros. J... había sido encargado de llevar algunos jóvenes para que bailaran y animasen la reunión. Propúsome que sería uno de ellos.

Me fascinaba la idea de pasar una noche entera al lado de Julia, pero la forma de la presentación no me complacía.

Sucede entre nosotros, que cuando una familia pobre ó de pocas relaciones prepara una noche de reunión en su casa, encarga á sus amigos que lleven algunos jóvenes "que sepan bailar, y que puedan entretener á las niñas." Esta costumbre tiene sus inconvenientes. No admira, sin embargo, la ilimitada franqueza de las familias: admira la ligereza de los que aceptan el papel que se les brinda.

Rechacé la proposición. J... insistió, recordándome que yo había sido ya presentado al señor R..., y me ofreció ir anticipadamente á la casa á hacer algunas advertencias sobre mi persona. Acepté, bajo esa condición.

Al regresar y pasar por la puerta de la familia R..., volví la cara por ver si divisaba á Julia: contemplé una casa llena de luz, cuya brillante perspectiva decía al transeúnte que acababa de recibir la última mano de pintura.

A las ocho de la noche siguiente me hallaba en mi cuarto haciendo mi *toilette* lo mas elegantemente que pude. J... cumplió su palabra y vino á buscarme. Salimos, nos tomamos del

brazo y penetramos en la casa acompañados de algunos otros.

Las polkas y las schottisch habían comenzado ya. Se respiraba en una atmósfera de juventud y de vida.

Las luces y las flores son en todas partes eternas compañeras de la alegría, y excusado es decir que formaban parte de ese cuadro. La casa, medianamente puesta, revelaba el reciente mejoramiento de fortuna. Una mueblería nueva en su totalidad le daba un aspecto de lujo, pero en realidad no había sino comodidad y decencia. Notábase que se había puesto mas esmero en el ornato de la *cuadra*, cuya sedosa alfombra de tripe daba mas suavidad al movimiento acompasado de las parejas, y cuyos dos hermosos espejos multiplicaban las luces y el espacio.

Todas las bellezas del barrio se hallaban reunidas allí. Entre algunos tipos estafalarios y muchos jóvenes que me eran completamente extraños, solo percibí uno ó dos de nombre distinguido por su familia ó por su posición social. Noté á primera vista al viejo y cojo coronel T..., que hablaba con Julia y que, sea dicho de paso, era la persona mas caracterizada de la concurrencia.

Mi presentación al señor R... fué un reconocimiento. Su hija Pepa me recibió con aire de satisfacción esperada, y Julia me dió á estrechar su mano, tímida y risueña, no sin una mirada de oculta alegría.

Después de haber bailado toda la noche, y en un momento de cansancio en que Julia acababa de desprenderse de mi brazo, me acerqué á don Antonio que desde un rincón contemplaba la alegría de su casa. A algunas palabras lisonjeras de su parte se siguió un diálogo de intimidad y de franqueza. Reconocí en él uno de esos hombres nacidos en otra época, mezclados de alma é imbuidos de ciertas preocupaciones. Una educación tradicional ha dejado á esos hombres un espíritu pobre, pueril y ridículo á veces; aunque justo, benigno é inofensivo en el fondo. Tenía una ciega idolatría por su hija y su sobrina, y no se ocupaba sino de su alegría en el presente, y de su bienestar para el porvenir.

Hablamos, por supuesto, del pleito y de los esfuerzos que había hecho para triunfar sobre la parte contraria. Una acción de cincuenta mil pesos había quedado reducida á treinta mil. Me refirió lo mismo que J... sobre la distribución de ese capital, y agregó, por vía de apéndice, la historia de los contrastes y de los menores incidentes que le habían ocurrido en la reparación de la casa, desde la plantación de los nuevos cimientos hasta la colocación del espejo que teníamos al frente. A cada paso se había presentado un obstáculo que siempre había vencido. Felizmente todo estaba terminado. Las niñas habían quedado satisfechas.

Comprendí que el pobre viejo no tenía cabeza para arquitecto, y que todo le había costado una tercera parte mas sobre su precio. Don Antonio calculaba del mismo modo que los empresarios de teatro, cuando ajustan una nueva compañía, calculan los gastos hasta el momento de levantar el telón.

Hasta esta misma noche, me dijo, llevo invertidos diez y seis mil pesos exactos. Estas circunstancias me hicieron conocer las verdaderas condiciones económicas de la familia R...

Esa noche cambié con Julia una sonrisa, una frase ambigua y una flor.

Cuando á la mañana siguiente me retiré de su casa y contemplé el esplendor tranquilo de la aurora que iluminaba el cielo, sentí surgir en mi alma un mundo de ilusiones, y el recuerdo de la noche que acababa de pasar me inundaba de felicidad, como el espacio que tenía á la vista se inundaba de luz.

Coloqué la flor que me había dado Julia entre dos páginas de mi *Lamartine*. Me desnudé sin conciencia de lo que hacía, y dormí hasta la tarde mas tranquilo que nunca.

(Continuará.)

Ejecucion de dos Españoles.

Habrá cosa de un año, que un español recién llegado de Cárdenas, isla de Cuba, don José García Otero, se le encontró nadando en su sangre, en el Parque de la casa de Ayuntamiento de la vecina villa de Brooklyn. Ocurrió esto entre las diez y las once de la noche del 22 de noviembre, noche lluviosa, fría y oscura, á propósito para cualquier maldad. La víctima aun estaba caliente, conforme refirió el transeúnte que primero tropezó con ella y dió parte á la justicia. Recogida por oficiales de esta se vió que aquel extranjero había sido asesinado alevemente, porque la mayor parte de las heridas las había recibido en la espalda.

Como se buscaban las huellas del crimen, aquella misma noche se encontraron cerca del cadáver varias monedas de oro, de cuño español, una navaja de bábear, un cuchillo de punta y fuera del parque unos guantes de cabritilla ensangrentados, con dos cortes en los dedos por la parte de dentro. La persona que los llevaba debió haber recibido una herida en la mano y los arrojó en el dolor ó la confusión del momento. Esto condujo á la detención del criminal y averiguación del crimen.

En sus exquisitas y prontas diligencias, la policía averiguó el nombre de la víctima y el de uno de los hombres con quienes se había acompañado en la noche del asesinato. El 24 de noviembre, cerca de las tres de la tarde, un desconocido, un español, que llevaba ambas manos metidas en guantes espesos de lana y la cara medio hundida en los anchos pliegues de su rebozo, atrajo la atención de un policía de muelle á tiempo que ponía el pié en la plancha del vapor *Eagle*, despedido para la Habana, hacia cuyo destino debía zarpar dentro de pocos minutos. Detenido el hombre que se recataba, se vió que tenía herida una de las manos y llevado al cuartel del jefe de la policía donde se hicieron traer los guantes de cabritilla encontrados en Brooklyn, le obligaron á ponerse los y resultó que le venían bien y que los cortes en los dedos de estos correspondían en un todo con las heridas de la mano. Este pri-

mer preso, dijo llamarse Francisco Gene Salvador, natural de Cataluña. Su participación en el asesinato de Brooklyn pareció no dejar duda. Tirando á excusarse ó por otro motivo cualquiera, reveló el paradero de su cómplice, otro español, de nombre José Gonzalez Fernandez, tambien de Cataluña, quien fué preso, entendemos que el 25, en el número 217 de la calle de Centre, en esta ciudad de Nueva York. En su posesion se encontraron varios efectos que habían pertenecido á don José García Otero, y las ropas ensangrentadas que sin duda había llevado Gonzalez en la noche del crimen. Se dijo entonces que había habido un tercer cómplice, pero aunque se puso preso por sospechas á un paisano de los presuntos reos, de nombre Viele, no pudo probarse complicidad y le dieron soltura.

Segun el sistema de enjuiciamiento criminal de la ley inglesa, el acusado no tiene que absolver interrogatorio ninguno, y la defensa estriba generalmente en probar la coartada, como se dice en términos jurídicos. Los defensores de los reos hicieron cuanto estuvo en su mano por probarla, pero inútilmente, porque el fiscal en su habilísima informacion sumaria siguió los pasos de los criminales desde que sacaron la víctima del hotel de Barcelona de la calle de Great Jones, hasta el número 3 del hotel de Cuba en la calle de Bleeker, los acompañó en los carros del ferro-carril urbano de la calle de Fulton, atravesó con ellos el brazo de mar llamado río del Este, bebió en su compañía en la taberna cercana al muelle, donde tambien es reconocido el francés, que después se averiguó fué Viele, entró de nuevo en los carros urbanos y por fin los vió echar pié á tierra en las puertas del desierto Parque, donde ocurrió la sangrienta escena. Tantas y de tal calidad fueron las pruebas que el jurado por unanimidad declaró culpables á los acusados del crimen de asesinato con premeditación. El juez los condenó á la pena de muerte en horca, y señaló para su ejecucion el viernes 9 de marzo de 1866. Apelaron los defensores de esta sentencia, se oyó en vista la causa, y vino confirmada, señalándose entonces para la ejecucion el viernes 12 de octubre, cuando ha sido llevada á cabo, en el patio mismo de la cárcel donde los delinquentes sufrieron cerca de un año de prision.

A medida que se acercaba el día fatal, los condenados manifestaron el mas vivo deseo de que se formase causa á su cómplice Viele, que por lo que ahora resulta, parece que fué el móvil principal de tamaña fechoría. Por fin, perdida toda esperanza de que se les conmutara la sentencia ó se pospusiera el día de la ejecucion, Francisco Gene Salvador, (alias) Pellicer, se prestó á confesar los hechos y pormenores que no pudieron dilucidarse en la causa. De su confesión resulta pues, que Gonzales Fernandez hizo amistad con Otero en el viaje que juntos hicieron de la Habana á esta ciudad, y que sabedor que este traía una gruesa suma de dinero para comprar efectos de teatro, se propuso robarlo. Para ello se confabuló con Viele y este con Salvador, con quien vivía en el hotel de Cuba. Allí llevó una vez como por la mano Gonzalez á Otero para matarle entre los tres, quitarle el dinero, que parece llevaba siempre consigo y enterrarle bajo el piso de tablas del cuarto en que habitaban Salvador y Viele. Por un motivo ó por otro el asesinato no se efectuó en aquel sitio y entonces acordaron llevar la víctima á Brooklyn, é inmolárla. Sucede que los dos ajusticiados no conocian los lugares de aquí ni de Brooklyn, ni hablaban la lengua del país, y Viele si una cosa y otra, por donde se presume que este fué uno de los principales actores de la tragedia. Se dice que está preso y que se le sigue causa de nuevo. Mas sea de esto lo que se fuere, aparece fuera de toda duda, que los tres conspiradores entraron con la víctima en el Parque dicho en el siguiente orden: primero Salvador armado de una navaja, luego Otero, en seguida Gonzalez armado de un puñal y Viele el último de todos. Al grito de ¡ay! que dió Otero, herido sin duda por la espalda, Salvador le hirió por el cuello y pecho y entre los tres le acabaron á puñaladas y navajazos. La brega parece que fué larga y encarnizada, y muerto Otero le robaron mucha parte del dinero contante, dos letras de cambio giradas á su nombre y el reloj de oro.

Se cree que primero el ruido de los pasos de un perro y en seguida el de los de un hombre hizo huir desparvoridos á los tres asesinos, cada cual por su rumbo, antes de que tuvieran tiempo de desbalar su víctima, y en la carrera y la confusión, tiraron los instrumentos del crimen, dejando así tras sus fugitivos y desconocidos pasos, las pruebas de que se apoderó la justicia para convencerlos y hacerlos morir en horca ignominiosa. De este modo se persigue el crimen y se castiga el criminal en los Estados Unidos del Norte América.

Las Cenizas de Colon.

HAY en nosotros una facultad que nos representa lo que no hemos visto, que dulcifica ó exalta las pasiones, pinta de risueños ó tétricos colores el porvenir, y alumbrá lo pasado con una plácida claridad. Esta varilla encantada, es la imaginación; fuente inexhausta de placeres, casi siempre melancólicos, que solo pueden expresar el músico y el poeta con la magia de sus acentos. Y ¡cuántos de esos placeres debben gozar los habitantes de las viejas ciudades de Europa, de que nosotros apenas podemos formarnos idea!... Dentro de un templo gótico, en medio de las ruinas de un castillo feudal, ó delante de un cuadro de Miguel Angel, ¿cómo no remontar la imaginación á los tiempos de la edad-media, tan ricos de poesía?—Ella los llevará á las romerías de los devotos peregrinos, acompañará á los cruzados á Tierra-Santa, peleará con los paladines en los torneos, ó punteando el harpa del menestrel, entonará su quejumbrosa cantilena al pié de una torre solitaria, ó en los animados salones de las *Cortes de amor*.

Nada de esto tenemos aquí. Nuestros edificios son nuevos, sin historia, sin tradiciones: ni

una grieta en ellos por donde silbe el viento, ni una matorrall que se meza en una almeha desmoronada, ni una inscripción que nos diga, *aquí sucedió tal cosa*: existen porque los construyeron, y gracias que sepamos á veces el nombre del fundador.—La imaginación del cubano no evoca sus ilusiones del tiempo pasado, sino que se las despierta la espléndida naturaleza física que lo circunda. Sus castillos y palacios son las nubes caprichosas de la tarde, y sus catedrales góticas la bóveda azul del cielo, con palmas por columnas, el sol por luminarias, en vez de la veta de bronce, el tornasolado plumaje de un pavo-real en lo alto de un mirador, y en lugar de la Virgen de Murillo ó de Rafael, los ojos negros de una doncella tras de las rejas de su ventana.

La poesía de los recuerdos no se conoce aun en Cuba, y solo encuentra ecos en ella la poesía de la esperanza.—Empero si carecemos de monumentos históricos, poseemos una reliquia venerable, capaz de exaltar cualquiera imaginación, llenándola de un sentimiento solemne y religioso: las cenizas de Colon existen en la Catedral de la Habana.

Muerto en Valladolid, trasladado á Sevilla, de allí á Sto. Domingo, y de Sto. Domingo á esta ciudad en 1796, para de aquí pasar Dios sabe adonde, los restos perecederos del descubridor del Nuevo-Mundo, parecen condenados á la misma inquietud que el espíritu inmortal que en otro tiempo los animaba. Ahí están, casi olvidados; sin que un solo poeta, inspirándose con el recuerdo de su gloria y de sus desgracias, haya querido expresar con el habla castellana, los afectos y las aspiraciones de aquella alma privilegiada.

Un día quise yo ver el monumento de Colon. Entré en la Catedral á tiempo de celebrarse la misa cantada: la iglesia estaba vacía, porque los creyentes la han abandonado, á medida que la fé ha ido extinguiéndose en el pecho de los creyentes. Solo al pié de una columna oraba un negro anciano; y su devota oración, aunque ofuscada por su ignorancia, alcanzaria sin duda al trono del Eterno, como el pálido resplandor de una lámpara humilde, penetra en la oscuridad que la rodea, hasta la santa imágen encumbra en los altares. A ratos callaban los sacerdotes; y entonces el órgano, desplegando sus trémulas voces, como las alas de un pájaro invisible, derramaba por las naves su armonía conmovedora, ya lánguida y adormida como un canto lejano que llega á nuestros oídos por encima de las olas en una noche de luna, ya bulluciosa ó solemne, como la festiva algazara de los muchachos, ó el rugido imponente de un huracán.

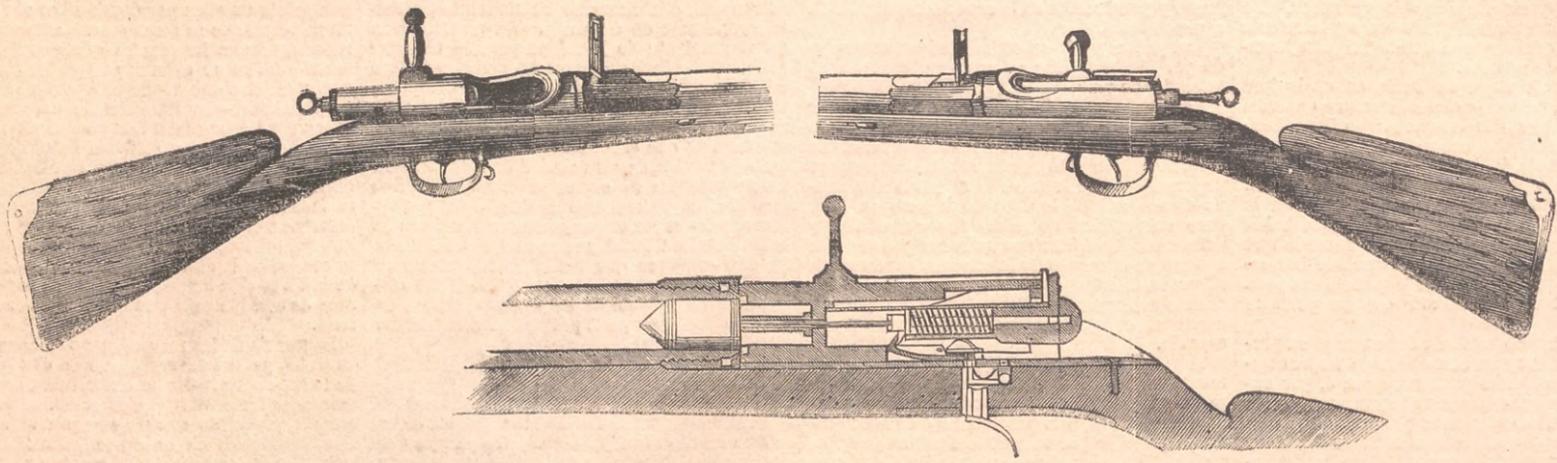
Concluyóse la misa: enmudeció el órgano: se retiraron los sacerdotes; y el último ruido que se oyó poco después, fué el tardío caminar del negro, que fué apagándose, hasta perderse en la calle entre el bullicio general del pueblo: un momento mas, y me hallé solo en el templo. Entonces fué cuando sentí la verdadera magestad del sitio, porque antes la música y las desacordes voces de los celebrantes, me distraían mal de mi grado.—Subí con pasos cautelosos como si temiese enojarse la sombra del Almirante, los escalones del presbiterio; y á la izquierda encontraron mis ojos, no un suntuoso túmulo, ó cincelado sepulcro, sino una modesta lápida, en que se ven esculpidas las facciones del ilustre navegador, cubriendo el hueco que en la pared encierra sus despojos, y debajo, en letras doradas, estos versos:

Oh restos é imágen del grande Colon!
mil siglos durad guardados en la urna,
y en la remembranza de nuestra nacion.

que no debió ser poeta quien los hizo, cuando no supo inspirarle su númen idea mas alta para tan alto objeto.

Puesto delante de aquel busto, con el brazo apoyado en una mesa que allí está, comenzó mi memoria á divagar por los acontecimientos de la dramática vida del ínclito genovés.—Cerca puerto de Palos, en Andalucía, hay en la ceja de una montaña un convento de Sta. Maria de la Rábida; á la puerta de ese convento, un hombre en humildes ropas, y de habla extraña, pedía al portero una tarde en 1486, pan y agua para un niño que le acompañaba: aquel hombre era Cristóbal Colon, y aquel niño su hijo Diego. Devoraban aun el pan de la caridad, cuando pasó por allí el guardian Fr. Juan Perez de Marchena: puso la vista en el forastero; leyó en el rostro un alma grande; enredó conversacion con él, y quedó admirado de los proyectos que abrigaba en su cabeza. El guardian tenía amigos y valedores en la corte de Isabel la Católica, y recomendado á ellos salió Colon poco después para Córdoba, donde aquella mujer heroica preparaba la conquista de Granada.—Pasaron seis años de amarguras, de miserias y de esperanzas engañosas, y al cabo de ellos, vino de nuevo á albergarse Colon en la celda de Fr. Juan Perez; mas no ya como mendigo, sino de capitán de bajeles, en visperas de emprender un largo viaje.—¿A dónde iba?—A arrostrar peligros inauditos, á surcar mares incógnitos, en cuyo seno no se había reflejado aun la vela de ningún buque, para hallar tal vez la muerte al término de tantos afanes. Colon, empero, se creía predestinado por Dios á acometer aquella empresa: acometiola en efecto; y la luz mas diáfana de otro cielo mas puro, alumbróle una mañana el Nuevo-Mundo, al estampido de sus lombardas que despertaron por vez primera los ecos americanos.

De vuelta á España, se halló Colon encumbrado y enaltecido como ningún otro mortal; su triunfo fué completo: sus opositores enmudecieron: pero por uno de los muchos contrastes de su vida, la misma corte que entonces salió á recibirlo, casi como á un semi-dios, mas adelante lo vió volver cargado injustamente de cadenas á guisa de criminal famoso; y á los piés de los mismos Reyes ante quienes puso un mundo mas, vino á doblar su trémula rodilla, con la voz anudada en la garganta, y cubierto el rostro venerable con las manos, para esconder tambien en ellas el llanto y los sollozos de amarga reconvencción que le rebosaban del pecho. Alzáronle del suelo los soberanos, con eficaces razones



EL FUSIL DE AGUJA.

El Fusil de Aguja Prusiano.

de cariño, en especial la Reina; de cuyos hermosos ojos tal vez rodó alguna lágrima de simpatía hasta la frente de Colón, como la mas fúlgida diadema que pudiera coronarla; porque aquellas dos almas escogidas, eran quizá las únicas que en aquel siglo mutuamente se comprendían, y resonaban unisonas á la voz del entusiasmo ó del infortunio.

Descubierto un mundo, ¿qué mas podía apeteer Cristóbal Colón?—Ocupado siempre su ánimo infatigable en ilustres empresas, quiso encender en los otros el espíritu religioso que hervía en su corazón, predicar una nueva cruzada, y al frente de su heroica hueste, arrancar de las manos de los infieles el sepulcro del Salvador: pero ya habían pasado los tiempos en que la voz de un heremita ó de un papa, era poderosa á levantar pueblos enteros, llevándolos á perecer en los arenales de la Siria. Por eso fué ineficaz su deseo, y no encontró apoyo ni aun en los cristianos mas ardientes.

Cristóbal Colón era poeta; y aunque no hubiese versos suyos en el libro de las profecías que dirigió á los Reyes Católicos, bastaría leer cualquiera de sus viajes para convencerse de ello. Su imaginación exaltada, y visionaria á veces, como para consolarlo de la trabajosa realidad de su vida, le pintaba paisajes encantados, perpetuo asiento de una angélica ventura. Y no es extraño; él había encontrado unas re-

DAMOS hoy un grabado del arma que ha causado efecto tan desastroso en la batalla de Sadowa, en Alemania. La invención data de 1835, aunque se le han hecho muchas mejoras desde entonces. La gloria (si la hay en inventar una máquina destructora de la humanidad) de la invención pertenece á Mr. Dreyse, fabricante de armas de Sommerda, aunque en algunos respectos el fusil ese es una imitación mejorada del mosquete noruego que se carga por la culata. Es pues el arma de que nos ocupamos, un simple rifle que se carga por la culata, cuyo cartucho hace estallar una aguja que, impulsada por un resorte en forma de rosca, toca el fulminante adherido al fondo.

No hay secreto, pues, en su mecanismo; lo único difícil de averiguar, es la composición del fulminante. Dice un corresponsal extranjero, que este se compone de ingredientes conocidos solo de un hombre, el inventor; y á fin de que el secreto no se divulgue, el gobierno ha hecho de modo que el hombre sea constantemente vigilado por doce centinelas de vista, y no escribe una línea, ni se comunica con nadie, á menos que aquellos inspeccionen su escrito ú oigan sus palabras.

La parte rayada del cañón mide 36 pulgadas de largo, y el calibre seis décimos, con cuatro muescas que en toda su extensión entre vuelta y vuelta miden cinco once avos. La anchura de dichas muescas es de un cuarto de pulgada poco mas ó menos, la profundidad de tres centésimos. Para recibir el cartucho, hay una cámara lisa, cuyo diámetro es un tantico mayor que el del resto del cañón, y que se ensancha un poco hácia atrás, para que aquel entre sin dificultad despues de tiros repetidos. Hay un declive gradual en el punto donde concluye la cámara y empezian las muescas, á fin de que la bala pase con facilidad y se evite una compresión ántes de tiempo. El cañón se ajusta por un tornillo á un cilindro, el cual encierra el mecanismo de la pieza.

El cartucho se hace de carton duro, encer-

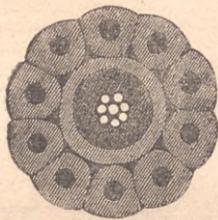
rándose en el mismo tubo la bala, la pólvora y el compuesto explosivo. La verdadera peculiaridad de este cartucho consiste en que el fulminante va en contacto inmediato con la bala, entre esta y la pólvora; lo que proporciona la ventaja de que cuando la última se enciende, la porción mas cerca de la bala, en que se completa primero la combustión, ejerce fuerza eficaz y llena en el proyectil, aumentándose el momento con el resto de la pólvora que se enciende casi instantáneamente despues. Por el sistema ordinario, en que la combustión principia por el fondo de la recámara, parte de la pólvora á menudo sale con el proyectil quemada parcialmente, consumiéndose así mucho ántes de haber podido ejercer sobre aquel toda su fuerza explosiva dentro del cañón.

En una palabra, en el fusil de aguja, la pólvora de cada tiro arde y se aprovecha toda, ejerciendo de ese modo su fuerza expelente por completo, en el mismo instante y dirección. Se carga, pues, por la culata, y cuando se tira del gatillo, sale una aguja fuerte ó punzon que horada el cartucho por su base, causando su combustión y explosión. Ningun fusil conocido sobrepuja en certeza al de aguja prusiano, y su alcance efectivo es de unas 1,500 yardas.

Las ventajas de ésta arma pueden resumirse de la manera siguiente: celeridad en los disparos, sencillez de mecanismo, seguridad y facilidad para limpiarse, comodidad para cargarse á pié ó á caballo, certeza y uniformidad en llenar las muescas, reducción de la cantidad de la pólvora de cada cartucho pues que toda se quema, y destierro de la baqueta. La falta principal que hasta ahora se le ha encontrado, es que con la rapidez grande que se dispara el soldado á menudo descuida la puntería, y de este modo desperdicia mas munición que la que desperdiciaba con el fusil comun. El rifle de Spencer americano es un rival poderoso del fusil de aguja de Prusia.

Las almas vulgares se entienden perfectamente: hablan la misma lengua.

EL ESFINÓGRAFO.—El gran mérito de este instrumento consiste en que ayuda á los hombres á reducir su arte á algo que se parece á ciencia, pues que da una noticia permanente y exacta en sus mas menudos detalles de un fenómeno que hasta aquí conocíamos meramente por los datos poco satisfactorios en verdad que nos proporcionaba el sentido del tacto. Registra por sí mismo en caracteres los movimientos del pulso. Se ata á la muñeca con correas batidas cuidadosamente, una viga principal sumamente liviana, á esta se adhiere una palanquita del tamaño del antebrazo, poco mas ó menos, cuyo extremo mas corto descansa sobre el pulso de un modo sutil pero firme, cada flujo y reflujo de la arteria imprime á la



TAMAÑO NATURAL DEL CABLE DE 1866.



TAMAÑO NATURAL DEL CABLE DE 1858.

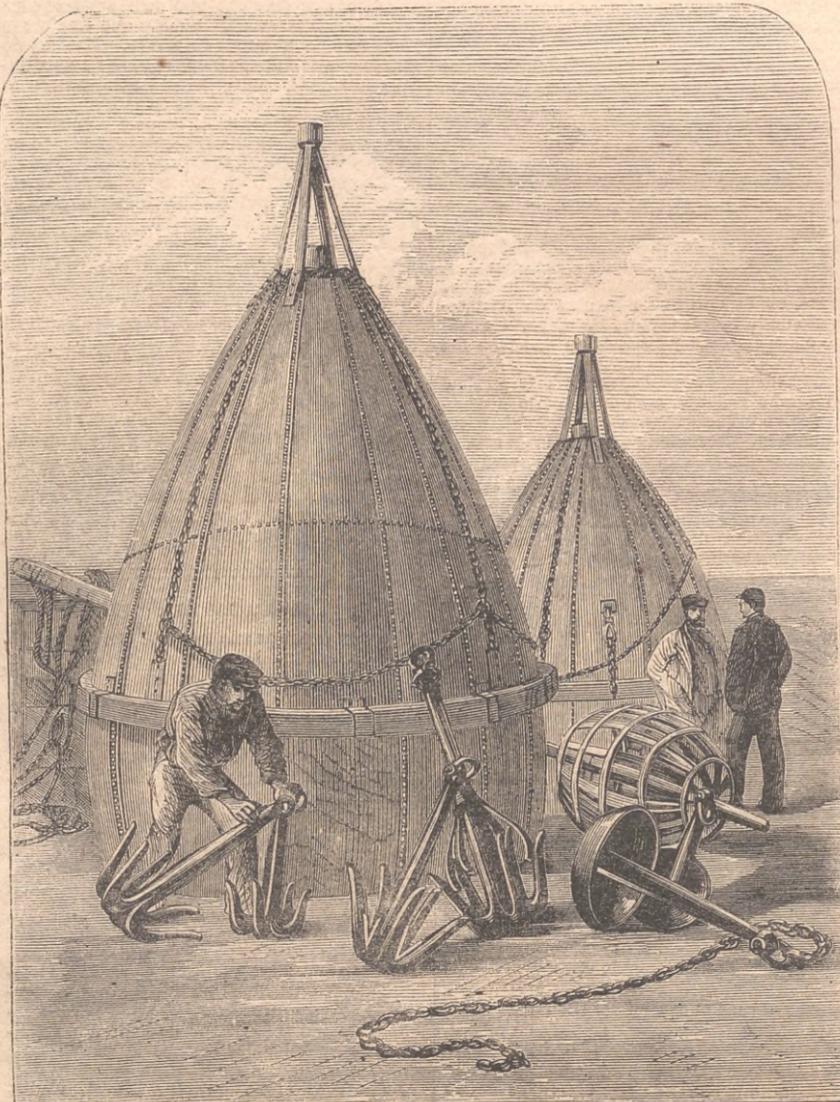
giones, donde si alzaba los ojos al cielo, veía su bóveda mas azul; mas transparencia en el aire; mas claridad en la luz que se quebraba en ledos visos sobre el vistoso plumaje de aves desconocidas: el mar tranquilo y diáfano, como si fuese de cristal, dejaba ver el fondo, entre cuyas plantas bullian peces de mil colores; la tierra era un vergel, con frutos dorados en sus florestas, por entre las cuales penetrando la vista, descubria paisajes encantadores, con lejos de azuladas montañas elevadísimas, de donde se derrumbaban claras aguas, como si cayesen de las nubes: la fresca brisa le traía los aromas de aquel jardín; y el melodioso gorjeo de pájaros sin número arrullaba sus oídos, si no era que un pueblo pacífico y de otra raza lo adormecía con los acentos musicales de su idioma. ¿Qué mucho, pues, que Colón, nutrido con la lectura de obras místicas, creyese que iba acercándose al cielo mansamente en su buque, y que las costas que delante le sonreían, eran los límites del Paraíso?

¿Y en qué vinieron á parar su gloria, y sus ilusiones de este Eden terrenal? En el mas triste desencanto; en morir aquejado de dolores, desairado por el mismo Rey á quien habia hecho tan señalados servicios....—“Cuando leo, dice un elocuente biógrafo extranjero de Colón, que sus restos fueron extraídos de Santo Domingo, al cabo de cerca de trescientos años, como sagradas reliquias nacionales, con pompa cívica y militar, con ceremonias religiosas, y disputándose el mostrarle reverencia los hombres mas ilustres y condecorados, no puedo menos de reflexionar que de aquel mismo puerto salió cargado con cadenas ignominiosas, destruida su fortuna, manchada al parecer su fama, y seguido de los dictérios de una chusma que lo escarnecía. Semejantes honores, es cierto, de nada valen al que murió, ni pueden expiar las injurias y pesadumbres sufridas por su corazón, polvo y cenizas ahora: pero al menos sirven de poderoso consuelo á las almas ilustres y calumniadas, estimulándolas á sobrelevar con valor los baldones presentes, con enseñarles cómo sobrevive á la calumnia el verdadero mérito, y recibe su gloriosa recompensa en la admiración de las edades futuras.”

Estas ó semejantes ideas ocupaban mi ánimo en triste cavilación, cuando vino á sacarme de ella un ruido de pasos que sentí detras de mí. Embargado de cierto pavor religioso, permanecí con los ojos clavados en el busto, como si esperase sentir sobre mi espalda la mano de uno que me dijese ¿qué buscas en este sitio?—Al cabo rompí aquella especie de fascinación: volví el rostro, y no hallé á nadie en la iglesia; y conmovido todavía, salí de ella murmurando estos versos de un poeta cubano:

.... Su gloria, sus desgracias
excitarán la dulce simpatía
en los últimos hijos de los crueles
que á miseria y dolor le condenaron.
Desde la tumba reina.....

Echeverría.



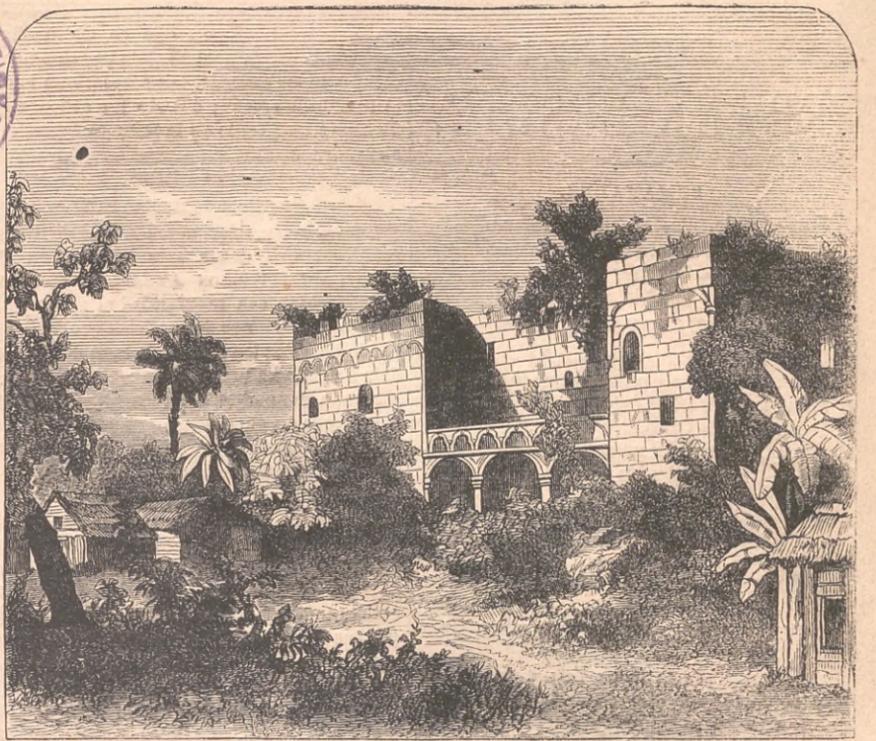
BOYAS Y ARPOS USADOS PARA PESCAR LOS CABOS DEL CABLE EN EL FONDO DEL OCEANO.

palanca el mismo movimiento de subida y bajada, y el extremo mayor de ella desempeña el mismo oficio, aunque en escala superior. En ese se inserta un lápiz de agudísima punta, en contacto del cual se coloca una tira de papel muy liso que se hace girar con la regularidad del reloj en línea horizontal. De todo esto resulta que el lápiz describiría en el papel una línea recta si no fuera por el movimiento rítmico perpendicular causado por el pulso, que hace que aquella ondule, y cuyas ondulaciones representan las expansiones separadas de la arteria. Evidente es, por lo tanto, que siendo invariablemente uniforme el movimiento del papel, las variaciones del pulso quedarán marcadas distintamente por la altura, largura y forma de las ondulaciones; y en su consecuencia poseemos el medio mas exacto y valioso de comparar el pulso en varios individuos y bajo diversas circunstancias. En el estudio del pulso de los enfermos ya se han obtenido resultados muy interesantes, comprobándose que el instrumento ha descubierto fenómenos de casi imposible percepción con el uso de los dedos. El “Esfinógrama” de las personas que padecen ciertos achaques del corazón, por ejemplo, descubre una serie de ondulaciones, cuya línea ascendente es mas larga y desigual y muy poco oblicua, al paso que la descendente es muy brusca y casi perpendicular.

—DORMIR SEGUN LA BRÚJULA.—Los que deseen vivir muchos años tienen en su mano el medio, basta que se acuesten á dormir con la cabeza mirando para el polo norte y los piés para el centro antártico. La variación de solo medio punto de la línea recta indicada por la aguja magnética, puede acortar la vida Dios sabe cuantos años. Hablamos en esta materia con plena autoridad. Un doctor, Julio Von dem Fischeviller ha hecho el experimento de dormir con las extremidades de su cuerpo apuntando á los opuestos polos y ha encontrado que la cosa corresponde á las mil maravillas. Murió el otro dia en Magdeburgo, Alemania, á la madura edad de 109 años, legando á la humanidad el secreto (¿qué importante si es cierto!) del medio por el cual alargó el hilo de su vida á una extensión tan extraordinaria. Desde su juventud, se acostumbró á acostarse con la cabeza para el norte, y de este modo, el hierro de su sistema (porque es bueno que se sepa que en el cuerpo de todo hombre hay hierro para hacer un juego de cuchillos y tenedores), quedó sometido á la influencia benéfica de la corriente magnética que fluye por la superficie del globo en la dirección de dicho polo, contribuyendo á dar energía á sus fuerzas vitales y á mantenerle boyante y jugoso hasta la hora de su muerte. Si este vejete hubiera dormido con los talones para Islandia y la cabeza para la Tierra del Fuego, es fuera de toda duda que no habria muerto centenario. No vemos pues la razón por qué no habia de formarse una escala graduada de la existencia humana, fundada en la teoría del Dr. Fischeviller. Si una persona que duerme en línea paralela con la aguja magnética muere á los 109 años de edad,



TUMBA DE COLON.



CASA DE COLON EN SANTO DOMINGO.

una que duerma con la cabeza inclinada al nordeste debe morir á los 70, y la que duerma de este á oeste gracias que alcance á vivir hasta los 50. La vida del hombre, pues, se acortará ó alargará á proporcion que durante el sueño su cabeza se aparte ó acerque al punto norte; esta al ménos creemos que es la consecuencia lógica de la teoria del doctor aleman. Como deseamos conservar por largos años la vida de los suscritores de LA ILUSTRACION AMERICANA DE FRANK LESLIE, les recomendamos hagan el experimento.

El Perro y el Gorilla.

Un marinero náufrago que habia podido salvarse en una isla de la costa de Africa, cuenta la siguiente aventura de su vida de Robinson Crusoe.

Andando con mas celeridad de lo que acostumbra desde mi residencia en la isla, gracias á unos zapatos que habia encontrado en una caja de marinero, no pasó mucho tiempo sin que detuviera mis pasos la boca de una cueva. Mi perro no dejaba de saltar en torno, con toda la delicia que solia cuando nos metiamos en veredas que antes no habiamos visitado. De cuando en cuando, sin embargo, salia á escape, desaparecia en las vueltas del monte y volvia tras larga ausencia y me miraba á la cara con aire de entera satisfaccion, cuya significancia al principio ni me pasó por la mente. El misterio con todo eso quedó revelado en el momento que le examiné la boca. La tenia manchada de sangre. Sin duda que habia tro-

pezado con algun animal. Al punto me ocurrió la idea de doctrinar mi perro en la caza tanto para mi provecho como para él mismo; y ya se verá cómo llevé á efecto este propósito.

Habiamos llegado á la cueva, á tiempo que Tigre se detuvo, extendió una mano, resopló y luego dió un ahullido bajo y prolongado. Era claro que el instinto le habia dicho claramente que un enemigo acababa de pasar por allí. No es necesario que diga que apreté la escopeta entre las manos y que tendí la vista en torno con ansiedad; pero no alcanzando á descubrir nada, continué andando.

No habia andado veinte pasos cuando el Tigre dió otro ladrido bajo, pero furioso, y sin hacer caso de mis reclamos, partió á la carrera. Siguiéndole lo mas aprisa que podia, mis ojos descubrieron el espectáculo mas terrífico y espantable que puede imaginarse.

Un hombre corpulento y cerdoso, como al pronto me pareció, pero en realidad un tremendo mono, estaba muy ocupado en destruir la cabaña que me habia costado tanto trabajo construir. Con la ridicula actividad de un animal de esa especie, arrancaba varales, estacas y paja del techo, examinaba uno por uno estos diferentes objetos, y luego los arrojaba con desden.

De repente se volvió: habia oido el perro. Difícil es concebir monstruo mas horroroso. Habia leído en los libros que los monos eran grandes, fuertes, feos; pero no tenia idea de la realidad hasta que vi el que se me presentaba allí. Su cara, aunque entiendo que tenia algo de humano, era peluda, toda torcida, espanto-

sa. Tendió los brazos largos y flacos, y se precipitó sobre el perro.

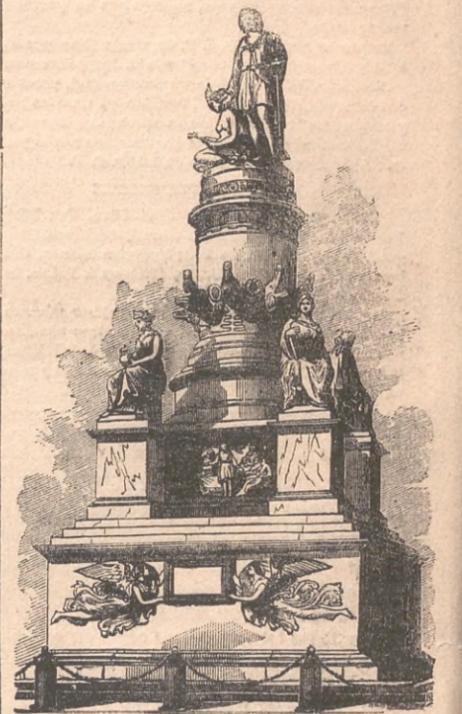
Disparé. Desde la creacion del mundo, estoy seguro que no se habia oido en aquellos parajes el estampido de un fusil. El efecto fué admirable. Las vecinas rocas repitieron el eco hasta el infinito; pájaros de todos colores y tamaños salieron despavoridos de los escondites del monte; extraños crugidos se oyeron entre los árboles, y la isla entera pareció conmovida hasta en sus fundamentos.

Pero el feroz animal, que estaba seguro habia herido, se quedó parado, silencioso, azorado, como si se hubiese transfigurado en estatua. Luego se llevó ambas manos al pecho, cual si buscase la herida tan misteriosamente hecha, despues dió un ahullido, tal que el perro retrocedió algunos pasos aterrorizado.

Pero no duró su miedo sino un instante, y con el valor de su raza nativa, cayó de nuevo sobre el mono, mientras yo volvia á cargar la escopeta y se armó entre los dos animales una lucha terrible. El herido, que como despues noté, era jóven y no un mono en su completo desarrollo, peleaba con las manos y con las uñas daba fieros arañazos en la garganta del perro. Hallándose entonces muy cerca de mí, apunté bien y disparé con mucho mejor resultado, pues con otro chillido, que aunque ronco, no dejaba de ser humano, se desprendió de las garras de Tigre, trepó con mucho trabajo un árbol inmediato y desapareció en el frondoso ramaje.

—CABALLO MECÁNICO.—El progreso de la industria americana no conoce límites. Mr. J. T. Aspic, de Cincinnati, acaba de inventar un caballo mecánico que es una maravilla, y que está destinado á destronar los caballos comunes de carne y hueso. Dicho caballo es del tamaño natural y se mueve por diferentes resortes que le hacen tomar á voluntad el paso, el trote, la marcha y el galope. Basta para ello que el ginete toque una clavija. El caballo hace corbetas, mueve los ojos, aguja las orejas, y relincha. Un resorte particular le permite nadar y hender las olas dulces ó saladas. No está aun al alcance de todas las fortunas la invencion de Mr. Aspic, pues su caballo modelo no le ha costado ménos de 3,700 pesos, sin con-

tar el precio de su trabajo y viglias; pero espera que con el tiempo el costo se podrá reducir á la mitad. Esta invencion tan eminentemente útil figurará en la Exposicion Universal



MONUMENTO Á CRISTOVAL COLON.

de Paris. La gran ventaja del caballo de Mr. Aspic es que no necesita heno, avena, pesebre, ni caballerico; y que una vez adquirido puede transmitirse de familia en familia por muchas generaciones.

— Quereis saber el objeto de la vida? Abrid el Charivari, y estudiad las teorías que siguen: Innegable es que nacemos sin haberlo pretendido.

Partiendo de este punto, nada debemos á la sociedad, bien al contrario.

Una vez en el mundo, debemos ocuparnos del modo mas fácil posible de todo lo que nos sea útil y agradable, sin que nos sujete la cáfila de consideraciones mezquinas, todas de convencion, á que se ha dado el nombre de:

- Ciencia,
- Honradez,
- Respeto por el bien de los otros, etc., etc.

Todo lo que la tierra produce pertenece al hombre que sabe cogerlo.

Nada se adquiere sin trabajo; el gran punto estriba en saber procurarse lo que se desea haciendo trabajar á los demas.

El objeto de la vida es ser útil á sus semejantes. Así pues, no hay persona mas semejante á uno que uno mismo, luego el objeto de la vida es ser útil á sí mismo.

En principio, el hombre debe marchar derecho á su objeto, que es la fortuna, evitando el enredarse las piernas con el monton de obstáculos que el genio del mal ha sembrado en el camino, de los cuales los mas peligrosos son:— la rectitud, la arrogancia, el corazon y el valor. No debe jamás perder de vista su objeto.

Para alcanzarlo mas pronto, debe marchar sobre sus compañeros mas débiles y deslizarse por entre los mas fuertes.

Alcanzada la fortuna, fuerza es que pretenda los honores; porque el objeto de la vida se cifra en estas palabras:

Cincuenta mil libras de renta, una cinta roja en el ojal de la casaca y la banda tricolor municipal de Cretiny-sous-Bois.



EL FERRO VIEJO Y EL JOVEN GORILLA.

Esa niña se viste y prende á maravilla. Ya sé que ha perdido tres horas contemplándose al espejo; y echando cuentas entre mí, conozco que no debo casarme con ella.

PUBLICACIONES
DE
FRANK LESLIE.

SEMANALES.

"Frank Leslie. Ilustracion Americana."
"Frank Leslie's Illustrated Newspaper."
"Frank Leslie's Chimney Corner."
"Frank Leslie's Illustrirte Zeitung." (Aleman.)

MENSUALES.

"Frank Leslie's Budget of Fun."
"Frank Leslie's Ladies' Magazine."
"Frank Leslie's Pleasant Hours."
"Frank Leslie's Children's Friend."

FRANK LESLIE.

Ilustracion Americana.

Galle de Pearl No. 537.

NUEVA YORK, 7 DE NOVIEMBRE DE 1866.

ADVERTENCIA.

La administracion de FRANK LESLIE. ILUSTRACION AMERICANA no autoriza ni reconoce como agente, ninguna persona que tome suscripciones por menos del precio anunciado en este periódico.

A NUESTROS CORRESPONSALES.

Con una nota anónima de Guayaquil hemos recibido la biografía y el retrato de D. Gabriel García Moreno, ambos se publicarán muy en breve; pero suplicamos á todos los que tengan la bondad de escribirnos se sirvan firmar sus comunicaciones, seguros que se guardará el mayor sigilo.

Damos las gracias á D. J. Z. de Costa Rica por el retrato y biografía del ex-presidente D. Jesus Jimenez. El retrato del general Jorge Southerland, presidente constitucional de Zulia, está tambien en nuestro poder, y ocupará un lugar en nuestras columnas tan pronto como la cantidad de materiales que tenemos nos lo permita. Agradecemos esta atencion del Sr. C. F.

M. Tarracena, Amatitlan; José Silva, San Miguel; Herrera, Cojutepeque; B. C. Cotrell, Puntarena (Nicaragua); F. Reyes Ortiz, La Paz; Federico Blanco, Cochabamba; M. J. Molina, Sucre, Cazneau & Taben, Santo Domingo

A quien escribimos remitiendo el primer número de la suscripcion por si deseaban ser nuestros agentes, no nos han contestado. Deseariamos saber definitivamente si han recibido los periódicos que remitimos y si aceptan la agencia.

"EL TELEGRAFO."

SUPLEMENTO GRATUITO A LA

"ILUSTRACION AMERICANA."

Con este título comenzamos hoy á publicar un papel de cuatro páginas, Suplemento gratuito á la ILUSTRACION, que contendrá las últimas noticias tanto políticas como de otra clase del país y del extranjero, y las competentes revistas marítima, comercial y del mercado.

1º. Publicará "EL TELEGRAFO" además de las noticias, revistas detalladas del mercado monetario de Nueva York y Londres, el movimiento marítimo de los puertos de los Estados Unidos y de la América española, así como tambien los precios corrientes de las principales producciones de esos países en su comercio con el mundo y las exportaciones de esta plaza.

2º. El TELEGRAFO tratará de no mezclarse en polémicas políticas ó religiosas pero sí cuidará de tener al corriente á sus lectores de todo lo que ocurra, extractando para ello sus noticias de los periódicos que merezcan mas fé.

3º. El TELEGRAFO como órgano imparcial de los intereses Hispano-Americanos se esforzará en hacer conocer los recursos de esos Estados, y para ello publicará todos los documentos públicos, mensajes de presidentes, discursos de los gobernantes, memorias de ministros, estados de aduanas, noticias estadísticas y bibliográficas, y de empresas de utilidad general. Como no podrá llenar debidamente esta parte de su misión sin la ayuda de los amantes del progreso de las instituciones y países hispano-americanos, los editores de EL TELEGRAFO recibirán con gratitud todo papel, documento ó apunte que se les envíe con ese digno y civilizador objeto.

TENEMOS el gusto de publicar hoy el principio de una novela escrita por un peruano, y cuyo asunto versa sobre las costumbres modernas del Perú. Así mostramos nosotros el aprecio que nos merece todo lo que es americano y que tiende á realizar el talento, las virtudes ó el progreso de los hijos de América.

La novela en cuestion no encierra una trama complicada y difícil, no hay en ella grandes peripecias, todo se funda en la pasión del amor que es de ocurrencia diaria y universal; pero está referida con claridad, sencillez y sentimiento, de modo que el interes se mantiene vivo desde el principio hasta el fin. A estas prendas, reúne el autor un estilo suave y ameno, y un lenguaje elegante y correcto, que hacen su obra digna de la lectura de toda persona culta.

No podemos ménos de extrañar, sin embar-

go, que los peruanos, que se distinguieron tanto en la época del coloniaje por su amor al estudio de las ciencias, solo sobresalgan hoy en la literatura amena; cuando los chilenos que no aspiraron á tanto en la primera época, sean ahora los historiadores, los estadistas y los ideólogos de la América latina.

DEBEMOS anunciar ahora á nuestros favorecedores que desde este número en adelante LA ILUSTRACION AMERICANA de Frank Leslie, saldrá con regularidad el miércoles de cada semana. Por las noticias que hemos recibido de todos los puntos de la América española á donde ha penetrado nuestro papel, ó ha resonado su nombre, estamos convencidos que la empresa ha encontrado general aprobacion. Esto nos anima á continuarla y desde luego harémos cuanto esté en nuestras facultades para darle una celebridad merecida.

Es nuestro propósito hacer de LA ILUSTRACION AMERICANA un papel de variada, amena é instructiva lectura, donde encuentren pasto agradable todas las inteligencias, y sobre todo eminentemente americano por sus tendencias, por sus grabados de los monumentos, empresas y sucesos de carácter general, por sus retratos, por sus figurines de modas, y por la reproducción de todas las invenciones, reformas y objetos de arte y de industria que convenga popularizar, contribuyendo de este modo con nuestro humilde óvulo, á la ilustracion de los pueblos que ocupan el continente occidental.

Monumentos erigidos á la Memoria de Cristóbal Colon.

NUESTRO número tercero de LA ILUSTRACION AMERICANA sale hoy adornado de tres láminas que todas se refieren á la memoria del ilustre navegante, descubridor de un mundo. En primer lugar damos cabida á una pintura bastante exacta de la casa que habitó en Santo Domingo; en segundo lugar va una copia del monumento que últimamente se le ha erigido en Génova, su patria. Su estatua colossal corona toda la obra, con una india arrodillada á sus piés. Se le representa erguido sobre una columna rostrada, cuyo pedestal rodean cuatro figuras emblemáticas de tamaño natural, y entre los pilares de estas se ven esculpidos bajos relieves, uno de los cuales recuerda la escena en que Colon explicó sus planes al concilio de obispos.

Tambien acompañamos grabado del monumento erigido al gran navegante, en la catedral de la Habana. De ese damos una poética descripción escrita por la hábil pluma del literato don José Antonio Echeverría, hoy en España, en comision especial.

Pero no son estos los únicos monumentos consagrados á la memoria de Colon, de que tenemos noticia. Bien conocida es su estatua levantada en el lado derecho de la escalinata oriental del suntuoso capitolio de Washington. Allí se le representa en la actitud de presentar un mundo á la Europa con la mano derecha, mientras que con la izquierda indica una hermosa india arrodillada á sus piés. Si exceptuamos la posición del héroe y la falta del mundo, el mismo pensamiento presidió á la obra de Washington y de Génova. Acusa mas poesía y talento el grupo con el que se ha querido representar la misma idea en 1860 en Lima, capital del Perú. Colon, aquí, se ve en el acto de alzar el velo que cubría á la América, personificada en una joven india que se halla á su lado acurrucada y temerosa á la manera de los habitantes primitivos del país.

Fuera de la lápida que cubre las cenizas de Colon en la catedral de la Habana, existe en el patio del Templete de la misma ciudad, un bello busto del ilustre genovés, en mármol de Paros, que perteneció al señor obispo Espada, y mientras vivió adornaba su poético jardín en el costado occidental del Campo de Marte.

Por último, hasta la modesta ciudad de Cárdenas, en la isla de Cuba, ha querido consagrar un recuerdo al ilustre descubridor del Nuevo-Mundo. Dicho sea de paso, que esta es la obra de su especie mas costosa, que hasta ahora se ha emprendido en los dominios españoles. Se llevó á cabo en 1862, mediante una suscripcion privada y voluntaria que promovió el joven cardenense, ya difunto, don Joaquín M. Casanova. La estatua de Colon en mármol blanco, se alza en un pedestal sencillo de granito azul, que se llevó de los Estados Unidos.

El Vapor Meteoro.

En la última página de LA ILUSTRACION, verán nuestros lectores una copia bastante exacta del hermoso vapor que ha dado tanto que decir en América y Europa, aun ántes de haber principiado su carrera de males ó de bienes.

Pero, bajo cualesquiera circunstancias, este buque es digno de la atencion de los que se interesan en el progreso de la arquitectura naval. A su construccion contribuyó una sociedad de hombres ricos y patrióticos de esta ciudad y de Boston, con el designado objeto de dar caza y destruir al corsario *Alabama*, armado en Inglaterra contra el comercio de los Es-

tados Unidos. Pero por una parte la destruccion de ese vapor en combate con el *Kearsage*, por otra la terminacion de la guerra entre el Norte y el Sur, dejaron el *Meteoro* en manos de sus fabricantes, quienes le destinaron al servicio del cabotage, para el cual es tan adaptable como para el de la guerra.

Construyóse en Portsmouth, Estado de Nuevo Hampshire, con encina blanca, reforzada diagonalmente con abrazaderas de hierro, y hecho á todo costo, en la forma de cliper. Mide de eslora 264 piés, de manga 34 y 6 pulgadas, de puntal 24, con 1,465 toneladas de arqueo, segun la medida moderna; pues se calcula que puede cargar mercancías hasta el peso de 1,500 toneladas, fuera del carbon necesario para diez dias de constante navegacion al vapor.

Sus máquinas fueron construidas en el Clyde, y se consideran tan perfectas como es posible hacerlas; su potencia es grande, midiendo los cilindros 62 1-2 pulgadas de diámetro, con pistones de 3 piés de golpe, provistas de cuatro calderas tubulares que tienen de 7 á 8,000 piés de superficie de calor. El hélice cuenta 13 piés de diámetro y 23 de eje.

Habrà cosa de un año el *Meteoro* se despachó en Nueva York para Panamá y un puerto; pero á queja del ministro español, fué embargado por suponerse que iba á hacer el corso chileno. Despues de seis meses de detencion y enjuiciamiento le decomizó el gobierno federal por haber quebrantado la ley de neutralidad; pero habiendo prestado fianza sus propietarios, se le levantó el entredicho, y se hizo á la mar, ahora con destino á Boston, donde sufrió nueva detencion, aun cuando estaba despachado para la India Oriental. Sin embargo, soldado de nuevo, al fin salió al mar, á principios del próximo pasado setiembre, segun dicen malas lenguas, para abanderarse corsario chileno en el Pacifico. Sea de esto lo que se fuere, no puede revocarse á duda que el *Meteoro* es un barco potente y muy peligroso en un conflicto.

"Historia ilustrada de los Estados Unidos de América, desde los tiempos mas remotos hasta el presente, etc." Por G. P. QUACKENBOS, maestro en artes, etc., traducida al castellano por A. de Tornos, profesor en el Instituto político de Brooklyn, Nueva York. D. Appleton y Ca., librerías, Broadway, 443 y 445. 1866.

Para un país tan nuevo como los Estados Unidos, ninguno quizas cuenta con tantos escritores de su propia historia. Mas de diez historias todas buenas, pudieramos citar de autores americanos. Así es que pocas son tan conocidas de propios y extraños. Ni hay hecho de su historia primitiva, antigua, moderna y modernísima, que no conozcan los americanos de ménos pretensiones literarias, y hasta los hombres de otros países que han recibido una mediana educacion. En efecto, pocos extranjeros habrá que no sepan de memoria quiénes descubrieron las costas del Norte América, quiénes y cómo las poblaron, por qué se alzaron contra los ingleses, quiénes fueron los héroes de su independencia, sus legisladores, sus mas célebres estadistas, sus filósofos y escritores, cuáles fueron las causas de la guerra de Méjico, cuáles las de la que estalló entre el Norte y el Sur de los Estados, cinco años hace.

Por eso, no puede negarse que los americanos han hecho popular su historia, adaptándola á la educacion de la juventud. Bajo la forma didáctica conocemos varias, dos traducidas al francés, una al italiano, otra al alemán, y dos diferentes al español. De estas últimas, la mas reciente es la que acaban de publicar los célebres librerías Appleton y Ca., cuyo título encabeza estas líneas. Autoriza esta traduccion el profesor, señor D. A. de Tornos.

Nada nuevo en cuanto á los hechos ni quizas en cuanto al método podemos pedir á esta nueva historia de los Estados Unidos para el uso de las escuelas superiores. Mucho, sin embargo, habria que decir sobre su estilo; pero este se quedó en el original. La traduccion, á parte de algunos anglicismos, es en lo general buena. Pudieramos señalar algunos errores de concepto, uno que otro pensamiento, en nuestra opinion, infielmente vertido al castellano; tenemos, no obstante, por mejor acuerdo decir en absoluto que la obra es digna de ponerse en las manos de la juventud estudiosa.

Es lástima con todo eso que la impresion, aunque bellísima y clara, esté plagada de tantas erratas, y esto es tanto mas de sentirse cuanto que el descuido con que se hacen aquí las impresiones de obras en español, impide que rivalicen con las que se hacen en Francia. La riqueza de mapas y grabados de que viene adornada esta obra, realzan su mérito y la harán generalmente aceptable en los países donde se habla el español.

—Podemos recomendar á las señoras con entera satisfacion las crinolinas elípticas de Duplex mejoradas por Bradley, cuyo anuncio se verá en otro lugar de LA ILUSTRACION. Son las mejores que se construyen en este país.

—Parece inútil que encarezcamos el mérito de las máquinas de coser de Grover y Baker, anunciadas en el último número de nuestro periódico. Sin embargo, por propia experiencia conocemos que estas máquinas son las mas perfectas de cuantas se conocen hasta el día.

SUSCRICION.

Sébase que á ménos que el suscriptor á LA ILUSTRACION AMERICANA tenga un recibo de esta oficina, el editor no puede responder de las suscripciones. Se proveerá á los agentes, por contrato especial, de los tales recibos, de modo que no puedan contrahacerse. Se hace necesaria esta precaucion tanto para el suscriptor como para el editor, pues que no faltan impostores que bajo la capa de agentes obtienen suscripciones y se guardan el dinero.

Por supuesto, el suscriptor que está seguro del carácter y responsabilidad del agente á quien dá su dinero, puede aceptar su recibo como bueno y bastante. De la tal transaccion, si no corresponde, sin embargo, esta oficina no puede salir garante.

LA MUJER INGLESA. — Las ideas que se tienen sobre la sumision de la mujer inglesa son en general falsas. Nada ménos que en estos dias circula una cuartilla de papel impreso en que se leen los "Mandamientos de la mujer."

- 1º. Tú no amarás á otra mujer que á mí.
- 2º. Tú no llevarás á tu casa la imagen tallada de criada bonita para prosternarte ante ella o servirla.
- 3º. Tú no tomarás el nombre de tu mujer en vano.
- 4º. Ocupate en sostener tu mujer de una manera respetable.
- 5º. Honra á tu suegro y á tu suegra y seles sumiso.
- 6º. Tú no refunfuñarás jamas.
- 7º. Tú encontrarás siempre excelente la comida.
- 8º. Tú no mascarás tabaco.
- 9º. Tú darás á tu mujer todos los aderezos que ella te pida.
- 10º. Tú no frecuentarás el café; ni codiciarás el rom del publicano, ni su brandy, ni su aguardiente, ni su vino, ni nada de lo que se vende en las casas públicas.
- 11º. Tú no pasarás la vida en un salon de billar.
- 12º. Tú entrarás en tu casa á las nueve de la noche cuando mas tarde.

—Despertó el capitán de un vapor á uno de sus pasajeros y le reconvenia porque se habia acostado en el camarote con las botas puestas. Pierda V. cuidado por mis botas, capitán, replicó el pasajero con calma, no le harán daño las chinches, es un par viejo.

—La última mensura oficial de los grandes lagos nos proporciona los siguientes datos: El lago Superior tiene en su mayor largura 355 millas, por 160 de ancho, profundidad média 988 piés, altura sobre el nivel del mar 627, y un área de 32,000 millas cuadradas, casi el tamaño de la isla de Cuba. El lago Michigan, en su mayor extension, mide 360 millas por 108 de ancho, profundidad média 900 piés, elevacion sobre el nivel del mar, 587, superficie 20,000 millas cuadradas. El lago Huron mide 200 millas de largo por 160 de ancho, 300 piés de profundidad média, 574 de elevacion sobre el nivel del mar, y 20,000 millas cuadradas de superficie. El lago Erie, 250 millas en su mayor largo, 80 en su mayor ancho, 200 piés de profundidad média, 555 de elevacion y 6,000 millas cuadradas de superficie. El lago Ontario, 180 millas de largo por 65 de ancho, 500 piés de profundidad média, 262 de elevacion, y 6,000 millas cuadradas de superficie. Total largura de los cinco lagos, 1,345 millas; total de millas cuadradas de superficie, 84,000.

Mujer que reúne la virtud y la bondad á la belleza, es una criatura casi divina. Pero la belleza sin la virtud es una desgracia, y sin la bondad un frívolo adorno.

La mujer que lleva su hermosura como un don que ha recibido con modestia, es encantadora; si la lleva como una desgracia, es un ángel del cielo.

Que una joven se esmere en adornarse, se comprende bien; es una vanidad, pero, en fin, la primavera se corona de flores. Pero el verano debe brindarnos frutos sazonados y agrada la austeridad del invierno.

A todas las mujeres les pido virtud; pero á las que tienen mas de treinta años, además de virtud, juicio.

No comprendo mujer altiva con pretensiones. La triste se engalana; sus adornos dicen á todos con mudas voces: "Admiradme ó amadme." Pide, pues, algo la pobre mujer. ¿Y si no le dan ni amor ni admiracion? ¿Qué desairado papel representa entonces la mujer altiva!

Tal como es, preséntese cada uno. Así no caerá nunca en ridiculo. El que aparenta ser lo que no es ó pretende lo que no puede, ese es ridiculo.

La sencillez es el mas bello de los adornos, como el candor la mas hechicera de las virtudes.

La coqueta prostituye sus miradas, sus sonrisas, solicita, alhaga, desespera y mata.

Mujer que se desfigura con adornos, miente al mundo. Nadie generalmente gusta de ella, y es gran lástima que se martirice por parecer mal á todos.



LECCIONES ORALES DEL ABUELO.
LA COSTRA DE LA TIERRA.

Vosotros estais tan acostumbrados, hijos míos, á oír llamar Nuevo Mundo á este continente sobre el cual vivimos, que os parecerá una paradoja oír decir, que la América fué la primera tierra que salió de las aguas y se secó, y que nuestras playas fueron las primeras que pusieron valla al océano, cuando casi todo el globo estaba sumergido. En efecto, cuando la Europa estaba representada solo por islas, aquí y allá; la América ostentaba una línea de tierra continuada desde Nueva Escocia hasta el Oeste en su mayor distancia.

Hubo un tiempo, en que toda la tierra era una masa ígnea. Entonces, ningún océano la ceñía, ninguna atmósfera la rodeaba: no había viento, no había lluvia, y solo un intensísimo calor tenía todas las materias en solución. En esos días, las rocas, que son ahora los huesos y los nervios de nuestra madre la tierra, los granitos, los pórfiros, estaban líquidos en aquella masa ígnea.

Si vosotros me preguntais, mis queridos hijos, por qué me detengo en gravar bien esta asercion; yo os responderé, porque las mismas fuerzas trabajan aun. La tierra está todavía en un líquido que hierve á sesenta millas bajo su superficie. Si, esa es una idea terrible, pero cierta, y nosotros somos como aquellos animalillos que caminan sobre la superficie fría de una taza que contiene agua hirviendo. Los terremotos, los volcanes son el resultado de la condicion central del globo. Puede considerarse que la superficie sólida de la tierra es proporcionalmente como una pulgada de espesor en un globo de diez pies de diámetro. La evidencia de este hecho se comprueba por los pozos artesanos, por las minas, las primaveras calurosas y otros accidentes corroborativos. Todo viene á probarnos la condicion ardiente de la tierra á un cierto grado de profundidad bajo la costra superficial. Mas las grandes pruebas son las rocas. Tomen Vdes. un pedazo de granito en sus manos, y Vdes. podrán observar que, en algun tiempo, ese granito fué una masa fluida que luego se ha endurecido.

Tan frecuentes, tan constantes fueron las erupciones, y tan ligera al propio tiempo la resistencia, que algunas porciones de las primeras rocas depositadas estan perforadas por numerosos agujeros, estrechos túneles, taladrados por la masa líquida que se abria paso.

Antes he dicho que hubo una época en que no había atmósfera que rodease la tierra; mas, uno de los primeros resultados del enfriamiento de la costra, debió haber sido la formacion de una atmósfera con todos los fenómenos relacionados ó que le son relativos, á saber:—la formacion de vapores, su condensacion en nubes, la caída de la lluvia, y la acumulacion de aguas sobre la superficie terráquea. El agua es un agente muy activo de destruccion; pero ella trabaja sobre los materiales que derriba ó gasta y los presenta en otra forma. Tan pronto como un océano rodeó la tierra que empezaba á consolidarse, comenzó tambien á lamer la superficie y á arrebatarle gradualmente materiales, como arena, limo, guijarros, etc., para depositarlos en su seno, á manera de capas sucesivas. Así, analizando la costra del globo que habitamos, se hallan á veces dos suertes de rocas, trabajo respectivo del fuego y del agua; las primeras arrojadas de los hornos interiores y enfriadas, como vemos que se enfria el metal, en masas cristalinas sin ninguna division en láminas separadas; las segundas, en capas sucesivas, unas arriba de otras; los materiales mas pesados, debajo: los mas ligeros, arriba; ó algunas veces tambien confundidos, porque causas especiales han determinado esa confusion en los depósitos de materias cuyo peso es específicamente diferente. Nosotros vemos esas grandes calderas de piedra hirviendo, los volcanes, que arrojan en sus erupciones masas de rocas líquidas, las cuales expuestas al aire frío, se endurecen despues y forman el granito.

En otra ocasion yo os diré algo mas sobre este procedimiento de la naturaleza; ahora, idos á sentar á la ribera del rio bajo la sombra de los coposos árboles.

—¿Al que no hace nada le pegan en la escuela? Le preguntó una niña á su madre.
—Por decontado que no, contestó esta.
—Pues yo no hice las cuentas hoy y me pegó la maestra.

Una Carrera Fatal.

ACABA de ocurrir una catástrofe en las carreras de caballos. Nos contraemos á la que se celebró en Chicago el sábado penúltimo del mes de setiembre. Se corrían en *tilbury* los célebres caballos *General Butler* y *Cooley*. La concurrencia era inmensa y las apuestas cuantiosísimas. En las dos primeras carreras, *Butler* había seguido la suerte de su homónimo, por lo cual M. McKeever, su dueño, descontento de lo que *Cooley*, le hizo apaar y ocupó su puesto, y ganó las dos carreras siguientes. Signióse con este motivo un tumulto espan-

toso que estuvo á pique de terminar en batalla campal. Los que ahora perdian echaban la culpa á los que ganaban, acusándolos de emplear medios ilícitos, maniobras infames, y toda especie de maldades, colocándose naturalmente unos y otros en dos bandos hostiles y amenazantes. Entretanto vino la noche; apenas se veían los caballos en el estadio, y se trató de aplazar la corrida; pero despues de mucho disputar, se decidió que la apuesta se llevase adelante. En consecuencia los jueces dieron la señal de partir. En el arranque *Butler* le sacó ventaja á su rival, y á poco ambos caballos desaparecieron en la oscuridad. Puede imaginarse la ansiedad general siendo así que no se podía seguir á las corredores con la vista. Al fin un grito penetrante y simultáneo resonó en medio de la compacta multitud, y luego al punto se presentó *Cooley* seguido de cerca por *Butler*... pero este sía ginete. La gente se precipitó á la arena, deseosa de saber lo que había pasado: nadie sabia nada.

Butler no se detuvo, sino que continuó corriendo una y otra vez, hasta que á la tercera vuelta le echaron al pasar una manta encima, y paró y entró en la caballeriza. Entonces se restableció un tanto la calma, anunciándose por los jueces que M. McKeever había caido muerto en el estadio. Esta nueva inesperada no hizo sino aumentar el tumulto y la agitacion; pues que esta ya tenía por causa tanto el resultado imprevisto de la lucha entre los dos caballos favoritos, como la muerte de uno de los ginetes.

Con todo, interrogado Riley, el jockey de *Cooley*, dijo que McKeever le había ganado la delantera, á tiempo que una de las ruedas de su *tilbury* dió un zapatazo; que McKeever iba á la sazón inclinado sobre ella, y que despues no volvió á verle. Riley fué preso, no obstante su declaracion; pero examinado con cuidado el lugar de la ocurrencia, se probó á no quedar duda que McKeever había sido la víctima de una zancadilla criminal. Cerca de allí se encontró una tabla, uno de cuyos extremos estaba manchado de sangre, y se reconoció que había sido puesta á traves del cercado, de modo que estorbaba el paso del ginete de *Butler*, el cual llevaba la línea interior y rozaba la cuerda. Evidente era pues que había chocado contra ese estorbo, sacado del asiento y hecho pedazos por la rapidez de la carrera.

Durante la noche se aprendieron dos individuos en Chicago, tras mucha atroz, por sospechas de ser los autores de este acto criminal. Despues de un suceso semejante no hay que extrañar la agitacion febril que reina entre la gente del *spor*. Se acusa, con visos de justicia, á los interesados en el triunfo de *Cooley*, de no haber parado ni ante el crimen, á fin de salir airpos en la contienda, y se teme que un estado tal de los ánimos traiga todavía resultados desagradables.

UN ENCANTADOR DE SERPIENTES.—El mártes 11 de setiembre, el célebre encantador de serpientes Costello daba una representación en el teatro Americano de Buffalo, Estado de N. York, donde hizo muestra del extraño poder que tiene sobre las serpientes mas peligrosas. Véasele manosear sin precaucion y con la mas completa impunidad serpientes de cascabel de enorme tamaño, las cuales se enroscaba en el pescuezo y en los brazos, ejerciendo sobre ellas evidentemente una marcada influencia, absoluta. El mártes en cuestion, había concluido la representación, y Costello bajaba la escalera que conducia del escenario á las jaulas con muchas serpientes enroscadas en torno de su cuerpo, cuando de improviso dió un grito penetrante: era que acababa de morderle en el hombro derecho una culebra de cascabel. Al punto se le inflamó extraordinariamente la herida y empezó á echar espuma por la boca. El médico que se llamó en su auxilio, hizo libre uso de la cuchilla y de raiz cortó las carnes en torno de la mordedura, aplicando los remedios mas activos á fin de detener el progreso del veneno, al parecer con fruto. Pero dos horas despues se presentaron nuevos síntomas. Comenzó á delirar el paciente de una manera extraña; se desordenaron sus ideas; gesticulaba con los brazos á modo de telégrafo, y cantaba trozos de canciones que todas se referian á serpientes. Duraron estos síntomas hasta que agotado de fatiga el enfermo cayó en un estado de somnolencia agitada. A la noche siguiente se presentó el tétano y la muerte parecia inminente, no obstante que segun las últimas noticias, había una mejoría en el estado general.

—El análisis químico de las aguas del mar Muerto, muestra que contienen 26 0/0 de sal, principalmente clórico de soda y clórico de magnesia.

FRANK LESLIE
ILUSTRACION AMERICANA

Saldrá á la luz los miércoles de cada semana, y se remitirá por vapores á Cuba, Méjico, y la Costa del Pacífico.

Las personas en la Costa del Pacifico que deseen la Agencia de este periódico, podrán dirigirse á nuestro AGENTE CENTRAL EN PANAMA, que está autorizado por nosotros, como el medio mas pronto para remitir los periódicos y nombrar los Agentes.

Precios de Suscripcion.

Para los Estados Unidos, por un año adelantado. \$12 (m. c.)
Fuera de los Estados Unidos, por un año adelantado. \$12 (oro).

SE HALLARA DE VENTA.

Por mayor, en esta Oficina, calle de Pearl 537.
En el American News Co., 119 y 121, Nassau.
Por menor.—En los puestos de periódicos de A. Brentano, 708 Broadway, N. Y.
G. J. Tyzon, Hotel de la Quinta Avenida, Nueva York.
Y ademas en los principales almacenes de periódicos y librerías de los Estados Unidos de América.

LISTA DE LOS AGENTES DE ESTE PERIODICO.

AGENTE CENTRAL
PARA TODA LA COSTA DEL PACÍFICO,
E. U. de Colombia.—Henrique Lewis, Panama.

ISLA DE CUBA.	
FRANCISCO JUSTINIANI,	Habana.
MEJICO.	
JUAN ABADANO.	Méjico.
B. C. BARKSDALE	"
EDUARDO HERRERA,	Vera Cruz.
SAN SALVADOR.	
J. M. DORANTES,	San Salvador.
J. M. VIVES,	Santa Ana.
NICARAGUA.	
P. G. ALVARADO,	Leon.
F. GUZMAN,	Granada.
HONDURAS.]	
C. R. FOLLIN,	Omoa.
UGARTE HERMANOS,	Teguicigalpa.
GUATEMALA.	
EMILIO GOUBAUD,	Guatemala.
COSTA RICA.	
JOSE ZELAYA,	San José.
ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA.	
HENRIQUE LEWIS,	Panamá.
F. RAMIREZ CASTRO,	Bogotá.
BLAS AROSEMENA,	Colon.
JOAQUIN VELEZ,	Cartagena.
VENEZUELA.	
J. F. GALINDO,	Caracas.
INOCENCIO HERNANDEZ,	Maracaibo.
J. A. SEGRESTA,	Puerto Cabello.
ANDRES MONTES,	Ciudad Bolívar.
ECUADOR.	
J. F. REEVE,	Guayaquil.
BOLIVIA.	
HENRIQUE HARRISON,	Oruro.
SEVERO SORURO,	Cochabamba.
PERU.	
J. COLEVILLE,	Callao.
M. CHRISANTO,	Lambayeque.
SANT. T. MONTJOY,	"
FED. BASADRE,	Tacna.
R. C. COLOMBUS,	Paita.
CHILE.	
ROBERT STRUTHERS,	Valparaíso.
BRAZIL.	
R. CAIMARI	Rio Janeiro.

E. STEIGER,
Agente de Periodicos Americanos y Europeos,
Importador y Librero, Publicador e Impresor,
17 & 19 North William Street,
NUEVA YORK.

Surtido de Libros Alemanes de todas clases.
Publicaciones baratas y Libros de Escuela.

AGENCIA ESPECIAL PARA LA
Coleccion de Autores Españoles.
Publicada por BROCKHAUS en LEIPZIG.
AGENCIA GENERAL DEL
"Weser Zeitung," "Koelnisch Zeitung"
Y otros Periódicos Alemanes.
Catálogos gratis.

COLLECCION DE RELACIONES Y DOCUMENTOS RAROS Y ORIGINALES

RELATIVOS AL
Descubrimiento y a la Conquista de America
SACADOS PRINCIPALMENTE DE LOS ARCHIVOS ESPAÑOLES.

Publicados en su Texto Original
CON TRADUCCIONES, NOTAS ACLARATORIAS, MAPAS Y RESEÑAS BIOGRAFICAS,
POR E. G. SQUIER, M.A. F.S.A.,

Miembro de la Sociedad de Anticuarios de Francia; de la Real Sociedad de Anticuarios de Dinamarca; del Instituto Arqueológico de la Gran Bretaña; de la Sociedad Etnológica Americana, etc., etc.

El No. 1, con traduccion en ingles y un mapa, está ya de venta, impreso á menor, en tipo antiguo y en papel excelente; y contiene:
Carta dirigida al Rey de España por el Dr. Don Diego de Palacios, Oidor de la Real Audiencia de Guatemala, año 1576.

Se ha impreso ahora por la primera vez en su texto original y la acompaña una traduccion inglesa. Contiene la mas antigua relacion de las Ruinas de Copan. Las visitó Palacios quien las encontró despues del Descubrimiento, casi en su condicion actual. Sus observaciones sobre los indios, su idioma, sus usos y costumbres son muy detalladas y exactas.
El número consta de 130 páginas. Precio, mandado por el correo ó por otro conducto \$5.
El No. 2, Monografía de autores que han escrito sobre las lenguas de la América Central y recogido Vocabularios ó Compuesto libros en los dialectos nativos de ese país.

Este número consta de 70 páginas. Precio \$3.
Los que deseen suscribirse pueden acudir á la oficina de LA ILUSTRACION AMERICANA.

537 Pearl Street, Nueva York.

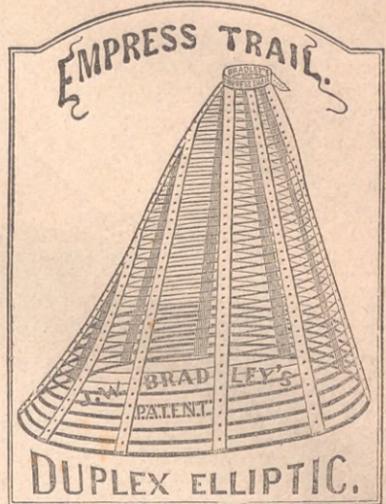
MODAS DE OTOÑO DE 1866.

Las Crinolinas ó Malakoffs de doble resorte y elípticas de DUPLEX, mejoradas por J. W. BRADLEY, son las de última moda. Combinan la comodidad con la durabilidad, la economía con la elegancia de forma, que ha hecho de las crinolinas elípticas de DUPLEX el non plus ultra de la moda.

Se venden por mayor en los almacenes de sus fabricantes y únicos propietarios del privilegio

WEST, BRADLEY & CARY,
91 Chambers y 79 y 81 Reade streets
NUEVA YORK.

Como tambien en los almacenes de los negociantes por mayor.



Ia última Moda.

FLORENCE

MAQUINA DE COSER CON PUNTADA DE NUDO.
LA MEJOR EN EL MUNDO.
EL PRIMER PREMIO

EN LA EXPOSICION DEL
Instituto Americano, 1865,
CON LOS CELEBRES

ABASTECEDORES REVERSIBLES,
AJUSTADORES DE
TENSION AUTOMATA UNIFORME.

PLIEGA Y COSE AL MISMO TIEMPO.
SIN RIVAL EN SU USO.
SENCILLEZ SIN IGUAL.

Para no cansar al público, daremos las últimas líneas de un suelto en el *Home Journal*, periódico de las familias.

Se puede cambiar la puntada con la máquina en movimiento, y alterarse su tamaño con gran facilidad. Otra ventaja es que la tension se ajusta por sí misma, siendo siempre en proporcion del hilo que hay en el carretel. Con igual facilidad se pasa de una tela gruesa á otra fina. En la labor es una verdadera máquina, con todos sus movimientos perfectamente ajustados, y tan sencilla que el mas torpe la comprende sin trabajo. En ambos carretes se usa el mismo hilo.

De todas las máquinas de coser, esta es la mas perfecta. Con ella se puede hacer toda clase de costuras, e-pulgar, ribetear, vivear, plegar, sobrecozer, todo sin ruido. Este es el no mas allá de las invenciones humanas. Cada máquina tiene ademas un *cosedor automático* que es de mucha ventaja para los principiantes. Obtuvo dicha máquina el primer premio en la exposicion del Instituto Americano.

"FLORENCE"
Sewing Machine Co.,
505 BROADWAY, New York.

NO MAS SARPULLIDO.
SE ACABO LA SARNA.
El Unguento de Wheaton
Los cura en 48 horas.

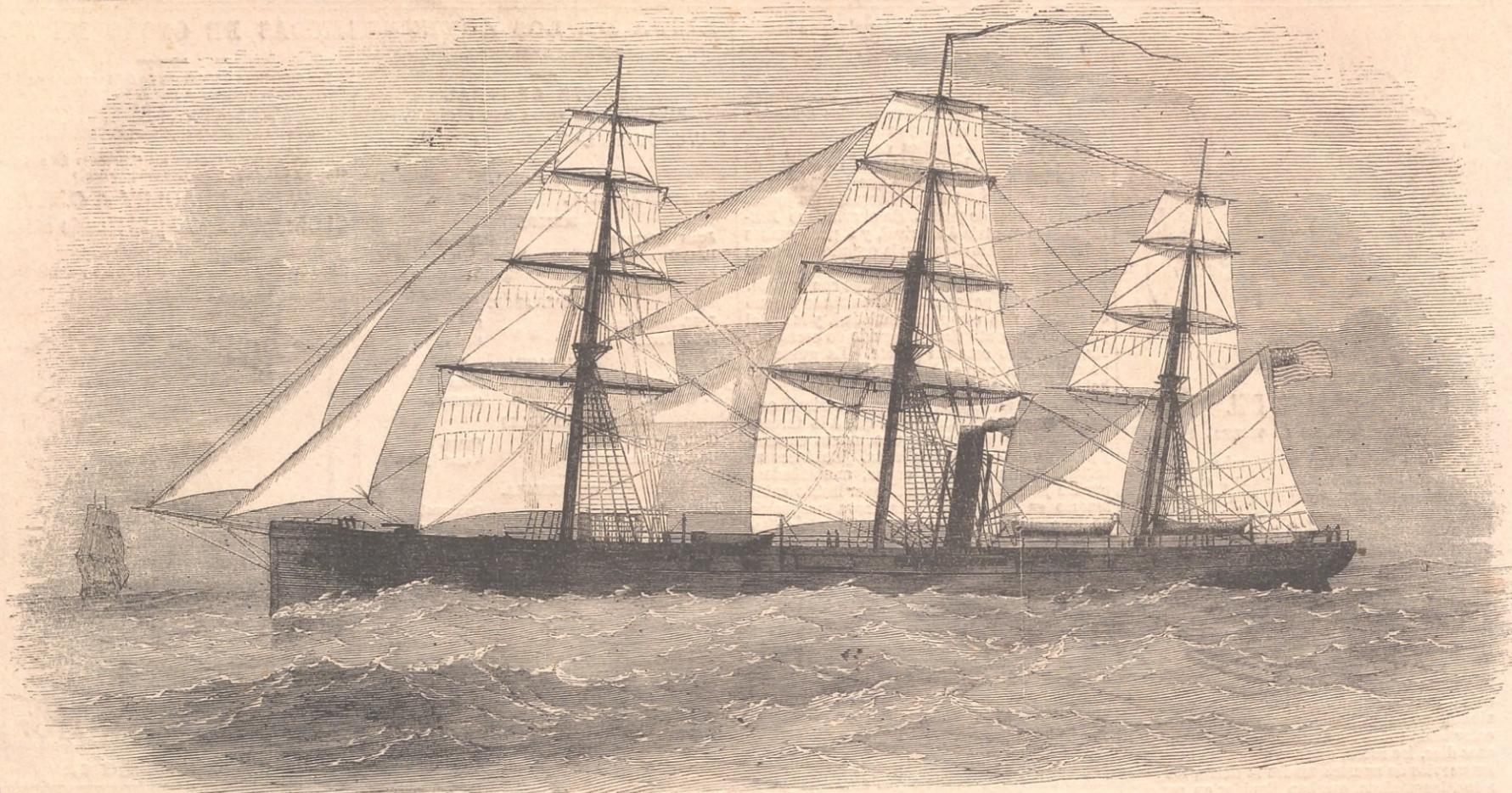
Tambien cura Tiña, Ulceras, Sabañones y todas las Erupciones cutáneas.—Precio 50 centavos. Se vende en todas las Boticas.

A las personas que remitan 60 centavos ó WEEKS & POTTER, únicos Agentes, 170 Washington St., Boston, se les enviará una cajita por el correo, á cualquier parte de los Estados Unidos.

REAL LOTERIA DE LA HABANA.

SORTEO DE 9 DE OCTUBRE DE 1866.
No. 12,315 premiado en . . . \$100,000
No. 30,979 " 50,000
No. 16,138 " 25,000
No. 12,175 " 10,000
No. 16,472 " 5,000
No. 17,973 " 5,000

Estos son los mayores premios. Los premios se pagan en oro. Se dan informes. Se pagan los premios mas altos por las onzas de oro ó moneda de plata.
TAYLOR & Co., Banqueros, 16 Wall St., N. Y.



EL VAPOR "METEOR," SUPUESTO CORSARIO DE CHILE.—VEASE LA PÁG. 46.



LAS SEÑORAS Y CABALLEROS

QUE RESIDAN FUERA DE LA CIUDAD
PUEDEN TOMARSE LAS MEDIDAS.
 Y REMITIRLAS POR CORREO A
E. A. BROOKS, Agente,
 Importador y Fabricante de
BOTAS Y ZAPATOS, Etc.,
 585 Broadway, New York.

- DIRECCIONES PARA TOMAR LA MEDIDA DEL PIE.
1. Colóquese el pie sobre una hoja de papel blanco, y con un lápiz dibújese el contorno, lo cual da el largo y ancho del pie, según se ve en la figura A.
 2. Tómense las siguientes medidas, en centímetros, con una medida de sastre, como en la figura B.
1. La planta del pie.
 2. La parte inferior del empeine.
 3. La parte alta del empeine.
 4. Pasando por el carcanal.
 5. Por el tobillo.
 6. La pantorrilla.



Los zapatos se remitirán á domicilio por Expreso.

PARA CURAR
 Las Enfermedades del ESTOMAGO Y LOS RIÑONES,
 EL REUMATISMO, LA HIDROPESIA, LA GOTA, LA
 PIEDRA, y todos los desarreglos que proceden de los
 excesos é imprudencias,

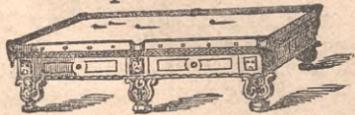
**Usese el Extracto de Bucku
 DE SMOLANDERO,**

Que venden B. F. STEPHENS, O'Reilly No. 42, Habana,
 y todos los boticarios en general; BURLEIGH &
 ROGERS, Boston, Mass., Agentes Generales por el pro-
 pietario, E. de los U. E.

DEGRAAF Y TAYLOR,
 87 y 89 Bowery, Nueva York.

Poseen aun un grande y variado surtido de muebles
 de sala y comedor, lo mismo que camas de todas clases.
 Es el establecimiento que mas puede satisfacer las nece-
 sidades del mercado en los Estados Unidos. Venden
 por mayor y menor á precios ínfimos.

**Mesas de Billar Americanas
 de primer orden.**



Y COMBINACION DE COJINES.
 Aprobadas y adoptadas por el Congreso de los aficio-
 nados al billar. Son las mejores y únicas en su clase
 que se manufacturan en el país. Todo lo concerniente
 á artículos de billar, como son tacos, bolas, etc., se ha-
 llarán de venta en el almacén de los señores
PHELAN & COLLENDER,
 Nos. 63, 65, 67 y 69 calle de Crosby, Nueva York.

CELEBRES PIANO FORTES
 CON PRIVILEGIO, DE LOS
HERMANOS DECKER.
 LOS ALMACENES SE HALLAN EN LA
Calle de Bleecker, No. 91.
 UNA CUADRA DE BROADWAY, NUEVA YORK.

Se hacen notables estos pianos especialmente por el
 volumen de su tono, la igualdad de su diapason, exce-
 dentes cualidades para el canto, riqueza y brillantez, so-
 berbio estilo y poder de afinamiento que dura mucho
 mas de lo que dura en todos los otros pianos conocidos

ROPA INTERIOR DE VERANO

PARA
Señoras y Caballeros.
 SE HALLARÁ SIEMPRE DE VENTA,
A precios bajos,
 EN EL ALMACEN DE

UNION ADAMS,

No. 637 Broadway,
 NEW YORK.

MAQUINAS DE COSER

DE
GROVER Y BAKER

495 BROADWAY, N. Y.

Son las que han obtenido el premio mayor por
**La Elasticidad y Fortaleza de su
 Puntada.**

Una Cosa Buena.
 LA MAQUINA DE LAVAR Y EXPRIMIDOR,
 CONOCIDA CON EL NOMBRE
LA UNION.



Obtuvo la primera medalla en las Exposiciones de Eu-
 ropa y América. — Garantizada. — Lava perfectamente
 sin necesidad de remojar, restregar, machacar ó hervir.
 Los exprimidores se adaptan á toda clase de tinajas, y
 es lo mejor que se conoce.
 Se usan en los hoteles, conventos y en las casas parti-
 culares.

J. WARD & Co.,
 23 Cortland St., Nueva York.

UNION HOTEL
 SARATOGA.
LELAND HERMANOS,
 Propietarios.

Ldo. José A. Quintero.
NOTARIO PUBLICO,
 30 calle de Camp,
 NUEVA ORLEANS

J. y J. SLATER,
ZAPATOS FRANCESES
 PARA SEÑORAS,
 No. 858 BROADWAY,
 (Cerca de la plaza de la Union,)
 NUEVA YORK.

**Agencia General de Compras
 DE FRANK LESLIE.**
 No. 537 Pearl St.,
 NEW YORK.

Se reciben órdenes para comprar cualquier artículo
 ya sea para uso de las personas, muebles, prendas de
 todas clases y de cualquier valor por ínfimo que sea.
 Teniendo la Agencia personas que conocen todos los
 idiomas europeos, las que remitan sus órdenes pueden
 hacerlo en cualquier idioma, y recibirán la contestacion
 en el mismo. El encargado de hacer las compras será
 siempre alguno que conozca perfectamente el gusto de
 los países hispano-americanos. Para la compra de li-
 bros, periódicos y efectos de escritorio pueden obte-
 nerse á los precios mas módicos.
 Dirección: **FRANK LESLIE,**
 Oficina de Publicaciones, No. 537 Pearl St., N. Y.



METROPOLITAN HOTEL, 580 BROADWAY, NUEVA YORK.—S. LELAND Y CA., PROPIETARIOS.